

LA PACIENTE DEL SÓTANO

TE CONTARÁ
LA VERDAD.



Gianni M. Fori

*“Las cosas más bellas son las que
inspira la locura y escribe la razón.”*

André Gide.

Día 1: La llegada.

Se notaba algo ronco tras despertar, temblaba y tosía cuando se ponía en marcha, se notaba frío y rígido aquella mañana. Sin embargo, era el amor de mi madre y aún se negaba a abandonarlo; para ser sincero, en parte gracias a él logré terminar mi carrera y ahora me llevaba a mi primera práctica laboral. Siempre fue así, con ese pequeño y viejo Fiat 127 beige que alguna vez le regaló mi padre y estaba a muy pocos kilómetros de pasar a mis manos. Encendí el estéreo con rapidez como si se tratara de la ausente calefacción, el primer artículo que le colocaba, indispensable y la forma en que marcaba territorio frente a mi hermano menor. Corroboré con el reloj pulsera la hora de mi partida, coloqué la primera marcha y dejé que los neumáticos se deslizaran suave sobre el asfalto helado que se extendía frente a nosotros.

Montaba entre el intermitente tráfico de la autopista interestatal en una extensa curva elevada mientras nos sacaba de mi ciudad natal, y cual riel me llevaba sin escalas a la vecina urbe, la vieja ciudad de Edam. Se notaba a simple vista que esta era algo más extensa, ruidosa y acelerada, mi visión se debía explayar a la lejanía para suponer sus límites entre húmedos edificios pintorescos y los modernos rascacielos que competían por resaltar sobre el horizonte. Coloqué la luz de giro y alineé el automóvil con el carril derecho en busca de la siguiente salida, volví a chequear el kilometraje, en efecto había recorrido los veinte kilómetros que debía según la aplicación en mi teléfono móvil; si iba a usar más aquel vehículo necesitaría un GPS ya que nunca tuve un buen sentido de la ubicación. Mis dedos tamborileaban la madera del timón siguiendo un ritmo silencioso y aleatorio, de alguna manera me sentía entre extraño y ansioso con lo que iba a emprender en aquel lugar, sensaciones así de contradictorias inundaban mi mente en tanto disminuía la distancia con mi destino y repasaba el plan una vez más.

Apagué el motor luego de trepar la calle y estacionar, me aseguré doblemente de haber colocado el freno de mano y me desplomé sobre la butaca para luego soltar un suspiro nervioso, como si hubiese podido desprender con él pensamientos negativos o pesimistas. Volví hacia mi derecha y por fin contemplé el sitio que me aguardaba pacientemente. Tenebroso no lo definía con exactitud, como el imaginario popular del estado comentaba, si bien rezaba ser un viejo e imponente hospital blanquecino y sin gracia de fines de los sesentas, no se apreciaba como me lo habían relatado, aunque algo indescifrable tenía de anómalo. De seguro mis nervios intentaban hacerme pasar un mal rato, y es que tampoco era para menos, pues la fama del director era bien conocida en el ambiente al que recientemente me incorporaba, casi rozando la leyenda urbana y naturalmente se contagiaba al resto de su institución. Empujé la puerta y otra vez me aseguré doblemente de haberla cerrado correctamente, maldita manía, pero tampoco quería regresar más tarde para corroborar que al viejo Fiat no le faltase nada. De pronto, una ventisca rozó mi espalda como el ligero toque gélido de alguien llamándote, erizando la piel y haciendo que vuelva a ver aquel edificio. Sonreí pensando en la bienvenida que me daba el Hospital Mental Saint Gabriel.

Usar bata blanca no era precisamente algo que me pusiera eufórico o el cumplimiento de un deseo mágico, a diferencia de algunos compañeros de universidad quienes soñaban desde su pubertad para vestirlo. Resultaba incómodo y para ser franco sentía me aportaba poco como profesional, para mí no pasaba de ser un mero uniforme al cual no le encontraba sentido usar sin saber todavía si me

aceptaría el director. Pero un fugaz razonamiento me hizo percatar sería la manera más rápida para diferenciar a los pacientes del resto del personal, de otra manera siendo nuevo podrían confundirme con uno de ellos e internarme. Una fantasía paranoica cruzaba mi mente, la de una situación cliché de película, donde amarrado con una camisa de fuerza gritaba que no estaba loco mientras guardias me arrastraban por la fuerza a la sala de lobotomía. Estaba bien, me había dejado llevar y eso estaba bien, mi mente debía estar aceitada para lograr lo que fui a buscar, quizá algo poco ético, pero sin duda funcionaría. Caminando por los amplios pasillos rogaba que ese viejo hospital no me defraudara y debiera posponer mi proyecto.

* *

—Clerici André —llamaron desde el despacho con el tono de un verdugo aguardando por su víctima. Me levanté de una de las seis sillas que se disponían a lo largo del pasillo, me notaba algo nervioso, aunque me sentía mucho más ansioso por conocer al protagonista de tantas historias y mitos. El despacho parecía una consulta más y probablemente lo fue en alguna época arcaica. Decenas de cuadros tapando las paredes empapeladas quintuplicaban mis certificados y diplomas, el viejo escritorio despedía olor a madera caoba mientras sostenía mucho papeleo tras un cartel que titulaba el cargo de Director.

—Sí, doctor Faraday —saludé y me respondió extendiendo su brazo invitándome a tomar asiento, en tanto un leve giro hizo rechinar su oxidado sillón café. En ningún momento él había quitado la vista a mis papeles.

Me senté en uno de los dos sillones que lo enfrentaban, el izquierdo, casi me veía devorado de lo mullido que era, tuve que acomodarme de nuevo y evitar recargarme sobre su respaldo para no parecer un perezoso. Bajó levemente los papeles y me observó por sobre ellos adoptando una postura tensa, esta vez me escrutaba con su vista fría y desdeñosa tras esos lentes redondos de marcos metalizados. Lo entendía de sobra, estaba a muchos doctorados de él, pero allí me encontraba solicitando el puesto vacante que me recomendó la Universidad Estatal de Edam. Descansó sus codos en el escritorio y enlazando sus manos apoyó su mentón. El incómodo momento se me hacía interminable, me empezaba a exprimir sudor con solo clavar su mirada severa tras la nube de silencio que nos cubría. Afortunadamente me advirtieron de lo particular que podría llegar a ser el director Christopher Faraday, más allá de sus canas engominadas hacia atrás, sus visibles sesenta años o sus accesorios sacados de una tienda de antigüedades, ¿quién usa bronce en estos días? Durante mis estudios escuché toda clase de leyendas girando en torno a él y a este hospital mental, algunas muy escalofrantes y anti-éticas, otras cargadas de inusual valor científico y moral, y otras rozaban una suerte de pacto con el mismísimo Satanás. Sin embrago, nunca fui una persona que se pudiese doblegar con facilidad y, al parecer, él también lo comprobó.

—¿Pero quién se cree usted para trabajar aquí si apenas se recibió de psicólogo? —empezó a decir altanero, lanzando mi expediente sobre el escritorio —No tiene idea de nada aún.

—Pues, si bien soy consciente de no tener gran experiencia en el área, me atrevo a solicitar el honor de hacerlo para aprender de esta honorable institución —contesté sin ocultar sarcasmo, casi como si hubiese ensayado la respuesta frente a un espejo. De psicólogo a psiquiatra no había mucho que ocultar, más que sentirme como David y Goliat me imaginaba como la piedra arrojada.

El director hizo una mueca que se asemejaba a una sonrisa retorcida, como si mi respuesta le divirtiera, sus dedos comenzaron a bailar sobre el escritorio y su postura de pronto se relajó.

—Estas muy equivocado si crees que este es un sitio para que un novato como tú venga a experimentar. Aquí las vidas de nuestros pacientes están en manos de verdaderos profesionales.

De pronto me veía cuestionándome: ¿Por qué estaba perdiendo mi tiempo en este lugar y con él? Y más cuando la recomendación universitaria me abriría infinidad de puertas. Pero inmediatamente volvió a mí una mejor respuesta.

—Como acaba de señalar, creo que tengo mucho por crecer y no creo estar equivocado de lugar al pensar en este hospital como el mejor para hacerlo. Sería más que un honor ser considerado para el puesto.

El doctor Faraday dio medio giro al sillón, en dirección al ventanal tras él, produciendo un ruido estridente que me rompieron los dientes. No tenía duda, lo hizo adrede, pues no había nada interesante en el monótono paisaje invernal como para darme la espalda. Solo aguardaba el “lárguese de mi hospital” para terminar esa parodia de entrevista.

—Continúa por este mismo pasillo rumbo a la salida —Lo sabía, aquí terminé—, y busca en la última puerta al doctor Noon en “Administración” para que te asigne tus labores.

—Muchas gracias por la oportunidad, director —Me levanté raudo antes que dijera “era una broma” o lo blasfemara, no sabía que ocurriría primero de seguir un segundo más allí.

Maldecía ese sillón, al director y a su pobre madre quien probablemente tenía poco o nada que ver con lo sucedido. Me aseguré que solo el corredor fuera testigo de mis palabras, no me interesaba en lo más mínimo que fuera considerado una eminencia en sus investigaciones o fuera presidente del consejo de... de lo que sea que no recordaba.

Toqué la puerta con la placa de “Coordinación” donde debería estar Noon, descargaba así lo último de mi frustración, pues tras recorrer el pasillo varias veces un enfermero se apiadó y me informó que “Administración” no se llamaba así. Volvía a desquitarme con la madre de Faraday tras aquella revelación.

—Adelante —ordenó una voz gruesa desde dentro.

Ni bien tiré de la puerta tuve que ladear mi cuerpo bruscamente ya que una mujer de baja estatura salió casi a los empujones cargando una buena cantidad de carpetas dentro de una caja. Resoplé y continué.

—Permiso, buenos días.

Aquel hombre afroamericano, robusto y sin pelo sobre su cabeza, apenas alzó su mirada desde el escritorio, como si no le interesara demasiado ni lo que acababa de ocurrir o mi aspecto, quizá como si ni siquiera mereciera un segundo más de su atención. El identificador en su bata blanca me indicaba que era a quien buscaba, “Dr. Noon”.

—¿André Clerici?

—Sí.

—Te esperaba, acompáñame.

Recogió unas carpetas del cajón derecho y se levantó saliendo con apuro. Seguir por las instalaciones a ese hombre de casi dos metros no me costaba en tanto diera largas zancadas a su lado.

—Veo que has sobrevivido a la entrevista, es probable que le caigas bien.

—Soy carismático —En verdad nunca fue el mayor de mis dones.

—Igualmente yo no me confiaría por ello en tu lugar. Solo debes saber tres cosas para permanecer

aquí, así que escucha con atención. Primero: Existen tres pisos para albergar a los pacientes de acuerdo a su nivel de peligrosidad o que tan listos se encuentran para poder reinsertarse, incluso los transitorios. Solo aquí, en planta baja, están las áreas destinadas a tareas administrativas, cocina, limpieza y seguridad junto al ala nueva.

—Muy bien, doctor —contesté en tanto empleaba mi mala memoria a largo plazo.

—Segundo: Memoriza las patologías y los antecedentes de todos los pacientes que puedas, así lograrás evitar problemas innecesarios. Recuerda, algunos suelen ser violentos si no se los sabe tratar o más ingeniosos que tontos, aquí tenemos desde un pirómano hasta una vidente. Debes hacerte la idea que no es lo mismo leerlo en una bibliografía que vivirlo en carne propia.

—Bien —Hasta allí nada de lo que no me hubiera mentalizado antes de comenzar a trabajar aquí.

—Y tercero, esto quiero que lo memorices: *Alice no tiene cura*.

—¿Alice? ¿Quién es ella? —Se detuvo y me entregó las carpetas, o mejor dicho, los expedientes de algunos internados. Soltó un suspiro con los dientes cerrados, mirando la primera carátula.

—Ya te contarán de ello después, tengo papeleo pendiente así es que ve con los coordinadores de cada piso a presentarte. Ellos también te esperan

Se retiró por el mismo camino que llegamos dejándome frente a las escaleras. De pronto percibía algo que no encajaba o me ocultaba. Me sentía víctima de un bautismo por mi primer día o hasta quizás me quisieran hacer pagar mi derecho de piso con alguna broma. Mi sentido de la paranoia se encendía.

—¡Doctor Noon! —dije en voz alta para que me escuchase y lo hizo—. Antes mencionó que había tres pisos para los internados, pero quitando la planta baja, este edificio solo tiene dos pisos más.

Noon señaló el suelo. De nuevo se alejó dejándome una misteriosa sensación volteándome el estómago.

* *

Durante varios meses había tenido esa idea merodeando mi mente, primero tan fugaz como un ratón cruzando una habitación vacía, pero en ese momento parecía haber hecho una madriguera y no veía que se fuese a marchar pronto. Al menos hasta haberla llevado a cabo. De igual manera no era una mala idea, incluso se convertía en mi solución. La habitación se notaba más amplia mientras recordaba una vez más todo lo que debía aprender para sobrevivir allí los próximos tres meses que duraría mi estadía y, quién sabe, quizá algunos años más si decidieran extender mi contrato. Al final me pase todo el resto del día reconociendo las instalaciones de la planta baja, comedores, salones recreativos y salas administrativas, evadía pacientes que me confundían o me pedían favores sin sentido mientras era presentado frente a mis demás compañeros y directivos en forma oficial. Se me escapó una media sonrisa al recordarme salir de allí con cierta calma, pues conociéndome no me confundirían con un internado. La doctora Brown, debía encontrarme con ella mañana a primera hora. Siendo la encargada de la sección “Corta Estancia” tomaría contacto con los pacientes de problemas más sencillos e internación breve, sin embargo, tras leer los expedientes de los internos con los que trataría no encontraba demasiado que me sirviera como material, ¿o quizás sí? Me reprochaba para no ser tan negativo, no con mi propio plan.

Recosté mi torso contra el respaldo y subí los pies sobre el escritorio, accidentalmente moví el ratón y la pantalla del computador se encendió. La portada del libro que me inspiró seguía allí desde

que retomé su lectura hacía un par de noches. Había encontrado hacía algunos meses cierto artículo en un blog intentando, pésimamente, demostrar que aquel libro conspirativo estaba basado en el relato real de cierto paciente internado en *Ámsterdam* y sus alucinaciones de persecución, pero su escritora reiteraba que toda la obra era exclusivamente de su autoría e imaginación. Si bien me pareció que el loco era quien redactó esa teoría no lo podía culpar, ya que a mí mismo me parecía plausible; en ese momento entró aquel roedor en mi cabeza. Me rascaba la barbilla con los ojos entornados hacia el infinito tras la ventana, más allá de las ramas secas, el bosque y del atardecer mismo, en verdad sentía era mi oportunidad de cumplir con aquellas molestas expectativas y desterrar los comentarios que rodearon a mi familia durante tantos años. Sencillamente pensaba hacer eso mismo, tomaría un delirio y lo convertiría en una obra literaria. Ser la oveja negra no es disfrutar la rebeldía con una campera negra de cuero y salir sobre una Harley con una prostituta de copiloto. Apagué el computador y junté los apuntes que tenía guardados de los años anteriores junto con los expedientes que me entregó el doctor Noon, buscaba minucioso aquellos donde pudiese mencionarse cualquier aspecto referido a alucinaciones postraumáticas o negación de la realidad. Recostado sobre el escritorio repasé todo una vez más, debía dominar lo referente antes de la jornada siguiente.

Día 2: La paciente del sótano.

Poco importaba si era otoño o invierno, primavera o verano, en Edam solo existía la temporada de frío húmedo calándote los huesos o de calor agobiante y pegajoso. Soportar ambas era lo de menos, pues ninguna le sentaba bien al viejo Fiat que, tras varios intentos, amenazaba con dejarme a pie y yo con enviarlo al deshuesadero, pero al final resultó ser él el intimidado. Aguardé unos momentos mientras tomaba temperatura el motor y hasta tanto también dejara de ser tan gélido el habitáculo. Frotaba mis manos enguantadas entre el vaho saliendo de mi nariz y mientras contemplaba los historiales reposando a un lado, cual acompañante en el asiento del copiloto. Los había estudiado al detalle la noche anterior, lo hice mientras reconstruía mentalmente la imagen y personalidad de cada uno de ellos, tenía esperanzas de hallar una buena historia para llevarla al papel... Misterio o terror, ambas parecían ser el eje temático que terminaría por adoptar. Pero, aun así me sorprendió como profesional el hecho de encontrar a alguien con el enigmático Síndrome de Cotard, sin duda interesante aunque tenebroso, algo que inmediatamente me llevó a cuestionarme cuánto de verdad habría en las historias que rodeaban el hospital. Mientras retrocedía el automóvil hacia la calle podía observar a mi madre despidiéndome por la ventana con expresión preocupada. Esos rumores ni siquiera eran ajenos para ella, o quizá solo temía me convirtiera en un paciente más de ese lugar, como si la locura se pudiera contagiar. Lo sabía, porque la conocía lo suficiente como para saber que estaba ahí, aguardando en la punta de su lengua, aunque de seguro callaba en pos de respetar mis decisiones. Ya habíamos pasado por aquella etapa llena de conflictos durante mi adolescencia.

* *

Mis miedos por recibir un balde de agua helada por parte de mis compañeros de pronto se vieron esfumados tras abrir la puerta de ingreso, me detuve y miré en derredor un momento, todo se notaba en el orden que se esperaba de un sitio como ese. Todos parecían ser mucho más maduros que mis compañeros universitarios.

El primer piso era de igual manera blanco como todo hospital por fuera, de no ser porque ostentaba algunas frases desesperadas escritas por manos temblorosas, salpicaduras oscuras y arañazos sobre sus paredes. Ya me habían dicho lo comunes que solían ser en estos lugares. Los ventanales se notaban amplios cuando mostraban el patio interno y algo más pequeños cuando lo hacían al exterior, era como un extraño mensaje para sus pacientes si decidían pensar en el mundo de afuera, aunque en ambos casos rejillas metálicas colaban la luz en cada una de ellas.

—Buenos días, Clerici —saludó la doctora Brown— ¿Tuviste tiempo de leer los informes?

—Buenos días. Sí, lo hice detenidamente.

—Muy bien, continuemos entonces.

La doctora Brown era una mujer de unos cuarenta y tantos, de cabellera corta, ondulada y castaña las cuales lucían orgullosas sus incipientes canas. Su manera amable de tratar conmigo y con el resto del personal, al igual que los pacientes ocasionales quienes saludaban durante el recorrido, me dejaba cierta tranquilidad. Sin duda era la clase de persona que debería encontrarse en el ámbito de la salud, o bien ser directora. Tras cruzar el comedor, el cual se encontraba desolado a esas horas,

entramos en el pasillo este que albergaba veinte de las cuarenta habitaciones disponibles en el piso. Casi todas parecían estar ocupadas, pero eso seguro era variable, los pacientes en ese nivel se solían internar por cortos periodos cuando se consideraba conveniente alejarlos de su entorno. La doctora se detuvo en la habitación cinco, llamó a la puerta y la abrió de inmediato. Crucé la entrada para seguirla y al instante sentí un frío penetrante, un escalofrío retorciendo mi cuerpo, una desagradable sensación que intenté disimular.

—Buenos días, señorita Páez, ¿otra vez dejó la ventana abierta?

Una joven de pijama crema se hallaba sentada a los pies de la cama de sábanas blancas, su mirada ojerosa transmitía melancolía y desazón mezcladas con la molestia tras ese reproche. Sus cabellos amarillos y sus ojos carecían de brillo y vida.

—Buenos días, doctora Brown. Ya le he dicho que nunca abro la ventana, realmente no siento frío o calor —contestó con una desganada ira mientras con sus pupilas seguía a la doctora, quien en vano revisaba la ventana en cuestión.

—Te presento al señor Clerici, es psicólogo y partir de hoy trabajará aquí. Tendrás charlas con él a menudo para ayudar a que te sientas mejor durante tu estadía.

—Es un placer conocerte —dije intentando reprimir los escalofríos que no paraban de subir hasta mi nuca.

En respuesta la paciente me dedicó una expresión perturbada y carente de sentido, tan vacía que sentía podía ver a través de su mirada y no hallar absolutamente nada. Rebeca Dessire Páez, a pesar de su trastorno y los pobres cuidados que se dedicaba, no aparentaba más de los veintidós años que tenía. El destino no le sonrió esa noche nevada hace dos años, cuando volvía de trabajar del restaurante de su tío. Según declaró, un animal se le cruzó por la carretera sin poder evitarlo y, continuando la línea de su desdicha, su automóvil fuera de control se precipitó del puente hacia el helado río. Aquella mañana blanca todavía la recordaba con bastante detalle, los noticieros locales informaban del hallazgo del vehículo, pero no del cuerpo y los subsiguientes rastillajes dieron resultados negativos, ella simplemente apareció de la nada dos días después caminando por la misma carretera rumbo a su casa. Por fortuna no presentaba ninguna lesión de importancia, aunque sí le detectaron anomalías cerebrales y más tarde se le diagnosticó Síndrome de Cotard, ella continuaba convencida de haber muerto aquel fatídico día. Algo bastante irónico si se considera la suerte que tuvo al sobrevivir, una suerte que muchos ni siquiera tuvieron.

—Listo, continuemos con el siguiente internado.

—Por supuesto. Con permiso.

No alcancé a cruzar el marco que percibí su mirada gélida clavándose con mayor intensidad en mi espalda, como un puñal. Giré sobre mis talones en tanto cerraba la puerta, de nuevo me lanzaba esa expresión amarga que no alcanzaba a descifrar.

—Veamos al siguiente paciente, si bien no tratará con él por el momento, me parece oportuno se familiarice. No se deje impresionar, él es muy observador y un buen ejemplo de lo que puede encontrar en un sitio como este.

Unos metros más adelante llegamos a la séptima habitación. Esta vez la puerta ya se encontraba abierta.

—Buenos días, Doctor Montecarlo.

—Muy buenos días, doctora Brown —contestó amable y sonriente.

Aquel sujeto a sus cuarenta y un años se veía bastante normal a primera vista, con sus pantalones café

y su chaleco acuadrillé parecía un típico profesor universitario a punto de impartir su clase. Sin embargo, era sin dudas un caso bastante particular. Con un doctorado en física, Alfred de Montecarlo, se obsesionó con la teoría de los mundos paralelos a tal punto que terminó por sufrir de Paramnesia Reduplicativa, cree fervientemente estar en un mundo paralelo al suyo.

—Le vengo a presentar un nuevo integrante en nuestro hospital, él...

—Vaya, esperé bastante que vinieras, André—Estiró su mano para saludarme.

Dudé un momento antes de estrecharle la mía, pero lo hice. Sostuve su apretón con la misma firmeza en tanto, tras mi vista entornada, mi cerebro intentaba elaborar una explicación lógica. Mientras ello sucedía, a un lado la doctora dibujaba una molesta sonrisa adornando su rostro. De seguro le causaba gracia mi confusión de novato.

—¿Cómo..? ¿Por qué me esperaba? —Cuestioné sintiéndome ese tonto novato.

—Ya nos conocimos con anterioridad en otro mundo. Oh, hace mucho frío, seguro aún no afinaste el carburador de tu Fiat. Hazlo y verás cómo le costará menos encender por las mañanas —Me aconsejó con la amistosa sonrisa que da un amigo de años—. ¿Ya fuiste al sótano? —musitó como si hablara en un código que solo yo reconocería.

La doctora se aclaró la garganta e irrumpió:

—Como le decía, él es nuestro nuevo psicólogo, André Clerici y a partir de hoy estará disponible para platicar con él si gusta o en caso de necesitarlo.

—Ya veo, estoy ansioso de volver a charlar contigo, André.

—Ahora si nos disculpa, doctor, debemos continuar.

—Por supuesto, hasta luego.

Al salir mis ojos continuaban entornados, continuaba en el intento de elaborar una explicación coherente para lo que acababa de suceder, aunque tendía a enmarañarse demasiado como para ser una respuesta plausible. Siempre sostuve que cualquier respuesta debía de ser simple para ser verdadera, nada podía ser demasiado complicado en el fondo.

—Tu llavero —indicó la doctora Brown.

—¿Cómo?

—Se asoma desde tu bolsillo. Es una llave vieja con la insignia de tu automóvil.

Maldición, ya casi lo tenía descifrado. De seguro supuso que, como todo vehículo antiguo, necesita algunos cuidados extras en estas épocas invernales. Solo me faltaba algo.

—¿Qué hay del sótano?

—Allí están las habitaciones para las internaciones más graves junto con la sección de investigación.

—Qué interesante —me relamí.

—Lo es, pero lamentablemente están restringidas. Solo y únicamente pueden entrar el director Faraday y el doctor Noon.

Lejos de sentirme desanimado por sus sentenciantes dichos sentía un impulso extendiéndose por mi cuerpo, no sabría decir si era entusiasmo, curiosidad o un poco de ambas, pero animaban mi mente.

* *

Las últimas horas me las repartí entre las salas de planta baja, las aulas de recreación y la biblioteca, la estadía junto a la doctora Brown fue demasiado corta. Me estaba aburriendo por no hacer nada, no podía esperar a mañana para visitar el segundo piso donde los internados con historias más

interesantes me esperaban. Sabía que podía sonar un tanto cruel, pero no era algo perjudicial para ellos, solo tomaría sus historias carentes de sentido y lógica para componer una obra, si algo había heredado de mi padre suponía debía estar allí para darle alguna utilidad. Aunque no olvidaba que particularmente mis motivaciones estaban enfocadas a cierta persona, casi podía escuchar sus susurros lastimando a mi familia.

Ya era casi momento de marcharme, solo restaban cinco minutos para las seis. La mayoría de los internados veían uno de los dos televisores en la sala recreativa, si es que no jugaban algún juego de mesa o se perdían entre sus misteriosas alucinaciones, no había mucho por hacer de todas formas. El recorrido por una de las galerías de la planta baja, la lindante con el patio interno, me encontró con un caramelo de menta y miel recorriendo mi boca de lado a lado y con una mano jugando con las llaves del Fiat. Tenía la costumbre de hacerlas girar sobre mi dedo índice en un sentido y luego hacia el otro, solo de vez en cuando se me... ¡Carajo! Una ventisca metió una basurilla en mi ojo y se escaparon de mis manos. Para desgracia mía alcancé a verlas de reojo cayendo por entre una rendija en el piso, el eco metálico de su caída tardó en sonar dándome la pauta que estaban, ni más ni menos, que en el sótano prohibido. Me imaginaba muy tonto de solo explicar lo sucedido y terminar tildado como un idiota en mi segundo día, pero si no recuperaba las llaves debería tomar un autobús hasta casa solamente para buscar las de repuesto. En ese instante recordé que a unos metros, en el almacén de limpieza, existía una tapa similar. Si no me fallaba la memoria era más grande, de seguro pertenecía a la ventilación y al ser de esas dimensiones sin duda podría adentrarme y nadie se daría cuenta de mi ingreso al sótano, o de mi estupidez, no adivinaba cual sería más humillante.

Para esa hora el personal de ordenanza se había retirado dejándome el campo libre para hacer mi jugada. Toqué la puerta suavemente para asegurarme que estaba vacía, al no obtener respuesta giré lentamente el picaporte, quizá más lento que el segundero de un reloj. La angosta habitación se hallaba bastante desordenada entre escobas, productos de limpieza apilados, trapos y vaya uno a saber qué cosas eran las demás. Al menos la suerte me sonrió una vez, la tapa se apreciaba un tanto más grande de lo que recordaba y tras un pequeño jalón cedió con facilidad dejando solo una marca de herrumbre sobre el marco. Adentrarme y desplazarme no resultó difícil, y quería suponer que regresar tampoco lo sería, solo necesitaba de la luz del teléfono móvil y usar mi pobre sentido de orientación para intentar hallar mis llaves y salir discretamente. Un viraje a la derecha y unos metros después llegué a una bifurcación la cual derribó la idea de camino que había trazado mentalmente antes. Con una blasfemia de por medio me debatía entre arriesgarme por alguno de los lados o salir y volver a trazar un recorrido aproximado. Pero de repente, un eco seco llegó hasta allí seguido de unas voces para luego terminar en una serie de golpes más.

—Maldición —reproché para mis adentros—. Alguien debe haber puesto la tapa de nuevo en su lugar.

Retornar ya no parecía una opción tan tentadora o cuanto menos posible, era evidente que debería escoger un lado y continuar. Con algo de suerte, acertaría a la primera y al momento de salir ya no habría nadie en aquel depósito. Volvía a centrarme en la bifurcación, la luz no alcanzaba a devorar la oscuridad ni a mostrarme el final de ambos, solo me transmitía incertidumbre y vacío. Pero de pronto percibí un cosquilleo en mis oídos, una música viajando junto con una brisa algo más tibia, sonaba como un eco tenue y armonioso entre los ductos, un tarareo escuchándose confortablemente familiar y hasta melancólico.

—Qué bien, un *deja vu* —pensaba, pues era intensa la sensación de haberla escuchado antes. Pero de

inmediato razoné: — Ese tarareo debe venir desde el sótano.

Me apresuré en seguirlo, se escuchaba más claro si tomaba el camino izquierdo. Luego de conducirme por un leve descenso por fin el ducto se niveló y me dejó ver, un poco más adelante, la luz rayada filtrándose por la rejilla de la tapa. Ese parecía ser el final del trayecto, a unos pocos metros de mí. Me sentía bastante extraño de tan solo recordar que tras aquella tapa se encontraba el misterioso subsuelo, no podía parar de imaginarme la clase de internados que podría hallar allí. Sin embargo, la sorpresa al encontrar las llaves del viejo italiano me sacaron de aquellos pensamientos, pues allí estaban, exactamente frente a la misma tapa que daba hacia el sótano. Me deslicé parapetado con el mayor de los cuidados para no hacer ningún ruido, pues era consciente que el más mínimo roce resonaría con intensidad de seguro. Tomé las llaves y de inmediato sentí ese tarareo de nuevo, mucho más claro e intenso, casi ni me había percatado que en algún momento había cesado. No era exactamente la voz más bella entonándola, pero algo en ella me sonaba angelical y dulce, era su tono lo que la convertía en especial y hermosa a su manera. Me sentía cautivado y a la vez intrigado, el corazón me latía con fuerza como tirándome fuera de la cubierta metálica, una parte mía quería ver quién era aun con el riesgo de ser descubierto y echado. La penetrante melodía finalmente me hipnotizó y sucumbí débil a la tentación, era un imbécil de solo convencerme que valía el riesgo. Moví con lentitud la tapa unos centímetros y barrí con la mirada hacia todos los rincones descubriendo que en efecto el exterior se hallaba vacío, lo estaba de no ser por un pequeño y herrumbrado escritorio gris cubierto por una lámina de polvo a un lado, custodiando lo que parecía ser un angosto corredor. Tras quitarla por completo salí de los conductos como un animal conociendo un lugar nuevo e inhóspito. Sin lugar a dudas el sótano se respiraba lúgubre, sus paredes se hallaban sucias y salpicadas de herrumbre rojizo, la iluminación provenía de un par de farolas viejas pendiendo del techo y el olor a humedad era casi insoportable. Solté el aire contenido recordando que este hospital estaba hecho sobre un edificio aún más antiguo, de seguro esa porción se mantuvo intacta, aunque no lograba comprender cómo ese sitio serviría para investigaciones; solo imaginar los internados que estarían aquí me erizaba la piel. Asesinos, psicópatas, gente que se auto mutila y muchas cosas que no entrarían en la razón humana de ser. Moví mis piernas solo los metros necesarios hasta asomarme por el apenas iluminado corredor, en él saltaban a la vista tres gruesas puertas forradas de metal con angostas ventanas de observación enrejadas y finalizaba en unas oscuras escaleras y una ancha puerta de hierro más fornida. Esto se asemejaba más a un búnker para una guerra nuclear, me bromeaba para liberar los nervios que me consumían.

—¿Hola?

—¿Sí? —contesté por reflejo y de inmediato tapé mi boca.

Oculto tras el muro, exactamente frente al ducto de donde salí, me maldecía por ser tan estúpido de contestar. Sencillamente lo había realizado de manera inconsciente.

—Tardaste mucho en venir —contestó desde dentro de una de las habitaciones del pasillo, la primera.

Esa voz, era sin duda de la mujer que tarareaba, no estaba seguro si responder o no, quizás era mejor marcharme de allí en silencio. Con absoluto sigilo me volví hasta la entrada del ducto tratando de no hacer ni el más mínimo ruido, ni siquiera para respirar, con suerte pensaría fue su imaginación o su locura, me daba igual a esas alturas.

—Si de verdad te vas a marchar entonces te pido por favor ayudes a los demás pacientes, escúchales y créeles.

Sus palabras otra vez me detuvieron en seco, esta vez por su tono suplicante, lúcido y entre mezclado con desesperación y voz áspera, luego de unos instantes su tos resonó persistente sin que fuera capaz de calmarla ni retenerla. Esa era la clase de cosas que me irritaba, a veces podía ser tan... tonto.

—Ten.

Extendí mi brazo por entre los gruesos barrotes incrustados en la ventanilla de su puerta, entregándole uno de los caramelos de miel sobre mi palma abierta. Para su fortuna siempre llevaba de más en el bolsillo, solo cerraba mis ojos y mis dientes con fuerza rogando que no tuviera el impulso de morderme. Si bien no podía verla, en parte por la oscuridad reinante en su habitación y en parte porque mi brazo a duras penas pasaba por allí, sentía como ella sujetaba y tomaba el caramelo usando solo su boca. Podía sentir con toda claridad el rozar de sus labios, en verdad se sentían ásperos y secos.

—Gracias —dijo con una voz más suave y armoniosa mientras sentía se desplomaba contra la misma puerta.

No tenía idea de qué hacer, algo irreal se respiraba en ese lugar y me incomodaba.

—¿Acaso me llamabas? Dijiste que tardé —cuestione reprochándome para mis adentros lo estúpido que seguía siendo, de pronto me encontraba en una zona restringida, sin permiso y charlando con una paciente de la cual desconocía su patología.

—Esa melodía, la sentiste familiar ¿verdad?

—¿Cómo...?

De nuevo un paciente me sorprendía. Usó un truco, me obligaba a pensar, pero a diferencia del doctor De Montecarlo, no venía a mí la explicación lógica. No quería adelantarme en responder.

—Es una música popular, ¿verdad? —arriesgué.

—Por supuesto que no, es la Canción del Olvido. A todos se nos hace familiar porque la escuchamos antes de nacer —respondió soltando desilusión.

Bien, eso era todo lo que necesitaba escuchar para decidir irme de allí.

—Está bien. Escucha, debo marcharme ahora —solté preguntándome cómo decirle que nunca me vio o me conoció.

—Eres igual al resto de los doctores —reprochó aún más decepcionada—. No todos aquí sufren de demencia, algunos necesitan de algo más.

—¿Algo como qué? —me obligué a responder.

El sonido sordo fue la única constante por unos segundos. Ella parecía molesta y quizás por ello no respondía, giré sobre mis talones para continuar con la huida.

—No sé qué esperaba me respondiera —Me reprochaba para mis adentros.

—Hace mucho no veo a los demás internados —soltó por fin con ese mismo tono teñido de cordura y aflicción—, la última vez que lo hice me desesperaba de ver que a muchos nadie se molestaba en escucharlos ni los ayudaba. Ya no sé quiénes están todavía aquí, pero sí sé de alguien que no debería estarlo, de hecho ella lo sabe aunque nadie parece ayudarla a descubrir qué la ata a este mundo.

—¿Algo que la ata a este mundo? ¿A quién te refieres?

—Estoy segura que ya la conociste. Tienes impregnado su olor a muerte.

Día 3: Rebeca.

Olía amargo y sabía rancio, pero ayudaba a calentar mi cuerpo. Mis manos abrazaban como amantes el cuerpo curvo de la taza buscando su calor, de pronto me hallaba solo en la cocina del hospital desayunando un dudoso café y perdiéndome entre pensamientos. Intentaba imaginarme qué clase de libro escribiría y en base a quién, los dos primeros pacientes no parecían poder relatar algo interesante que ayudara a acallara aquella voz sobre mi familia, pero la verdad era que tampoco conseguía concentrarme bien. Aún recorría en mi mente lo sucedido la tarde de ayer, necesitaba saber quién era esa paciente, ya que luego de aquellas últimas palabras se llamó al silencio absoluto. Debía ser precavido si buscaba información de ella ya que de momento no me era permitido acceder a ese sector del hospital.

—Estás muy solitario aquí —comentó una mujer a mis espaldas quitándome bruscamente de aquellos pensamientos.

—Hola, buen día Amy.

Amy era la nueva enfermera quien se había incorporado junto conmigo desde el día anterior, al parecer eso provocó que automáticamente se acercara a mí como si fuésemos la pareja de novatos del hospital, no hacía falta de mucho para darse cuenta que intentaba mantenerse en contacto conmigo en cada lugar que compartíamos, justo como en ese momento. Pero siempre esos encuentros eran casuales y totalmente naturales. Igualmente me agradaba, a pesar de ser de mi misma edad se notaba un tanto más sencilla y algo tímida, quizá acomplejada por su estatura ligeramente inferior, pero vivaz tras sus enormes ojos café.

—¿Esperas a alguien?

—Al doctor Orgaz —Amy revolvía su café con la vista perdida en él, como si buscara algo dentro—. Es el encargado de las internaciones agudas en el segundo piso y de las urgencias, de hecho una de ellas me tiene aquí esperándolo.

Ella asintió con su cabeza intentando disimular su mente olvidadiza, de seguro no era muy buena recordando nombres. De hecho, podría haber apostar mi paga completa a que no recordaba el mío.

—Espero se desocupe pronto —Se sentó en la silla que me enfrentaba del otro lado de la pequeña mesa metálica, su rostro parecía querer decir muchas cosas que luego reprimía.

—¿Qué opinas de los internados aquí? ¿Crees que te acostumbrarás pronto?

—¡Guau! —soltó entusiasta, de seguro por ser yo quien rompía con el silencio que se advenía—. La verdad hay muchos pacientes y me dan algo de pena, para ser sincera me gustaría ayudarlos un poco más. Creo que en ese aspecto me das un poco de envidia ¿sabes?

—No deberías. Sencillamente las curas de muchos de estos casos se escapan de nuestro alcance. Del de todos.

—Pero, también hallé a muchos bastante particulares —dijo entornando los ojos hacía la nada.

—¿Particulares? ¿En qué sentido lo dices? —pregunté acomodando mi postura en la silla.

—Ya sabes, se dicen cosas de algunos de ellos.

La poca definición de sus respuestas me exasperaba, apenas me daba cuenta de lo inclinado sobre la mesa que estaba.

—¿A quién te refieres? —demandé con poca paciencia.

Amy hizo una pausa y miró hacia ambos lados como si necesitara cerciorarse de nuestra soledad antes de responder:

—La paciente al fondo del segundo piso —susurró.

Sin embargo, mí desconcierto se borró del rostro ante la abrupta llegada del doctor Orgaz a la cocina tras rechinar la puerta.

—Buenos días.

* *

A simple vista el segundo piso solo difería del primero por las rejas negras cercando los pasillos que accesaban a las habitaciones y el guardia de seguridad custodiando su entrada, no era para menos, a diferencia del piso inferior aquí los internados eran algo más peligrosos o violentos. Prueba de ello eran los susurros, gemidos y algunos gritos sonando más intensos incluso desde muy temprano. El doctor Orgaz se detuvo en la entrada del corredor.

—Señor Corona —le advirtió al viejo guardia por sobre su periódico—, él es el señor Clerici y pasará a ver un par de pacientes. André —se volvió a mí con una mano sobre mi hombro—, lamento dejarte en estos momentos, pero debo continuar con lo que dejé pendiente en urgencias. Confío habrás leído los expedientes, esto no es el jardín de infantes de la doctora Brown. Suerte.

Con un leve empujón sobre mi espalda se fue dejándome frente a la reja abierta, él no era particularmente alto, pero su contextura robusta y su enorme mano prácticamente me hicieron atravesar el umbral metálico. Si bien me pareció poco profesional de su parte me sentía lo suficientemente entusiasmado y seguro como para adentrarme por mi cuenta, solo esperaba que el guardia no se concentrara demasiado en las noticias en caso de ser atacado o necesitar de su ayuda. Solo tardé un paso en darme cuenta que la sensación que causaba aquel corredor era distinta al piso inferior, trágica quizá era la palabra que mejor se acoplaba, mas lejos de retenerme me motivaba aún más la curiosidad. La primera habitación a la que debía entrar era la número tres y correspondía al señor Edgardo Stones, veterano de guerra que a sus cuarenta años fue diagnosticado con estrés postraumático, pero luego dado que sus síntomas empeoraron se le declaró Trastorno de Identidad Disociativo, siendo internado hasta la fecha con sus setenta y siete años. Sus múltiples personalidades lo convirtieron en un caso especial y muy difícil de tratar, sin duda iba a ser un hueso duro de roer ya que las terapias anteriores no habían dado resultados positivos, ni siquiera la hipnosis. Acomodé mi bata con un tirón hacia abajo, llamé a la puerta y de inmediato la abrí ligeramente a pesar que nadie me respondía. Ese hombre se encontraba sentado sobre un sillón celeste añejo, con algunas costuras deshilachadas y bordes desgastados, mantenía la atención dispersa en la ventana y su horizonte, como esperando algo que nunca llegaba. Quizás ni siquiera notó mi presencia, me decía. Saqué el teléfono móvil y encendí la grabadora de sonidos a medida que lo rodeaba.

—Buenos días, señor Stones. Mi nombre es André Clerici, soy psicólogo nuevo en este hospital.

—Los bombardeos suenan más cerca, sargento Stones —contestó con un preocupante temblor en las manos.

No estaba seguro sobre cómo proseguir, al parecer una de sus personalidades estaba manifestándose en ese momento.

—¿Está el señor Stones para que pueda hablar con él?

Se puso de pie y giró hasta enfrentarme. Las arrugas se profundizaron en su rostro de pavor.

—¡Ya llegan los aviones, sargento! —Inesperadamente se me abalanzó en un parpadeo tomándome por sorpresa. No pude mantener el equilibrio.

Era incapaz de reaccionar como quería, él estaba sobre mí y yo en el suelo, atormentado me tomaba del cuello de mi delantal con fuerza, su mirada se tornaba húmeda, casi por un instante sentía haberme transportado al mismísimo campo de batalla, me había convertido en un actor de su propio delirio.

—¡Soldado Lee, prometí llevarte a casa y así lo haré! —anunció con determinación absoluta y voz ligeramente más gruesa.

Luego de eso se detuvo, sus músculos se relajaron y su vista se dispersó, se puso en pie con algo de dificultad para luego retornar a su sillón y perderse en el paisaje urbano de nuevo, como si nada hubiese ocurrido. Solté un suspiro eterno resignando cualquier esperanza a que el guardia Corona entrase para corroborar, al menos, si todo se encontraba en orden.

Salí de la habitación sacudiendo mi uniforme, sin ánimos de continuar con la entrevista o con el siguiente internado, de igual manera la enfermera llegaba con el escandaloso carro del almuerzo por lo que volvería en otro momento, cuando terminase de digerir lo que me acababa de ocurrir y mi cuerpo dejara de temblar. Lancé una mirada mortal al guardia cuando pasé por su lado, pero este no se dio por aludido, seguía absorto en las páginas del periódico. Me preguntaba qué noticia sería tan interesante y que desconociera como para permanecer inmutable, pero el ver de reojo la fecha de este me enfurecí y mande mis saludos a su madre. Nadie lee con tanta atención una publicación del año anterior.

* *

El comedor era un loquero, literalmente, era la muestra perfecta de la diversidad de patologías que se trataban en el hospital, desde adictos a drogas buscando desintoxicarse hasta personas seniles que balbuceaban entre dientes y en soledad. A pesar de la división y clasificación de pacientes que se hacían en diversos horarios era común tanto bullicio en cada turno. De repente uno en particular arrojó la comida justo por encima de mí y comenzó a saltar sobre la mesa excitando a otro par más, en tanto los enfermeros intentaban poner orden. El alboroto era ensordecedor para ese momento, o bien no estaba acostumbrado a tanto ruido, risas y gritos camuflando susurros y bocas silentes. Si bien no era necesario almorzar con los demás pacientes sentía era una buena oportunidad de habituarme a todos ellos, pues también parte de mis tareas consistía en tomar notas mentales de los comportamientos de cada internado, aunque empezaba a creer que de no encontrar un lugar más calmo me convertiría en uno más. Una rápida búsqueda a mi alrededor terminó en una mesa retirada alineada a la ventana que daba al patio central, en una de sus sillas se hallaba la paciente de ayer, en completa calma, contemplando el cielo y con el rostro empapado de luz. De nuevo saqué mi móvil para encender la grabadora.

—¿Le molesta si me siento, señorita Páez?

—Está bien, adelante —contestó con poca vitalidad y evitando el contacto visual.

—¿Ya ha comido? —pregunté en tanto acomodaba mi bandeja de comida.

—No tienes que hacerlo —Me confundió.

—¿Qué cosa?

—Llámame Rebeca.

—Está bien, Rebeca

—Desde que morí no poseo hambre, pero aun así me dicen que debo comer lo que normalmente ingería.

—Soy nuevo y la verdad me gustaría saber ¿cómo sabes que estás muerta?

Rebeca por fin me miró, pero esta vez su rostro parecía poder transmitir alguna emoción recóndita. Ladeó su cabeza antes de contestar.

—De la misma manera que usted sabe está vivo, doctor, ¿lo está?

—Creo que sí. En tal caso ¿qué te retiene aquí entonces?

—No lo sé. Quizás alguien olvidó venir a buscarme, o simplemente me falta concluir algo —sonaba melancólica y confundida.

—Es una bella oportunidad el hecho de estar aquí, es decir, no en este lugar, sino todavía con quienes te aman ¿verdad?

—Mi familia, ellos sabían que en realidad estaba muerta. Por esa razón me sacaron de casa y dejaron de visitarme.

Su respuesta me dejó desconcertado, parecía que todos los pacientes poseían cierto don para dejarme sin palabras y con deseos de no haber dicho nada.

—¿Acaso no te gustaría volver a estar viva? —insistí sonando como un tonto.

—Doctor —Esbozó por primera vez una sonrisa tenue, pero le devolvía algo de vida a su rostro—, si estuviera en un mundo de muerte sabría que no es su lugar. Ahora este no es el mío, no debería estar aquí. Es como si sintiera que esta vida es un sueño y la muerte me viniera a despertar, pero no puedo lograrlo porque algo me ata a este mundo.

De inmediato me levanté de la silla, como un estallido llegó a mí esa misma frase en forma de recuerdo junto con algo más.

—Olor a muerte —murmuré.

—¿Ya lo puede sentir impregnándose? —Luego de darse cuenta de sus palabras comenzó a mostrar cierta preocupación por mí

No lo había advertido, estaba retrocediendo de la mesa.

—Debo continuar con mi trabajo, con permiso —giré y salí del comedor sin mirar atrás.

Con toda prisa busqué en planta baja sin lograr encontrarlo, continué en el segundo piso rogando no continuara ocupado con algún suicida o algo por el estilo.

—¡Doctor Orgaz! —Lo llamé antes que bajase por las escaleras.

—Sí, André.

—Necesito —Paré para recuperar el aliento—, necesito una copia de los expedientes de todos los pacientes con quienes trato.

—Puedes pedirselos de nuevo al Doctor Noon.

Hora del show.

—Verá, es solo que se me han mojado por un descuido casero y no quisiera molestarlo por culpa de mi torpeza, siempre luce muy atareado.

—Es cierto. ¿Recuerdas quiénes eran?

—Sí —intentaba ocultar mi lengua relamiéndome.

—Entonces procedamos de la siguiente manera, ve por Anna en Coordinación y dile de mi parte te deje entrar a la sala de archivos, allí están todos los historiales. Luego dáselos para que ella haga una copia de cada uno.

—Perfecto, espero no perderme entre tantos expedientes e informes. Gracias doctor.

Sin perder un solo segundo bajé hasta la susodicha oficina, la puerta estaba abierta dejándome ver a aquella mujer, la secretaria de Noon. A pesar de su poca estatura y frágil contextura, no solo parecía absorta entre la marea de papeles y llamados telefónicos incesantes, sino que podía lidiar con todas las tareas a la vez sin ninguna queja o resoplido empañando sus gruesas gafas de montura roja. Llamé su atención tocando la puerta.

—Oh, sí. Adelante —Aún con el tubo entre el hombro y su oreja, y cargando una pila de carpetas pudo contestarme.

—Buenos días, Anna. El doctor Orgaz me indicó le pidiera acceso a la sala de archivos para buscar unos expedientes y luego copiarlos.

—Oh, espere por favor —Con rapidez extrajo del primer cajón de su escritorio un enorme manojito de incontables llaves entre modernas y antiguas, de las cuales, casi sin ver, separó una y me la entregó. Luego señaló la angosta puerta frente a ella mientras continuaba con la conversación telefónica.

Debía ser rápido, no podía desperdiciar aquella oportunidad allí. Deslicé los primeros cajones del mueble archivador, su ruido oxidado me producía escalofríos, pero para mi fortuna estaban todos los expedientes ordenados correctamente en orden alfabético por lo cual no fue difícil hallarlo. Rebeca, quien había captado toda mi atención por varias razones, una más extraña que las otras, poseía sorprendentemente un legajo mucho más grueso del que me entregaron en un principio. Me senté en el piso y comencé a hojearlo rápidamente buscando entre su contenido, cuando de pronto se me cruzó un pensamiento arriesgado. Ya estaba haciendo muchas cosas sin permiso, vacilé, pero solo me llevó un instante a decidirme. Valía la pena el riesgo, me convencía de nuevo.

Golpeaba mi cabeza con decepción contra el viejo mueble, en verdad no había nada allí. Al parecer desde que Faraday asumió la dirección de la institución, hace diez años, se hizo cargo íntegramente de las internaciones graves y de las investigaciones, desde entonces no hay archivos de aquellos internados. Me sonaba misterioso, aunque de seguro estarían en posesión de él en su oficina, bien resguardados, eso tenía sentido. Mi plan por saber más sobre esa joven que encontré ayer se desvanecía.

—¿Qué buscas tanto aquí, Clerici?

El corazón se me detuvo por un momento y el sudor frío me empapó al instante, giré sobresaltado contemplando la altura de ese hombre de brazos cruzados.

—Doctor Noon, yo estaba...

—Debes ser más cuidadoso con los papeles que te entregamos —me reprendió.

—Sí, lo lamento. Fue un accidente —Me levanté lento, sacudía mis jeans mientras caía en la cuenta del tiempo excesivo que utilicé allí.

—Espere fuera en tanto Anna copia de nuevo los expedientes, ¿está bien? —Sonaba molesto, su mirada escrutaba el archivero, como cerciorándose de todo lo que pude haber revisado—. Recuerda que existe confidencialidad para con el historial de cada paciente, en especial con aquellos que no verás aún.

Casi empujándome cerró los cajones del archivero y me sacó de la habitación. Afuera Anna se notaba cual perro regañado, con la cabeza baja perdida entre papeles, de no ser por lo encontrado me

sentiría mal de lo que hice. Lo lamentaba por ella en verdad.

* *

Todo resultaba confuso no solo para quien lo leyera, sino también para quien lo había redactado. A lo largo de sesenta y cinco páginas se describía al detalle los síntomas de Rebeca con total profesionalismo, casi de manual. Los resultados de numerosos test y conclusiones de diversas entrevistas se volcaban con total parcialidad, incluso los conflictos con los familiares directos que parecían ser unos malditos fanáticos religiosos. Pero a su vez también sobresalían puntos poco claros alejándose de los cánones médicos, casi como singulares percepciones personales. Me había resultado bastante complicado caminar por medio hospital, esquivando cualquier persona cuerda que pudiera sospechar del bulto que llevaba, hasta llegar al patio central donde logre sacar la mitad de su expediente de entre mis ropas. Por suerte una banca bajo un robusto árbol frondoso estaba vacía y pudo acogerme discretamente, permitiéndome leer estas hojas que alcancé a ocultar poco antes de la llegada de Noon. Leía todos los párrafos dos o más veces buscando interpretar lo que esa persona vivía con ella, se notaba profunda y cercana la relación paciente-terapeuta, algo más de lo que podría considerarse ético. Sin embargo, le atribuía extrañas situaciones como ser ambientes fríos, perfume de mujer sin que ella lo tuviera entre sus pertenencias, lámparas descomponiéndose o mermando su potencia, teléfonos móviles a los que se le agotaba la batería en cuestión de minutos en su presencia, e incluso menciona la frase “olor a muerte” en varios párrafos. En conjunto nada tenía sentido para esa persona la cual firmaba en cada página como Josep N, un nombre que estaba seguro no se encontraba entre la actual nómina de profesionales del hospital. Tomé mi móvil para cerciorarme de al menos una de esas afirmaciones, estaba apagado y no era ningún misterio, pues había olvidado apagar la grabadora. Volví a ordenar los papeles y resguardarlos bajo el delantal en tanto cada vez me convencía más, todo parecía indicar volvería una vez más a ese lugar para buscar respuestas.

* *

De nuevo me sentía como un tonto que no podía detener sus impulsos carentes de sentido, parecía un adolescente, pero de verdad había algo que me llamaba a verla de nuevo y sospechaba era algo más que solo respuestas. Deslizarme por los conductos se me hizo más sencillo al igual que llegar a mi destino, de la misma manera se encontraba el sótano tras revisarlo, justo como lo había dejado el día anterior; comenzaba a cuestionarme si alguien bajaría seguido a verla y la clase de cuidados que le daban. Sin reparos me detuve en la puerta de esa joven, enfoqué más allá de la ventanilla, pero entre las penumbras no alcanzaba a distinguir nada.

—Hola, ¿estás ahí? —pregunté con cierto nerviosismo reflejado en mi voz temblorosa.

—Pensé que no volverías —me contestó y por alguna razón me sentía aliviado de escucharla otra vez, casi como si hubiese necesitado corroborar su existencia. Podía al fin soltar la respiración que sin darme cuenta retuve. Su voz ya se notaba más aguda y frágil.

—¿Cuál es tu nombre?

—No debería dártelo —dudó.

—¿Por qué no?

—Aún es muy pronto, así me aconsejó mi tutor.

Me preguntaba a quién se refería, pero decidí dejarlo para otro momento.

—Ayer mencionaste había una persona que no debía estar aquí, que me impregnó su olor a muerte. Dime qué sabes por favor.

—No sé mucho en realidad, alguien me visitó para pedirme ayuda. Apareció una noche aquí y pidió por ella.

—¿Es alguno de los doctores o enfermeros?

—No, en realidad es quien viene a buscarla —aclaró con cierto tono teñido de tristeza, comenzaba a desesperarme por no poder verla ni entenderla.

—Necesito me cuentes con detalle qué es lo que te dijo.

—Qué era la única que podía verlo y por ello acudió a mí. Vino a buscar a una joven, pero no podía llevársela a causa que no estaba aún lista.

—¿Querrás decir no le dieron el alta médica?

—No lo entiendes. Abre tus ojos —dijo resignada tras un bufido—. No todo es como crees o de la manera que te dijeron.

Esta vez era yo quien se negaba a responder, sentía me había confiado algo y no quería deshacerlo por más retorcido que sonara, era parte de mi profesión después de todo. Aun así, me sentía inquieto y me molestaba a la vez, de pronto me encontraba pidiendo explicaciones a una paciente peligrosa como si fuera capaz de darme una respuesta lógica.

—Mañana volveré —sentencié intentando sonar convencido.

—Ten cuidado —deslizó suavemente.

—¿Cuidado con qué? —Un silencio ensordecedor fue la respuesta que obtuve de nuevo, aunque esta vez junto con un escalofrío recorriéndome la espalda.

Día 4: Culpas y monstruos.

Me llevaban casi a las rastras desde mi casillero y llamaba la atención de todos los internados y el personal tras vernos pasar. No me había dado siquiera tiempo de uniformarme esa mañana que de un portazo apareció el doctor Orgaz, prácticamente sin mediar palabras me tomó del hombro y con fuerza descomunal me comenzó a arrastrar. Me preocupaba no poder leer su rostro e intentar adivinar lo que sucedía, pues se desplazaba a paso largo con su cuerpo por delante del mío. ¿Me descubrieron? Pensaba apretando los dientes, como esperando lo peor.

—¿Al menos me podría decir qué sucede? —pude finalmente preguntar luego de comprobar que no íbamos ni al sótano, ni a la oficina de Noon o Faraday.

—Necesito de tu ayuda con uno de los pacientes —Contestó cuando estábamos llegando por las escaleras al segundo piso—. ¿Leíste sobre Iván Gregori?

—Sí, lo hice.

—Pues bien, adelante. Tengo otra urgencia que atender —¿Era broma? ¿Otra vez?

Orgaz me dejó de nuevo con el guardia Corona leyendo el periódico, el periódico de la semana anterior.

—Por favor pase—llamó uno de los enfermeros, el cual no recordaba su nombre, desde el umbral de una de las habitaciones.

—¿Qué sucede? —dije intentando sonar más experimentado.

—Está al borde de una crisis de nervios, usualmente necesita ver a alguien extraño, que no pertenezca al personal diario —explicó otro enfermero con una venda en su antebrazo, me parecía que Daniel era su nombre.

Eso era un detalle curioso que había leído en su expediente, solía ocurrir seguido esa clase de episodios en él y solo una persona ajena lograba tranquilizarlo, solo esperaba que la curación del enfermero no haya sido consecuencia de un ataque de este paciente. Saqué mi móvil y encendí la grabadora en tanto me asomaba lento a la habitación. Sobre el costado izquierdo, Iván Gregori se refugiaba contra un rincón, en el espacio ajustado que se formaba entre su cama y la pared, abrazaba sus piernas y empujaba su espalda contra la pared constantemente cual animal herido. Incluso temblaba. Sus cabellos negros estaban muy enredados, quizás intentó arrancárselos o tal vez forcejeó con los enfermeros. Frente a él estaban una serie de pastillas entre rojas y amarillas regadas en el suelo junto con un vaso derramando agua, algo aferraba en su mano como si fuera su tesoro máspreciado. Entré despacio y de la misma manera cerré la puerta quedando solo ambos en el interior.

—Está bien, ¿me puedo acercar? —le pregunté antes de continuar avanzando.

Iván se giró un poco, lo suficiente como para mirar la posesión de sus manos rápidamente antes de volver hacia mí, y retornar al objeto.

—Adelante —asintió con temblor centrándose otra vez en mí.

—Mi nombre es André Clerici.

—Mucho gusto, doctor —sonrió nervioso y un tanto alterado aún, con ojeras rojas incrustadas en su pálido rostro, tampoco consideraba que fuese el mejor momento para explicarle que no era un doctor. Me senté frente a él manteniendo distancia la cual planeaba acortar a medida que su estado me lo permitiese. Con sus diecisiete años y con solo un par de antecedentes menores por hurto, Iván fue

diagnosticado con el Síndrome de Frégoli, él estaba convencido que una entidad lo perseguía cambiando de personalidad o suplantando a otras.

—Me puedes mostrar qué es lo que llevas entre tus manos. —El joven algo dudoso abrió sus manos y me enseñó con recelo, por un breve instante, el fragmento de un espejo—. ¿Qué significa para ti?

—Usted no me va a creer —reprochó adoptando de nuevo una postura tensa.

—Ponme a prueba —insistí para intentar calmarlo y de esa manera probar darle sus medicinas que de seguro eran antipsicóticos.

—No es el primero que me lo dice —Se acurrucó todavía más contra el muro a sus espaldas.

—Mírame a los ojos —Los abrí como platos— y dime qué ves si te digo que ya he escuchado y visto cosas inusuales en este lugar.

—Si lo hago, usted... usted me ayudará.

—Haré todo lo que esté a mi alcance, tienes mi palabra —Alcé la mano derecha y me desplazé un tanto más cerca de él.

—Pues veré, yo... yo robaba, lo hacía desde los doce. Tenía un amigo algo mayor, lo llamábamos Ted, con él nos escapábamos de clases para robar carteras a los desprevenidos en centros comerciales y lugares concurridos, ¿usted sabe? Pero cuando la policía nos descubrió se nos hizo más difícil, así que —Sus piernas inquietas demostraban una ansiedad creciente que me empezaba a preocupar—... decidimos robar casas. Ya habíamos robado un par antes de esta última, se suponía debía ser fácil, le pertenecía a un anciano que vivía solo y casi nunca salía de día. Solo lo hacía para regar su maldito jardín la madrugada de los viernes y luego se marchaba hasta el amanecer; lo habíamos planeado bien. No tendría que haber...

Sus lágrimas incipientes ponían los bellos de mi nuca en punta, él simplemente no era capaz de retenerlas al igual que su temblor, se aproximaba el clímax.

—Tranquilo, respira profundo y continúa.

—Parecía que una tormenta caería en cualquier momento esa noche, él viejo se había ido como todos los viernes, nos habíamos asegurado. Entramos trepando un árbol y luego por su ventana en el piso superior. Estaba todo oscuro de no ser por los relámpagos en el cielo, así que encendimos nuestras linternas... ¡Dios! —Agarró sus cabellos y estalló en llanto—, nunca vi algo así de asqueroso. De repente él se había desprendido del techo, era negro con alas en lugar de brazos, sus ojos rojos nos miraban con furia, sus dientes puntiagudos...

—Está bien, ya no tienes que continuar. Ahora estás a salvo —Otra cosa que debía agregar a mi lista de malas ideas.

Iván de un solo salto me tomó por el cuello de mi camisa y se acercó con pánico como nunca había visto antes en una persona.

—¡No lo estoy! Logré escapar, pero no sin antes ver como a Ted le devoraba las entrañas estando vivo, él me rogaba ayuda y yo lo abandoné. Ahora esa maldita cosa me busca, él toma formas y se disfraza, yo lo puedo ver aún. Él está afuera tomando la identidad de uno de los enfermeros.

—¿Cómo lo sabes? —De pronto no sabía si quería conocer la respuesta.

Me soltó y se retiró unos centímetros mostrándome de nuevo el trozo de espejo.

—Buscando ayuda encontré una vieja tienda de antigüedades. El viejo chino me dio esto, no es un espejo ordinario —Sus expresiones se iban transformando en paranoicas—, solo a través de él puedo ver su verdadera forma.

—¿Me lo permites? —arriesgue.

—¡No! —estaba enfurecido y sinceramente prefería que estuviera así, más centrado y menos desesperado.

—Está bien, te voy a creer, pero a cambio tienes que tomar tu medicación.

—Esas no, tomaré las que usted me traiga únicamente si me asegura que son las verdaderas.

—De acuerdo, lo haré. No tienes de qué preocuparte.

Salí de allí en busca de las benditas medicinas, molesto por lo que debía hacer ya que estas se encontraban en la planta baja. De seguro el doctor Orgaz deberá ajustar las dosis, más tarde le informaría.

—¿Quiere que las busque yo mismo, doctor? —Se acercó uno de los enfermeros.

Me detuve a observarlo como si fuera la primera vez que lo hacía, aún resonaban las acusaciones de Iván en mi cabeza. En efecto no notaba nada extraño ni para con él o su compañero, Daniel, si es que estaba recordando correctamente su nombre.

—No, está bien. Lo haré yo mismo, es un voto de confianza para con su terapeuta y es mejor comenzar con el pie derecho.

Algo rojizo destelló fugaz en sus ojos, podría jurarlo. Giré sobre mis talones sin agregar más nada y salí de allí rumbo a la enfermería refregándome los parpados.

* *

—¿Estás pálido? ¿Te sientes bien? —preguntó sumamente preocupada Amy.

—Sí, creo... creo que se me bajó un poco la presión.

—Ten —sin darme cuenta Amy había puesto un trozo de algodón impregnado con alcohol justo bajo mi nariz.

Lo aspiré de lleno y de inmediato lo alejé de mi rostro con expresión de asco.

—¿Qué estás haciendo?

—Parece que funcionó —Tenía razón, fue como recibir un baldazo de agua helada en la espalda—. Gracias por traerme la bandeja de regreso, no era necesario que lo hicieras ¿Estás seguro que el señor Gregori tragó todas las pastillas?

—Le hice abrir la boca y sacar la lengua.

—¡Vaya! Parece que ya te estás habituando a tratar con los pacientes de ese piso. Me parece bien, solo recuerda que los pacientes aquí son bastantes ingeniosos a pesar de las apariencias.

—¿De veras? —mascullé.

Tenía enormes ganas de aplaudirla y felicitarla por tan asombroso descubrimiento, francamente los pocos días que estuve aquí fueron muy agitados y extraños. En cierto punto empezaba a sentirme sobrepasado y eso me tenía a mal traer, no era como que tuviera algo en contra de ella.

—Sí, aunque una sobresale más a mi entender —dijo con los ojos perdidos entre pensamientos invisibles.

—¿De quién hablas?

—Está bien, no tiene importancia.

Extrañamente, al instante sus mejillas cobraron un color más intenso y con cierto apuro comenzó a ordenar frascos de pastillas que ya parecían estar en su lugar.

—Como sea, creo que saldré a tomar un poco de aire.

—Hazlo en el patio central, recuerda que nadie puede salir hasta después que lo traigan.
—¿De qué hablas? —Su rostro de sorpresa me anticipaba que me había perdido de algo importante.
—No estuviste en la reunión que dio el director ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Estuve un tanto ocupado.

—Tienes razón, lo siento. La policía va a transferir a una persona muy peligrosa, dicen que es responsable de horribles crímenes y brutales violaciones a lo largo del país. De solo imaginarlo me da escalofríos —reconoció Amy.

* *

Recorrí el hospital un par de veces evadiendo obligaciones, lo hice por casi una hora y sin poder esperar a que llegara ese hombre. La curiosidad y la posibilidad de tener un candidato más para mi futura historia despertaba ansiedad y expectativas, aunque si debía ser sincero también sentía cierta repulsión de solo recordar los motivos que lo traían a Saint Gabriel; sería tarea de la institución resolver si era consciente de sus crímenes o no. Sirenas a lo lejos al fin me anticipaban su llegada. Presuroso me acerqué tanto como me fue posible a la entrada del hospital, la cual de pronto se hallaba concurrida bajo una nube de murmullos. Quitando a Faraday y Noon, que hablaban con un par de hombres trajeados, de los encargados solo la doctora Brown se encontraba presente. Se mantenía a la expectativa, con una curiosa luz en sus ojos que ganaba brillo mientras una veintena de policías formaba un cordón azul hacia el corredor que nacía sobre el lado derecho, el que desembocaba en el sótano. Solo asomarme un poco me generaba una extraña sensación mezclándose en mi interior, ella estaba tan cerca de mí y a la vez tan distante, nunca había sentido algo semejante.

—¿No son demasiados policías? —solté estando a un lado de la doctora.

—Dígame, Clerici, ¿usted no es de ver las noticias?

Exhalé con el labio inferior sobresaliendo.

—Él ira al sótano ¿verdad? Me encantaría ver su expediente, ha despertado mi curiosidad.

—A mí también me encantaría —sonó decepcionada—. Pero está fuera de nuestro alcance.

—Qué lástima. ¿El director Faraday ni siquiera nos dejaría echarle un ojo desde lejos?

—Lo dudo, es muy receloso con sus investigaciones. En fin, ahora por fin el sótano va a tener un huésped.

Esa última frase me dejó petrificado, un sin fin de preguntas se agolparon en mi angosta garganta sin que ninguna pudiera ser pronunciada y en realidad no debía hacerlo, solo alcanzaba a mover la mandíbula sin que se percatara de ello. De pronto, el alboroto y los murmullos captaron nuestra atención al igual que a los uniformados, el bullicio y los incontables destellos de las cámaras se acercaban a la entrada. Frente a todos los espectadores pasaba aquel hombre esposado y escoltado por media docena de policías armados. No mostraba atisbo alguno de anormalidad, justo como los asesinos psicópatas más famosos. Lejos de eso lucía como una persona más, pero de aquellas que esperarías ver en una pasarela de moda o anunciando un perfume costoso con acento francés. Era perturbadoramente hermoso, esbelto y bien parecido; me molestaba eso en una persona con tan horribles antecedentes.

—Amaro Riccardo —deslizó la doctora con mirada centelleante, de seguro anhelaba que fuese su

paciente por peligroso que fuere, y quien sabe, quizá algo más.

De repente todos se conmocionaron, las miradas fijas sobre la misma persona esta vez denotaban pavor, pues Amaro se había detenido de golpe poniendo nerviosos a todos. Un ruido sordo se esparció por la entrada, de pronto éramos maniqués es una escena incomoda, abrumadora y escalofriante, los uniformados tenían ya las manos listas sobre sus armas e inmovilizadores. Olfateaba el aire, cual animal en plena caza, era repugnante ver un hombre de su porte hacerlo. Su mirada inquieta recorrió los alrededores hasta posarse en dirección a mí. Sus labios se curvaron y sus ojos me clavaron un puñal sin filo, retrocedí un paso, estaba seguro que era a mí a quien observaba con tanta sed. Sentía el ambiente saturado y un hormigueo en las manos, su rostro era aterrador y malévolo, no alcanzaba a describir lo que intentaba transmitirme con él, pero podía asegurar no era nada bueno. Esos segundos se hicieron eternos hasta que un policía reaccionó, con la pobre rapidez que los caracterizan, y tras un par de empujones reanudó su marcha como si nada.

—Debería agradecer que usted no va a tratar con él —bromeó la doctora.

No agregué nada ni respondí a su estúpida broma, no podía, estaba aterrado y tampoco quería aceptarlo. Giré y salí de allí temblando hacia cualquier sitio. Tenía miedo como hacía mucho no me sucedía, no era de sentir cosas así por alguien, pero no podía negar me estaban pasando.

—¡Maldición! En verdad ese monstruo va a estar cerca de ella —pensé para mis adentros.

Día 5: Los sueños y la vida.

Me sentía de pésimo humor. Solté el aire resignado mientras observaba las anotaciones e informes regados alrededor y sobre mis piernas entrelazadas. Recostado sobre mi cama cavilaba todo una vez más, quizás era le enésima vez que lo hacía en la noche. Las últimas dos jornadas me abstuve de bajar por aquel ducto ante la imposibilidad de acercarme a ella, pues había demasiado movimiento en el subsuelo con la llegada del nuevo internado, solo recordar su mirada se me erizaba la piel y me provocaba náuseas. Me sentía impotente y me irritaba porque no se debería dar así, nunca pensé involucrarme a ese nivel, me consideraba independiente de cualquier relación social y no quería comenzar con una paciente a quien ni siquiera conocía su rostro.

Para distenderme y ocupar mi mente en otra cosa me la pasé escuchando las grabaciones que tenía de los pacientes mientras tomaba nota, intentaba enfocarme de nuevo en el proyecto que me había fijado, el de escribir un libro en base a la historia de algún internado que donara su historia involuntariamente; pero las palabras que salían de los altavoces me comenzaban a sonar lejanas. Antes de darme cuenta ya estaba sumiéndome en recuerdos dolorosos otra vez, aquellos que aún permanecían atravesados en mi pecho. El velatorio en esa críptica habitación blanquecina, llena de trajes negros semejantes y caras desconocidas murmurando entre ellas, el aroma a muerte, la cremación sucediendo frente a mis ojos húmedos y el frío de aquella mujer esparciendo rumores y comentarios contra mi propia existencia, buscando el daño en mi familia.

—*Pero ¿acaso no es verdad?* —Llegó a mi mente esa frase por sobre el resto de mis sentidos.

Volví a la realidad tras un sobresalto y de inmediato retrocedí la reproducción, aunque aquellas palabras no volvieron a repetirse. De seguro la había confundido con alguna otra frase similar. La grabación pertenecía al, hasta ahora, mejor candidato, Ivan Gregori. Con un relato repleto de misterio, persecución y terror me animaba a comenzar, aunque también me llamaba la atención Rebeca y su particular caso seguido de las declaraciones de... Resoplé profundo hacia arriba extendiendo las manos y tapando con ellas la luz de la farola sobre mi cabeza. Todo me llevaba a ella, se estaba volviendo la dueña del final de mis pensamientos. Necesitaba saber más, quería verla y volver a sentir sus palabras por más ilógicas que sonaran, definitivamente algo en ella me resultaba incompleto. Les di una mirada a las puntas de mis dedos, ellos aún recordaban el roce de sus labios. Me sentía preocupado y aterrado, rogaba que ella estuviera a salvo teniendo cerca un psicópata como ese; no podía confiar en que el hospital lo haría.

* *

De alguna manera Saint Gabriel lograba volver a su normalidad con lentitud, solo ocasionalmente aparecían reporteros solicitando una entrevista con el director, pero se hacían menos frecuentes cada vez, la memoria colectiva es a corto plazo y tras un poco de tiempo las noticias se difuminan y dejan de llamar la atención, centrándose en el próximo escándalo mediático.

Acomodé mi delantal blanco con algo más de cuidado ya que mi apariencia cobraba más importancia a partir de ese momento. En eso me obligaba a distraerme mientras recogía el itinerario del día en la recepción de la planta baja. Desde el día anterior el doctor Noon acordó conmigo que, estando algo

más habituado al hospital, comenzaría a extender mis propias labores las cuales dejaría por escrito a diario. Entre ellas se encontraban desde visitas a los internados designados, hasta brindar terapias a pacientes externos. Para tal fin existía una sección nueva del edificio donde una serie de consultorios se alzaban para tal cometido. Era la sección de “Psicodiagnóstico, Terapia y Rehabilitación”.

Mi primera paciente fue una niña de tan solo nueve años llamada Aurora Allen. Tras llamarla en voz alta soltó las manos de sus angustiados padres quienes permanecieron sobre los asientos en la sala de espera y se adentró conmigo al consultorio.

—Hola, doctor —saludó entusiasmada.

A esas alturas me había resignado a que llamasen doctor algunos de mis pacientes, por más que no lo fuera. Algo poco ético, a decir verdad.

—Mucho gusto, Aurora. Mi nombre es André Clerici y voy a tratarte a partir de hoy. Por favor toma asiento.

A pesar del problema que la aquejaba y los síntomas reflejados en su rostro, tenía aún la energía y el entusiasmo propio de una niña de su edad. Delicada y de pelo rizado color almendra, de inmediato se sentó como si no fuera la primera vez que me visitaba. Alguien ya había hecho un diagnóstico previo y escribió un breve informe, solo ver sus ojeras sobre sus rosadas mejillas bastaba para que cualquiera descifrara lo que sufría, Trastorno del Sueño.

—Me han dicho tienes problemas para dormir.

—Sí, algo no me deja. Me molesta cuando duermo y cuando estoy despierta se queda tranquilo

—aseguró con inocencia mientras balanceaba sus piernas bajo la silla.

—¿En serio? ¿Puedes contarme cómo es que no te deja dormir?

—Se aparece en mis sueños y los vuelve pesadillas, a veces se sienta o salta sobre mí, otras veces me muerde el cuello, parece que no le gusta verme dormir.

—Espera un momento, Aurora —Me recosté levemente sobre el escritorio para acercarme—, ¿de quién estás hablando? ¿Es acaso de tu mascota?

—No tenemos, doctor —Se notaba apenada y algo dudosa con su respuesta.

—Entonces cuéntame un poco más sobre él.

—Aparece cuando duermo, no lo puedo ver mucho porque es algo pequeño y se esconde de mí apenas despierto.

El informe evidentemente estaba incompleto o era un completo idiota quien lo redactó omitiendo aquello.

—¿Puedes decirme desde cuando te pasa?

—Desde que regresé del campamento con mi escuela.

Más allá de lo apenada que se notaba, estaba convencida de sus dichos, su lenguaje corporal no me indicaba que estuviera mintiendo de momento u ocultando algún secreto, temía que sufriera de alguna suerte de alucinación producto de alguna situación estresante.

—Vaya, qué interesante lo que me cuentas, dime ¿cómo te hace sentir cada vez que lo ves?

—Me molesta mucho. ¿Qué hago para que se vaya? —inquirió con inocente enojo.

—Yo te voy a tratar, así es que déjame ver qué puedo hacer para que deje de molestarte. Asegúrate de tomar tu medicina que de seguro te ayudará, ¿está bien?

Aurora salió ni bien le abrí la puerta, los padres me observaban incrédulos por lo corta de la sesión, por ello no tuve más remedio que acercarme a dar explicaciones.

—Buenos días, señores Allen. Fue una sesión corta, pero sirvió para establecer un vínculo con su

hija, los espero el viernes a la misma hora para continuar —cerré rápido antes de que siquiera pudieran reaccionar.

La siguiente visita la daría en Internación Aguda, luego de mi patética visita al veterano de guerra, el doctor Orgaz ajustó la dosis de los fármacos a fin de tenerlo más tranquilo. Mencionó algo como que gracias a ese episodio pudo ver el reajuste que necesitaba, más que su conejillo me sentía como su carnada.

—Buenas días, señor Stones —saludé tras tocas su puerta.

—Soy el cabo Brandsen —me corrigió con tono serio, sentado en su sillón como siempre frente a la ventana—. Parece que no ves mis insignias.

Para ese momento había algo que me incomodaba de él, y no era precisamente la forma autoritaria en la que me trataba.

—Buenos días, cabo —Me puse firme bajo el marco inflando el pecho—, solicito permiso para hablar con el Sargento Stones.

—Soldado, adelante —ordenó con el mismo tono.

Crucé la habitación como los días anteriores hasta colocarme frente a él cual soldado de plomo. No podía decir que era agradable ver su verdadera personalidad ni que me podría acostumbrar, si bien era lo que se buscaba, era deprimente contemplarlo en ese estado. Estaba seguro que la personalidad “real” de Stones estaba frente a mí, cansado, triste y abatido, con un brillo muerto en su mirada perdida en el horizonte; parecía estar perdiendo esa última batalla.

—Muchacho —Solicitó con voz senil y áspera.

—Dígame —Me acerqué aún más.

—No, no voy a poder soportarlo más —Se notaba desesperado, transmitía un profundo sentimiento de angustia en su timbre.

—¿Qué es lo que no va a soportar?

—La promesa —Respondió pobremente con un áspero hilo de voz.

—Descanse.

Por un momento pareció haberse quedado dormido, aunque en verdad temía hubiera estirado la pata tras mi pedido, pero de repente una de sus personalidades tomó el control vigorosamente la cual no dudé en grabar.

—¿En qué puedo ayudarlo, Camarada?

—Buenas tardes, solo he venido a ver a Stones ¿Quién eres?

—Mi nombre es Engel, soldado Engel. Debes dejarlo descansar, los bombardeos aún no han terminado —contestó con semblante abatido.

—Quieres proteger mucho a Stones, ¿verdad? —indagué para continuar estudiando la naturaleza de esa personalidad.

—Él siempre nos protege, incluso en estos momentos que parecen ser los últimos para todos nosotros

—De repente su mirada se fundió con el piso mientras sus manos sostenían su cabeza.

—¿Qué sucede después del bombardeo? —inquirí con suficiente temor por la respuesta que me daría, que di un paso hacia atrás.

Luego de aquella pregunta el silencio lo absorbió, hasta que más tarde otra personalidad más introvertida, llamada Serra, se manifestó frente a mí. Él también relataba una historia similar del campo de batalla que aparentemente terminaban en una tragedia y nunca se explayaban más allá de ello a pesar de mi insistencia. Salí luego de casi una hora, prácticamente para la hora del almuerzo,

cuando la enfermera arribó con su medicina y el pollo con papas que parecía una paloma con cartón. Era momento de mi otra visita oficial.

* *

Era la misma silla, la misma mesa vacía y el mismo plato a medio comer, en verdad quería creerle que no sentía el sabor a nada para poder tragar eso. Casi todos los días solía conversar con Rebeca en el horario del almuerzo, el bullicio constante y los desmanes ocasionales de los internos en el comedor parecían lejanos cuando me sumergía en sus conversaciones. Nada había cambiado para con ella, seguía sintiéndose muerta y sin sentidos que le dijeran lo contrario.

—Buenas tardes, Rebeca. Aún no puedes disfrutar del sabor de la comida.

—Buenas tardes, doctor. ¿Ya terminó de visitar a sus demás pacientes?

—Sí, acabo de ver al señor Stones. Francamente me tiene un tanto preocupado —Tomé asiento en la silla que ya a esas alturas tenía reservada para mí.

—¿Qué es lo que más le preocupa de su caso? ¿Qué no se recupere?

No quería decirle de sus escasas posibilidades de siquiera ser rehabilitado o al menos volver a casa con la medicación pertinente, no quería ser negativo frente a ella ya que su propia patología tendía a hacerla depresiva.

—Temo por su vida —Me sentí ajeno con mis propias palabras, si bien salieron con espontaneidad, no podía negar la veracidad sobre lo que decía.

—Debería.

—¿Por qué lo dices? —Se notaba una expresión neutra en su pálido rostro.

—No puedo decirle, o más bien no sabría cómo, doctor. Usted debe verlo —cerró con una leve curvatura en sus labios.

—No entiendo de qué hablas y no eres la primera que me lo dice —reproché.

—Aún no sé si eres igual al resto de los doctores o enfermeros.

—En realidad yo tampoco lo sé a estas alturas —cerré desalentado.

—Es raro verlo así de preocupado, aunque cuando lo vi la primera vez pensé que podría ser distinto a los demás.

—¿Distinto por qué?

—Me es difícil explicarlo, y más aún sentirlo. Me recuerda a alguien.

—¿Josep? —Solté por fin. Había estado esperando esa oportunidad desde el momento en que leí aquel informe hace varios días.

—Sí y no —Su respuesta desbordaba melancolía y algo de gracia en la sonrisa que luego esbozó.

Tras ello cambiamos de tema hacía cosas más triviales, yo también comenzaba a sentir un perfume de mujer a su alrededor, a veces se la sentía tan viva.

* *

El atardecer desplazaba a casi todos los médicos y enfermeros del Hospital Saint Gabriel dejando desolación entre sus pasillos, para esas horas solo quedaba el personal afectado a las labores de

enfermería y a quienes les tocara hacer guardia por si ocurría algún percance durante la noche. Fue un alivio que haya cesado el alboroto por el nuevo internado.

Con suavidad descolgué la rejilla en el depósito, entré y la volví a colocar desde dentro, me aseguré doblemente de haberla encastrado correctamente, no quería que nadie siquiera sospechase. Me deslizaba sintiéndome una persona extraña, se acumulaba en el pecho ansiedad bombeada por mi corazón a cada rincón del cuerpo, de pronto me seguía preguntando ¿qué es lo que estaba haciendo? ¿Qué es lo que estaba buscando allí? La calma críptica de nuevo parecía era el centinela del subsuelo, pude corroborarlo con mis ojos, vacilé un momento y emergí cuando estuve seguro. Me detuve frente a su puerta, la parte lógica del cerebro me decía que era solo una internada más, pero algo más en ella la hacía especial. Me sentía tranquilo ya que al parecer las restantes dos habitaciones en su corredor estaban vacías, no compartía nada con ese hombre al menos en la cercanía inmediata. Antes de bajar había decidido no contarle nada sobre este nuevo internado, no quería asustarla innecesariamente y rogaba que no fuera necesario hacerlo nunca.

—¿Estás allí? —Mi voz se notaba tímida y me arrepentía de haberla hecho sonar así.

—Dijiste qué vendrías al día siguiente —reprochó, aunque sin sonar mal humorada—. Comenzaba a pensar que no volverías.

—Lo lamento en verdad, no, pues tengo otros pacientes ahora que necesitan de mi atención y no he podido venir a...

Gesticulé una blasfemia, pues no alcanzaba comprender como mis palabras podían sonar aún más estúpidas, ese no era yo.

—No te preocupes. Ya sabía que no tienes permitido entrar a este lugar.

El corazón se me detuvo por un instante durante el cual decenas de situaciones se me cruzaron por mi mente, absurdas fantasías de ella delatándome iban a la cabeza.

—¿Alguien más lo sabe?

—No le he dicho nada a nadie —Se sintió como ella se movía con dificultad chocando contra las paredes acolchonadas, me asustaba de tan solo imaginármela usando una camisa de fuerza—. ¿Por qué mejor no me cuentas sobre alguno de tus pacientes?

—Está bien —Me sorprendí de que quisiera saber algo sobre mí, aunque también de seguro estar encerrada en este lugar le generaba curiosidad por el exterior—. Pues, ¿por cuál debería comenzar? Ahora dos veces por semana una niña vendrá a verme ya que sufre de algo así como insomnio, es curioso ya que dice que alguna suerte de criatura no le deja dormir y pues...

En ese instante largó una risilla reprimida pero claramente audible, se sentía divertida y sonaba dulce, me alegraba en algún punto sentirla por primera vez, aunque también me molestaba su interrupción.

—¿Qué te resulta tan gracioso?

—Es por lo que dijiste, ¿no crees que es muy pequeña para que le suceda eso? Déjame adivinar, ¿siente que esa criatura la molesta, se entromete en sus sueños o la muerde?

—No lo sé, todavía no he llegado a indagar tanto —Contenía las ganas de golpear con mis puños la pared, sencillamente no lo asimilaba y me sentía irritado por parecer un tonto frente a ella.

—Lo tengo. Hazla dibujarlo.

—¿Cómo dices?

—Si ella dibuja algo como un roedor con fuego plateado en el extremo de su cola, entonces es un Oipahg.

—¿Qué es un... esa cosa? —Sentía vergüenza de tan solo pensar en repetir ese nombre.

—Un Oipahg es una criatura que se alimenta de la imaginación, vive en los bosques y busca a huéspedes allí, prefiere a los niños o a personas con mucha creatividad.

—¿De dónde sacas eso?

—Mi tutor me lo enseñó. He visto infinidad de criaturas a las que ustedes les parecería fantasía y estoy segura que se trata de una de ellas.

En esa última frase sonó particularmente molesta, casi podía imaginar su rostro con el cejo fruncido.

—Y si fuera verdad, ¿qué se supone debería hacer?

—Tú eres su doctor ahora. Solo puedo decirte que estos seres por más que no busquen hacer daño pueden ser muy peligrosos. Es solo que se endulzan demasiado y por ello no miden sus esfuerzos por evitar que sus huéspedes duerman, ella tiene suerte de poder verlo.

—Está bien, lo pensaré —propuse poco convencido.

Un pequeño lapso de silencio nos envolvió, no se sentía pesado o incómodo, era sencillamente diferente, casi cómplice de nuestro encuentro.

—¿Puedo preguntarte ahora algo a ti? —Esperaba no arrepentirme de continuar—. ¿Cómo... qué...?

—En efecto me arrepentía.

—Estoy sola todo el tiempo, si es eso lo querías saber. Así es como paso el día. Sin mañanas ni noches, soñando con volver a mi hogar y ver a mi tutor.

Su respuesta solo lograba dejarme la conciencia más turbia por haberme ausentado los días anteriores. En cierta forma confirmaba parte de mis temores y lapidaban cualquier motivo para justificar un tratamiento así en ese sitio.

—Ya veo —Fue lo único que alcancé a decir sin ser sincero, reteniendo una infinidad de palabras que seguro iban a sonar más reconfortantes.

Repasé la hora en mi reloj, debía irme si no quería quedarme encerrado, ¿quería?

—Debo marcharme, espero poder verte de nuevo y contarte más.

—Adiós —Me remordía, pues su saludo me pareció sonar triste o cuanto menos apagado.

—De acuerdo, haré lo que me aconsejaste, pero déjame saber tu nombre o al menos déjame verte una vez —aposté.

El silencio se interpuso entre ambos como siempre que nos despedíamos. No sabía cómo reaccionar, me negaba a presionarla, pero también comenzaba a matarme el hecho de no saber si ella era fruto de mi imaginación o un fantasma en este lugar, sí, incluso eso llegué a pensar luego de la declaración de la doctora Brown. Necesitaba una prueba de su existencia, un nombre, incluso un rostro para recordar me bastaba.

—Alice.

—¿Alice?

—Llámame así, no es mi verdadero nombre. Pero quiero que me llames así.

—Está bien, Alice. Yo soy André.

Día 6: Reencuentros.

El llamado me había obligado a estacionar el automóvil a un lado de la lujosa calle Culcross, bajo la luz ámbar de una farola. La pantalla de del teléfono acusaba ser de Michael, un viejo compañero y amigo durante los años de universidad.

—¡Hey! Tiempo sin verte —Saludó enérgico.

—Eso suele suceder cuando la gente empieza a trabajar.

—¿Estás cerca del Bar Last Song? Surgió una reunión espontánea entre ex-compañeros, ¿te nos unes?

* *

El alboroto moderado y la buena música jazz sonando en segundo plano siempre caracterizaron ese vistoso bar llamado Last Song, y era esa la razón de que lo eligiéramos desde nuestros incipientes años universitarios como lugar para reunirnos a “estudiar”. Su aspecto retro y artístico le dotaba de un ambiente único en Edam, algo que no había cambiado desde aquellos años. Una nueva ronda de cervezas nos invitaba a continuar con la charla y adentrarnos en las nuevas anécdotas que teníamos, algo que en mi caso intentaba limitar a solo lo lógico y posible. Sin embargo, gracias a ese encuentro, pude enterarme de algunas cosas; John Smith, el chico popular por fin alejó aquellos fantasmas de calificaciones mediocres para entrar al prestigioso Hospital Privado Germain con una promesa laboral envidiable. Anne Morris, por su parte, tenía deseos de emprender una travesía cruzando Asia y posponiendo su carrera, pero quien resultó ser un verdadero hallazgo fue el propio Michael Wood.

—Dime, ¿es cierto que puedes acceder al historial de todos los pacientes de Edam? —consulté simulando cierto mareo y torpeza al hablar—. Seguro que ves cosas muy interesantes.

—Las cosas más interesantes las deben ver ustedes dos —me contesto Michael mirando también a John—, y en especial tú, al lado del “siniestro doctor Faraday”.

Los cuatro luego de reírnos bebimos un sorbo de nuestras botellas, Michael tenía la mirada un tanto torpe, pero me advertía que no lo tomara por tonto. Había entendido el mensaje.

John acompañó a Anne, ella sin duda había tomado demasiado y a decir verdad sospechaba que fue adrede. En tanto Michael y yo pedíamos las últimas cervezas antes de marcharnos también. Ni bien quedamos solos el silencio se puso a la espera entre ambos, casi tan corpóreo como la mesa que nos separaba. Él debía comenzar para que lo mío funcionase, de otra manera sonaría como si le rogase.

—¿En qué lio te quieres meter? —Soltó por fin refregándose el entrecejo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Te conozco demasiado —Comenzaba a sonar arrepentido de haber hablado de más—. Estar en el Ministerio de Salud Estatal no me da libre acceso si es eso lo que piensas.

—Solo un nombre.

Michael se abstuvo de emitir palabra alguna mientras la mesera dejaba dos botellas más sobre nuestra mesa.

—No sé si quiero saber más, ¿cómo se llama?

—Alice —Pronunciar su nombre a otras personas me sonaba irreal y por esa razón lo hacía,

necesitaba darle una historia, un rostro, algo que la trajera a la realidad. Ella me había confiado un nombre y aunque afirmaba no ser el verdadero, no podía descartar alguna negación en torno a él.

—¿Apellido?

—Es todo lo que tengo —Di un sorbo largo a mi botella—. Sé que encontrarás algo.

—No puedo prometerte nada, solo dime que no mataste a ninguna paciente.

—Tampoco puedo prometerte nada.

Era mi apuesta, si le llegase a resultar lo suficientemente interesante se despertaría su “obsesión” y buscaría por cielo y tierra hasta encontrar una respuesta que lo dejase satisfecho. Las fichas estaban sobre la mesa.

—¿Acaso..? —Se interrumpió a si mismo meneando al cabeza y luego soltando aire con una queja inentendible —. Teniendo un jefe como el que tienes, prefiero no enterarme de nada.

* *

Mi pierna no cesaba su temblor compulsivo, hacía que mi café ondulara logrando hipnotizarme entre su vapor y aroma intenso. Eché un vistazo por enésima vez al reloj, todavía faltaba un cuarto de hora, por ello decidí que consumiría más a prisa el tiempo si me iba a esperarla a los consultorios en vez de quedarme en solitario por la cocina. En el pasillo que comunicaba con la parte nueva del hospital resonaba mi andar con ecos escandalosos, ellos me encontraban sumido en un mar de dudas. ¿Qué haría si el dibujo coincidía con lo que me aseguró Alice?, o peor aún, ¿y si no coincidiera? Creo que esta última era la responsable de mi propia falta de sueño la noche anterior. Me paré bajo el marco de mi consultorio asignado y aguardé de brazos cruzados su llegada, tenía la vista fija en el umbral de entrada al hospital.

—Alice —resonaba misteriosa su voz como eco en mi cabeza.

Qué secretos guardaba ella, qué fue lo que la hizo terminar en un lugar como este. Debía seguir averiguando por mi lado.

—Doctor, buenos días —Aurora me jalaba del delantal.

Me había centrado tanto que ni siquiera me había percatado del momento en que ella y sus padres llegaron.

—Eh, sí. Buen día. Adelante por favor —Me aparté y la invité a pasar.

Aurora se notó algo sorprendida primero y luego entusiasmada al ver sobre el escritorio un par de hojas blancas y varios lápices de colores cortesía involuntaria de mi hermano, Thomas. A pesar de la ansiedad debía mantenerme imparcial, por lo que comencé primeramente indagando sobre el contenido de sus sueños y pesadillas, luego corroborando que su trastorno comenzó al volver del campamento escolar en las afueras de la ciudad y que al parecer nada malo le ocurrió allí como desencadenante. Ella aún insistía en ese ser, apareciendo fugazmente y con detalles que concordaban parcialmente con lo dicho por Alice.

—Muy bien, Aurora —Era el momento—. Ahora vamos a dibujar.

—¡Por fin! —exclamó aliviada la infanta. Se notaban sus ganas de volcar en la hoja toda su creatividad.

—Pero —la detuve justo antes de que comenzara—, ahora vas a dibujar a quien te quita el sueño, ¿crees que puedas?

—Claro —seguía igualmente entusiasmada.

Cada trazo que hacía me aceleraba el pulso, ella estaba dibujando una respuesta frente a mis ojos, ellos la siguieron sin pestañear un instante. Dejó el lápiz negro y comenzó a colorear su pequeña obra.

—Listo, doctor. ¿Le gusta? —Me entregó la hoja.

Me refregué los ojos que estaban secos, no sabía si era esa la respuesta que esperaba, pero allí estaba, justo frente a mí.

—¿Estás segura... que... es... el culpable? —Tragué saliva con absoluta dificultad.

—Por supuesto que sí.

—Es todo por hoy, Aurora. Nos veremos la próxima semana.

La niña se alejaba sosteniendo las manos de sus padres con total inocencia, mientras yo me quedaba bajo la puerta contemplando el papel, sin saber qué pensar.

* *

Ubiqué al doctor De Montecarlo en el extremo del salón recreativo, pintando paisajes sobre un lienzo al igual que el resto de los pacientes, todavía mantenía un leve temblor en mis extremidades que no se iba ni con dos tazas de café. Al menos ya no me notaba tan pálido. Esperaba que con esa visita se disipara al menos un poco la ansiedad.

—Oh, buenas tardes, André.

—Con permiso —Tomé asiento frente a él, justo a un lado de la ventana—. Me han dicho que otra vez se ha negado a recibir la visita de su familia. ¿Puede decirme el por qué?

—Ellos no son mi familia —Su respuesta sonó sólida como era de esperarse, seguía concentrado en su lienzo como si aquella pregunta fuera tan mundana como cualquier otra que hubiera escuchado en su clase.

—¿Dónde están si no?

—He viajado por múltiples universos y puedo asegurarle que, por más exactos que se vean, hay diferencias muy finas entre las mismas personas de cada uno. Yo sé que ellos no lo son, ellos quedaron en mi mundo.

—¿Por qué no les da una oportunidad? Podría llevarse una grata sorpresa, o quizás ya esté en su mundo sin que se percatara.

Una sonrisa se dibujó en su rostro gentil, me miraba como a un alumno que acababa de dar un argumento absurdo e inocente.

—No podía esperar otra cosa de ti, André. Es curioso su caso, de todas las personas que he conocido usted siempre parece ser el mismo en cada uno de los universos que visito.

—¿En serio? Entonces dígame qué haré esta noche —Aposté en pos de ponerlo en evidencia frente a sí mismo.

—Visitará el subsuelo por supuesto —respondió entornando los ojos.

Otra vez esa maldita sensación, debería sentirme ya acostumbrado a sentirme así, pero no se adormecían mis sentidos. La quijada se me cayó y de seguro una vez más mi piel se palidecía.

—¿Quién es ella? —pregunté sin pensarlo, casi como un impulso profundo desde mi inconsciente.

—Alice, según me relató —Se reclinó sobre el espaldar de su silla con absoluta seguridad mientras dejaba su pincel de lado.

—Dígame, ¿cómo... sigue esto? —Mi voz temblaba y no era para menos, estaba sintiendo temor, un miedo irracional frente a las respuestas que pudiera proporcionarme.

—Eso va a depender de sus decisiones —repuso adusto—. Nunca me quedo más de tres días en cada universo.

—¿Eso quiere decir...?

—Así es, no soy el mismo que vio al llegar y no me mal entienda, no paso un solo día sin que extrañe el calor de mi esposa, sus abrazos, y piense en todo lo que mis hijos han crecido en este tiempo que me ausenté. Viajo desesperado con la esperanza de terminar el ciclo de universos y volver hacia donde comencé, a mi hogar. Cada vez que lo hago mis otros yo también lo hacen y me reemplazan. Fue realmente un grave error haberme embarcado en semejante viaje.

Me desplomé sobre la silla soltando un largo suspiro al techo, la universidad no me había preparado para aquello ¡Carajo! La vida no te prepara para eso. No sabía qué pensar de todo lo que pasaba, me preguntaba si algún otro profesional pasó por lo mismo o simplemente lo trataba como correspondía, ¿de verdad se debía enfrentarlo como dicta la medicina? Ya no estaba tan seguro si me respondía que sí.

—Con permiso, doctor, debo marcharme —me levanté con la mirada perdida en el suelo.

—Espero que encuentre las respuestas que busca, aunque no pueda proporcionarle más pistas.

* *

Me quedé sobre el pasillo del segundo piso intercambiando algunas palabras distendidas con Ivan Gregori, quien nunca salía de su habitación a causa de su misma patología. Lo hice esperando por la enfermera hasta que llegó con su ruidoso carro de hojalata. Le entregamos el almuerzo al joven Gregori y también pedí me entregara la comida del señor Stones, me había ofrecido a alimentarlo, cosa a la que accedió algo sorprendida y luego agradecida.

La personalidad del soldado Serra era la más maleable, solo debía ordenarle que comiera y él acataba sumiso, sin rechistar, pero cuando cambiaba por el Cabo Brandsen todo se tornaba más caótico, era una personalidad más dura, reacia y rebelde. Sin embargo y más allá de ello, me empezaba a acostumbrar a tratar con cada una de ellas y a reconocerlas con solo escuchar su tono o ver su expresión, en cierto punto me agradaba pasar tiempo con él y hasta lograba distenderme un poco. Pero, había algo que no podía soportar ver. Si bien eran por momentos breves, cuando volvía la personalidad del señor Stones se me revolvía algo añejo en mi interior. Sus pupilas húmedas y cansadas me imploraban por ayuda. Suponía que no solo había creado un vínculo con Alice, en verdad me negaba a solo tratarlos y ya, me empezaba a parecer insuficiente. Limpié su boca con la servilleta y él tomó mi mano con delicadeza, gotas rodaron por las arrugas de su piel blanca hasta morir sobre su regazo, algo en su mirada me transmitía un mensaje que me negaba a entender. ¿Qué se suponía debía hacer para ayudarlo realmente?

* *

El viejo subsuelo se notaba más sombrío, algunas lámparas dejaron de funcionar, de hecho solo su puerta estaba iluminada tenuemente.

—¿Alice? —El sonido de mi voz viajaba fuerte entre la oscuridad.

—Aquí estoy, André.

Cada vez que me contestaba sentía alivio bajando por mi pecho.

—¿Qué se supone debo hacer? —Le mostré el dibujo de Aurora por la ventanilla en tanto ella soltaba un suspiro largo.

Ella había acertado en todos los detalles del dibujo, casi como si ella misma lo hubiese trazado. A lo ancho de aquel papel se bosquejaba una suerte de roedor marrón de larga cola con un detalle gris en el extremo.

—Vaya, es sorprendente volver a saber de ellos —dijo con un nudo en la garganta, extendió su frágil mano por entre los barrotes y rozó con sus delicadas yemas la textura de la hoja—. Mi tutor solía decirme que una vez te toma de huésped es imposible quitarlo. En el mejor de los casos logramos controlarlo o educarlo inconscientemente, pero siempre es mejor criarlo. Son seres raros en estos tiempos y a la vez mágicos, no buscan hacer daño más allá de lo peligroso que sean.

Apoyé mi frente sobre la puerta y cerré los ojos.

—¿Te das cuenta que eso es algo un tanto difícil de digerir?

—No debería costar si abres tu mente, y en especial tu corazón, André.

Era fácil decirlo de esa manera, ella estaba al otro lado de la puerta con su mundo definido, mientras yo y mis propias convicciones estábamos derrumbándonos en un mar de locura y fantasías.

—Una tarde de verano deambulaba por el bosque —añadió Alice—, nada me parecía más tranquilo que descansar a las orillas del lago más cristalino que haya visto jamás. La brisa y el canto de las aves me habían dejado profundamente dormida, hasta que sentí un cosquilleo en mi nariz. Al abrir los ojos lo vi, sentado a un lado, mirándome con la misma curiosidad que le dedicaban mis ojos. Ambos nos quedamos inmóviles, esperando que el otro reaccionara primero, hasta que de repente salió huyendo y se escondió detrás de unos árboles. En ese momento apareció mi tutor y me enseñó que ese era un Oipahg.

Si para ella era extraño saber de ellos, para mí era bastante con conocer su existencia, de pronto un impulso ganaba terreno sobre mis palabras, un deseo empezaba a cobrar fuerza y no sabía quién más podría ayudarme si no era ella.

—Hay alguien que necesita de mi ayuda y quiero pedirte me digas qué hacer, si sabes algo.

—Puedes decírmelo —De inmediato se oyó movimiento rozando las paredes de su habitación, quería creer que acaparé su atención y que de verdad en ese momento me observaba.

—Uno de los pacientes sufre de distintas personalidades alternando en su cuerpo, cuatro para ser exactos. Pero cuando vuelve a ser él mismo parece estar desesperado, agobiado y sé que necesita ayuda urgente. No tengo idea si se puede hacer algo más.

—Me alegra escuchar que te preocupes por él. Pero dime, ¿solo sabes sobre él por los papeles que te entregaron?

—Así es, es lo normal —De pronto mi propia respuesta me sonaba absurda frente a ella.

—Hay más cosas por detrás de una persona que solo letras y números, cosas que no se pueden plasmar, solo comprender. Quizá él carga con algo más pesado que una enfermedad.

—¿Algo como qué?

—No tengo manera de saberlo, pero sé que no podemos ser muchos a la vez, él debe volver a ser uno solo y liberarse de esa carga que lleva. Confío en que podrás ayudarlo, André.

No era capaz de describir lo que se sentía en mi pecho cada vez que ella pronunciaba mi nombre y

por ende tampoco explicar lo que sentía al tener su confianza. No sabía hacia dónde estaba yendo, pero no quería detenerme.

—Alice... Desearía poder ver tu rostro.

—No quiero que lo veas.

—¿Por qué no?

De nuevo el silencio fue su única respuesta.

—¿Por qué estás aquí? —dije desesperado, sin esperar una respuesta de su parte, simplemente me mataba no saber el motivo.

—Solo los niños y los locos dicen la verdad —contestó con un hilo de voz—, yo era una y me tomaron por lo otro. Cuídate, André. Él ya está aquí.

—¿De quién hablas? —Temía que ya se hubiera enterado de esa persona.

—El Padre de las Pesadillas, el nuevo internado —corroboró.

Día 7: Historia y pesadilla.

El sol entibiaba lentamente la ciudad de Edam, en verdad la urbe tomaba otro tinte cuando las estaciones se intercambiaban. Aún estábamos lejos de ver flores adornando los jardines y en cierta manera eso me traía sin cuidado. Mi cerebro no se detenía por más que estuviera en mis días de descanso, estaba más que decidido a encontrar una respuesta para lo que padecía en verdad el señor Edgardo Stones. A pesar que también buscaba saber más sobre mis otros pacientes o Alice, él estaba como prioridad, al menos en ese momento. Tras revisar todas las grabaciones que tenía de él comprobé que en efecto existían cuatro personalidades bien definidas que se alternaban aleatoriamente sin motivo aparente o sin ningún detonante previo. Las pertenecientes a Lee, Engel y Serra eran los más dóciles y razonables para tratar, mientras que Brandsen era más complicado y violento. Sin embargo, no había logrado extraer demasiada información de cada uno, en parte debido a la medicina que le administraban las cuales eran principalmente antidepresivos y tranquilizantes; todos vivían como detenidos en el tiempo.

—Gracias por el desayuno, mamá —agradecí apenas por encima de mi hombro en tanto ella acomodaba la bandeja sobre mi escritorio.

—Eso es porque te estás alimentando mal —gruñó sin mirarme, levantando su dedo para acusarme. Sentí un par de pasos antes que se detuviera y tras un instante se volvió.

—Dime hijo ¿Qué es lo que tanto investigas? Tienes muchos papeles y todos desordenados —añadió con cierto reproche oculto en su duda.

Me escuchaba por dentro intentando explicar el síndrome del señor Stones, pero todo me llevaba a una charla muy técnica para mi madre y a ejemplos poco prácticos.

—Intento darle forma a la dolencia de un paciente —resumí de mala gana.

—Pues se parece a un rompecabezas, si tienes todo desordenado nunca podrás encontrarle forma.

Sin mirarla agité la mano en dirección a la salida, parecía intentar que se fuera y me dejara trabajar en paz, pero la realidad era otra. Tras el rechinado de la puerta cerrándose tomé todos los apuntes que tenía, cada uno de ellos contenía detalles de sus personalidades las cuales recolectaba de las grabaciones que realizaba a menudo. Las dispuse en un círculo y tracé algunas anotaciones en rojo para vincularlas. No quería admitirlo, y menos frente a ella, pero su recomendación de alguna forma empezaba a darme una mayor claridad frente a lo que pasaba con él. El rompecabezas comenzaba a tener forma para mí.

Terminé el café contemplando de lejos lo que había construido, una red de detalles y personalidades enlazadas en puntos comunes. Regresé a la silla y me recosté sobre aquellas páginas, sentía que algo se me estaba escapando, algún detalle se escondía, la pieza faltante que terminaría de definir lo desconocido. Exhalé volando varias hojas del escritorio, sentía placer, pues el sol calentó la madrera lo suficiente como para sentirme sobre la falda de un ángel. Tomé mi teléfono móvil y puse a reproducir desde la primera grabación, cuando lo conocí, y me dejé descansar con la mirada apagada.

—¡Rayos! Podría escribir un gran libro sobre la guerra si le pudiera extraer más información a cada uno de ellos —pensaba tras haber escuchados varios audios—, hasta casi podía imaginarme la situación desesperante donde estaban, los aviones bombardeando sus posiciones, los disparos y lo

miembros que iban muriendo...

Me levanté disparado, el asiento cayó de espaldas en tanto sostenía mi cabeza y me golpeaba mentalmente por lo tonto que había sido, tanto como para no haberlo pensado de aquella manera, desde ese punto de vista. No tenía sentido del todo, pero vamos, a esas alturas ya nada parecía tenerlo, mi cerebro luchaba contra toda lógica dando paso a mis impulsos. Volví a las anotaciones y repasé una vez más las grabaciones en tanto sobre un enorme trozo de papel comenzaba a conectar todas las historias en limpio. En efecto no solo todas las personalidades demostraban un rango inferior al del Sargento Stones, sino que en algún punto de las grabaciones recreaban un mismo momento dramático ¿Alice se refería a eso con conocer su historia? No podía asegurarlo, no al menos hasta comprobarlo por fuera del hospital.

* *

Una hora rodando sobre el Fiat era insuficiente para apaciguar mi mente inquieta, todo lo contrario, la carretera era demasiado serena y no requería mucho de mi concentración, solo pasaban por los lados cuadros repetitivos de cercas despintadas y casas rústicas. No entendía lo que buscaba Alice de mí, pero si algo era cierto, era que necesitaba conocer a los pacientes más allá de lo convencional para poder ayudarlos, tanto Gregori como Rebeca o incluso ella misma. Por fortuna la recepcionista de la Fundación Veteranos, a pesar de sus kilos de maquillaje, escondía una persona amable que no dudó en entregarme los datos del señor Stones, solo necesitaba uno. Viré en uno de los caminos pedregosos que salían de la carretera rumbo a una zona rural rogando no haberme confundido, y tras un par de cientos de metros me detuve. Saqué del bolsillo interior de mi campera de cuero el papel que marcaba mi destino y luego de un vistazo a la fachada de aquella casa suspiré, aliviado de haber llegado sin dificultad. Bajé del vehículo cerrando con fuerza la puerta descuadrada y admiré la casa unos instantes, pues se trataba del hogar del señor Stones, hoy la de su hijo y nietos. El tamaño de su patio era en verdad generoso en comparación al humilde inmueble blanco de madera que se alzaba sobre el frente, de alguna manera podía imaginármelo a él disfrutando de sus dos hijos en este lugar tan pacífico, lejos de los horrores de la guerra.

—Buenos días, ¿puedo ayudarlo en algo?

No me había percatado que el propietario ya estaba sobre la entrada mirándome con extrañeza.

—Buenos días ¿señor Stones? Soy André Clerici, trato a su padre en el Hospital Saint Gabriel.

—Oh —Su rostro dibujo preocupación—. Adelante, pase.

En efecto el interior rezaba ser el de toda una casa familiar, llena de retratos y viejos muebles sosteniendo las nuevas maravillas de la electrónica y el entretenimiento, y algunos juguetes que pisé accidentalmente. En el aire se podía percibir ese característico aroma de polvo y heno que tanto me costaba soportar, pero que sin duda formaron parte de la vida del señor Stones.

—Tome asiento. ¿Todo se encuentra en orden?

—Sí, está todo bien con su padre. Solo he venido a hacerle unas preguntas ya que soy nuevo —lo tranquilicé en tanto me sentaba en torno a la mesa familiar.

—No hay problema, deje que le sirva un café.

A pesar de no ser mucho mayor que yo, se notaba que era todo un padre de familia, su solo tono denotaba más madurez de la que yo tenía y su postura cansada lo delataba. Me empezaba a preguntar

si mi padre alguna vez se habrá visto así ante los demás, de cualquier forma no podía recordarlo de esa manera.

—Sírvese —Me extendió una pequeña taza y un azucarero—. Cuénteme cómo podría ayudarlo

—Empezaba a molestarme que me tratara tan formal.

—Necesito saber qué le sucedió a su padre durante la guerra.

—No es algo de lo que él hablara mucho, yo era muy chico cuando él volvió.

—Es importante que me cuentes todo lo que sabes, aún no encontramos el evento traumático que detonó el trastorno que sufre actualmente. Cualquier pista nos servirá para intentar reconstruir su personalidad fragmentada —dije sin creer del todo en mis palabras.

El hijo de Stones se llamaba Daniel y era el mayor antes de su hermana, me imaginaba al ver su rostro lo duro que debió haber sido internar a su padre. Sin duda los episodios violentos lo hicieron difícil de contener en una casa donde había niños pequeños. Daniel parecía tener dificultad para continuar la plática, pero finalmente soltó con mirada húmeda:

—Mi padre era muy admirado por los oficiales del ejército, partió a cargo de un pelotón ni bien estalló el conflicto. La persona que volvió dos años después era diferente a la que vi partir, pero seguía siendo mi padre. Él fue el único en sobrevivir de su pelotón y sinceramente creo que el remordimiento desató esa terrible enfermedad en él.

—Ya veo. Por si acaso, ¿no tendrás una foto de su pelotón o sus nombres?

—Sí —Rascó sus ojos como disimulando las lágrimas incipientes—, él dejó una caja que tiene varias cosas de cuando estuvo en el ejército y creo que había una fotografía en ella.

Sobre el último estante de la biblioteca extrajo una vieja caja de cartón que colocó sobre la mesa. De allí extrajo una foto sepia de entre otros tantos artículos.

—Tenga —Me la entregó.

Fácilmente pude descubrir al sargento entre sus hombres, posando tras un enorme cañón de seguro no muy distantes del frente. Sus rasgos eran los mismos, su mirada dura habría intimidado a cualquier soldado enemigo, penosamente algo distante de la expresión que portaba en ese momento. Giré la fotografía y allí encontré la respuesta que buscaba o al menos la que me acercaría a ella.

Sargento Edgardo Stones, Cabo Nicolas Brandsen, Soldado Albert Lee, Soldado M. Engel y Soldado "Peluche" Serra.

Eran los nombres que habían, sus soldados a cargo, aquellos que nunca volvieron, ¿o tal vez sí?

—También trajo esto del frente, aunque alguna vez me confesó por lo bajo que nunca lo entregó a sus familiares por sentir vergüenza.

Daniel me extendió un racimo de placas identificadoras con el nombre de cada uno de sus hombres.

—¿Crees que podrías prestármelo por un tiempo? Es para iniciar una nueva terapia.

—Seguro, no sé cómo podría ayudar. Pareciera que no hay nada por hacer ya.

Contuve mis deseos de tomarlo por el cuello y estrellarlo contra el muro más próximo. No entendía cómo su propio hijo podía decir algo así de su padre mientras sufría por una promesa inconclusa, pero tras sentir los gritos de un par de niñas jugando en el patio empecé a imaginarme sus razones, aunque no por ello dejaba de sentir enojo.

—Debo marcharme ya. Te agradezco por haberme recibido y colaborar —No podría decir que mi cara era la más amistosa al momento de despedirme.

—Él, ¿él está...?

—Él está bien, pero necesita de toda la ayuda posible.

—Por favor, si necesita de algo más no dude en llamarme.

Mientras dejaba el automóvil encendido para que tomase temperatura guardaba la tarjeta de Daniel, no me imaginaba en ese momento, pero quizás de alguna manera me resultaría útil su ayuda en un futuro. Solté un suspiro y estrellé repetidamente mi cabeza contra la bocina en el volante. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo lo lograría?

* *

Respiraba agitado y furioso, sentía el denso vapor de su aliento sobre mi cuello contraído. Estaba demasiado oscuro ese bosque para si quiera saber hacía donde moverme, no quería girarme ni mover un pelo, apenas si lograba respirar. No debía hacerlo por algún motivo. Ese jadeo se convirtió en un susurro y luego un remolino desenfrenado se agitó sobre mí levantando las hojas secas con violencia y sacudiendo los árboles muertos.

Tras ese duro golpe contra el suelo necesite de unos segundos para recapitular qué rayos sucedía y darle tiempo a mi corazón para que bajase. La habitación en penumbras, el velador encendido sobre el escritorio, la silla derribada a un costado y mi móvil sonando en mi mano me lo hicieron recordar. —Buenas noches —Sacudí mi cabeza y atendí de mala gana, retrasando un bostezo y refregando mis parpados, todo ello sin ver la identidad del interlocutor. Grave error.

—¿Estás ahí, André? —Su desagradable voz petulante y fina me taladraba el cerebro incluso a través de un aparato, ella era la maldita razón por la que estaba pasando por todo esto y más—. Parece que trabajas mucho, se te nota agobiado.

—Hola, Tía Carmel —Sentía nauseas de tan solo contestar y más aún de pronunciar su nombre—, me dormí viendo los informes de mis pacientes —Mi sarcasmo no arrancaba aún, justo cuando más lo necesitaba.

—Sí, tu padre debe de estar muy orgulloso ¿verdad? Viendo como disfrutas una profesión que si pudiste escoger.

Nunca sabré si lo estuvo hasta donde alcanzaba a recordar, era la clase de recuerdos que hubiese preferido atesorar, aunque y si no fue así es en parte gracias a ella.

—Dicen que todo padre siempre está orgulloso de sus hijos, ¿no lo crees?

—Pues... —Un pulso intermitente irrumpió dejándome una sensación de alivio.

Pero luego de resoplar recordé lo que había estado soñando hasta hacía unos instantes, el recuerdo todavía no se desvanecía, seguía fresco en mi memoria y el cuerpo. El móvil volvió a sonar, una parte mía se negaba a contestar y seguir soportándola, pero lo hice a fin de molestarla un poco más.

—Parece que se cortó la llamada —Solo se oía estática del otro lado— ¿Hola? ¿Tía?

Allí estaba, era el mismo. Me levanté del piso cual resorte mientras escuchaba y reconocía esos ruidos repulsivos del otro lado. Estaba teniendo ese sentimiento otra vez oprimiendo mi pecho y volcando mi estómago, pues recordaba el por qué no quería moverme en el sueño, no era temor, simplemente él no me lo permitía. El jadeo continuó de la misma manera, casi era capaz de sentir su desagradable calor penetrando mi oído, solo que esta vez se convirtió en una risa escandalosa y macabra.

—Alice —musitó malicioso.

—¿Quién eres? —Al no obtener respuesta miré la pantalla para descubrir el número de quien me

telefoneaba. Pero no había ninguna llamada en curso; la última correspondía a la de mi tía Carmel y nadie más.

Día 8: Promesa y amenaza.

Llevaba más de quince minutos demorados, no era usual un retraso tal en la familia de Aurora y mucho menos sin avisar, pero no sería tampoco demasiado raro ya que muchos pacientes suelen hacerlo alguna vez durante su tratamiento. Me preocupaba que la niña le contara del dibujo a sus padres, y ellos se enfadaran conmigo y mi falta de profesionalismo, al menos las quejas no me llegaron aún.

—Señor Clerici —llamó la recepcionista, al verla me hizo señas de negación mientras colgaba el tubo del teléfono.

En vista que ellos no vendrían era en vano permanecer un minuto más en el ala nueva, no para ponerme a pensar sobre ello reiteradamente, preferí volver a lo que sería el viejo hospital. Ese era el lugar del que todo mundo hablaba en la región, sean de una profesión afín o no, se rodeaba de toda clase de rumores y dichos. Sin embargo, todos y cada uno de ellos distaban en cualquier sentido de lo que pasaba en realidad entre alguno de sus pacientes, pero sin lugar a duda el misterio más grande estaba reservado para los internados del sótano. Alice era una chica ignorada por todos, particularmente distinta y a la vez atrayente, mientras más la visitaba, más caía en sus fantasías, o al menos eso creía. Lo cierto era que cada vez estaba menos seguro de la realidad que me rodeaba y de aquello que desconocía. Por el otro lado, Amaro Riccardo, de quien todos en el hospital conocían su existencia, pero estaba por demás seguro que algo ocultaba, lo suficiente como para erizarme la piel de solo pensarlo. Aun así no perdía de mente mi lugar en ese sitio, estaba más que decidido a descubrir la verdad cada uno de los casos más extraños que estaban a mi alcance. Fueran reales o solo extrañas fantasías.

Como era de suponer el despacho del doctor Orgaz estaba vacío, ya me lo había imaginado por lo que le dejé mi petición formal sobre su escritorio, luego volvería para pedir una respuesta, si lo encontraba libre por supuesto. Era hora de una visita más en ese piso.

Ya era habitual, tuve que esperar que el joven Iván me mirase a través del espejo que portaba con recelo antes de poder ingresar a su habitación. Desde aquel día en que lo conocí siempre le llevaba su medicación y manteníamos alguna que otra charla que parecía haber rendido sus frutos con el correr de las semanas. Sin embargo, aquel ritual con su trozo de cristal era siempre necesario para poder ingresar a su habitación, sea quien fuese, incluso con su pobre madre quien era la única persona que se preocupaba por verlo un par de veces a la semana. Una vez cerciorado de que en verdad “fuese yo”, asintió con su cabeza para que pudiera adentrarme. De alguna manera gracias a ese episodio el joven empezó a mostrar una sana confianza hacia mí, al punto que era capaz de soltar anécdotas de su niñez y mostrarse un tanto menos preocupado por aquel ente que aseguraba lo asechaba todavía. Incluso ya no se escondía en un rincón. Noon estaba bastante conforme con los avances que había logrado para con él, a pesar de lo que faltaba aún.

—Buenos días, Iván. Uno de los enfermeros —No, seguía sin recordar sus nombres— me ha comentado que querías verme.

—Sí, doctor —En verdad lucía más resignado a su suerte que calmado, no era la clase de mejoría que uno esperaría ver en una patología así, no en él—. Necesito pedirle un favor.

—Dime en qué puedo ayudarte.

—¿Puede entregarle esto a mi madre? —Me extendió un papel plegado, algo arrugado y firmado en uno de sus lados con su puño y letra.

—Puedes dárselo cuando venga a visitarte, creo que mañana....

—¡No! —interrumpió sobresaltado y luego trato de tranquilizarse para continuar más calmo:— No es que quiera se lo de cuanto antes.

—¿Cuándo entonces? —me comenzaba a preocupar.

—No se preocupe, son palabras que siempre me costaron pronunciarle y, pues, usted sabrá cuando hacerlo. Solo le pido que si quiere leerlo no lo haga sino hasta antes de entregárselo ¿Podrá hacer ese favor por mí?

Esbozaba una sonrisa sobre su rostro invadido por lágrimas que afloraban como un río, naciendo sobre sus ojeras coloradas y terminando sobre su pijama blanco. Yo no me consideraba de esas personas, pero tampoco podía pensar el porqué, simplemente me dejé llevar y le extendí un abrazo firme.

—Lo haré si es necesario, pero creo que...

—Gracias, doctor —volvió a interrumpir.

—Aquí tienes tu medicina —Lo solté para acercarle la bandeja la cual él tomo con absoluta tranquilidad, sin esa paranoia desconfiada.

—Ya no va a ser necesario que la traiga de nuevo, doctor —Forzó una sonrisa que vacilaba—. Puede decirle a Amy que la traiga a partir de mañana, ella es muy linda.

—Está bien, me aseguraré de decírselo. Tienes buen gusto, ¿sabes? — Rocé con mi puño su mejilla Tras un par de palmadas más sobre su espalda lo dejé de nuevo en su habitación, aunque no sin antes darle un último vistazo el cual me reveló solo una mirada tibia y melancólica. En mi mente vagaba la confusión sobre si su sentimiento de culpa lo pusieron en ese estado, o en verdad era real lo que sucedía. ¿Cómo rayos iba a descubrirlo? Me marché por el pasillo sacando todo el aire en mi pecho y arrastrando los pies, me había decidido a investigar su caso también.

* *

El horario del almuerzo volvía a ser tan caótico como todos los días en el comedor, el doctor Orgaz continuaba brillando por su ausencia para variar lo cual empezaba a desesperarme, por lo que me decidí a esperarlo allí, sentado bajo la luz del mediodía.

—Buenos días, Rebeca.

—Buenos días, doctor —corrió levemente su silla para que pudiera sentarme a su lado.

—¿Te sientes algo más viva? —Bromeé y una sonrisa tiró de sus labios antes de ignorarme y clavar la vista en el patio central.

Rebeca no había tenido ninguna mejoría notable desde que la internaron aquí, aunque al menos me dijeron que se le pudo bajar la dosis de anti-depresivos en los últimos días, era mi otro gran caso misterioso ya que algunas extrañezas giraban a su alrededor. Mis pistas eran un informe firmado por un tal Josef M. y luego los dichos de Alice que parecían referirse a ella sin lugar a duda. Sin embargo, algo me retenía a continuar indagando sobre su estado. La pista que cerraría todo.

—¿Usted cree que dejé algo inconcluso en vida? —consultó de repente, sin dejar de contemplar melancólica por la abertura.

—Dímelo tú —Atiné a responder sin que se me ocurriera algo mejor—, ¿que sientes cada vez que piensas en ello?

—No siento nada, pero desde que estoy aquí —Su rostro volvió hacia mí inundada en pena—, siento que hay algo que me falta o no he concluido.

Deseaba poder decirle que era lo mismo, si en todo caso estaba viva, aunque si Alice me escuchara diría que abriera mi mente y dejaría de hablarme por un buen rato, desde luego.

—A diferencia de los vivos nunca escuché que los muertos tuvieran cosas pendientes.

—Tiene razón, aunque quizá es el paso que necesito para cerrar el ciclo por este mundo —Lucía de pronto entusiasmada con la idea y eso me preocupaba.

—Cuéntamelo cuando lo descubras, no lo hagas hasta después de ello, ¿está bien? —sonó más a un regaño que un a pedido.

Ella simplemente asintió con su cabeza. Por extrañón que sonase en verdad comenzaba a sentirla más lejana de esta realidad a partir de ese momento. De pronto, un sonido me alertó. Saqué del bolsillo del jean mi móvil bastante extrañado, pues recordaba haber cargado la batería antes de salir hacia aquí y ahora estaba a punto de apagarse.

—A él solía sucederle lo mismo —mencionó con inusual gracia.

—¿Quién?

—Josef.

—¿De veras? Dime, ¿qué fue de él?

Si me respondió lo ignoraba, en ese momento todos mis sentidos se apagaron, todos menos uno. Podía verlo sentado en dirección a mí, aislado tras un par de mesas en el otro extremo del comedor, y el no dejaba de fulminarme con su mirada inquietante. Su rostro malicioso dibujaba una sonrisa siniestra mientras arrancaba con sus dientes un trozo de carne el cual sostenía con sus manos desnudas.

—¿Qué hace él aquí? —pensé en voz alta.

—Doctor —musitó Rebeca—, no se acerqué a él.

No hacía falta que me lo recomendase, no tenía intenciones de estrecharle la mano o compartir una terapia a solas. Rodeado de un par de guardias, Amaro Riccardo almorzaba solitario en una de las mesas en el lado que daba a la escalera. No comprendía cómo alguien tan peligroso podía estar compartiendo almuerzo con el resto de los pacientes, mientras que ella nunca estuvo aquí. Sentía una mezcla de rabia y temor.

—Dime algo, Rebeca, ¿qué piensas cada vez que lo ves? —pregunté sosteniéndole la mirada a aquel hombre.

—Él definitivamente no pertenece a este mundo.

—¿También crees que es peligroso?

—Esto va más allá de eso, no sé cómo explicarlo. Él no parece ser como todos nosotros, más bien, ni siquiera parece ser humano.

Eso era todo lo que necesitaba escuchar. No dude, no me inmuté, tan solo me puse en pie y comencé a caminar rumbo a él a pesar del pedido de Rebeca para que volviera. Se sintió como un trayecto largo, distante, pero no lo fue en realidad. Lo rodeé por uno de sus lados, aunque lo suficientemente cerca como para que los guardias se pusieran inquietos con mi actitud. Como una bruma se sentía una fragancia particular en torno a él, una que no alcanzaba a reconocer, de hecho estaba seguro que nunca la había olido. El aire estaba enrarecido, impregnado con vaya uno a saber qué. De imprevisto

me sujetó por una de mis muñecas.

—Alice —susurró y largó una tenue risilla seguida de un jadeo.

Para cuando sus nerviosos custodios quisieron reaccionar, Amaro me soltó y continuó con la asquerosa carnicería sobre su plato, en tanto yo continuaba con pasos nerviosos.

No me detuve, no giré sobre mis hombros, ni siquiera cuando estuve seguro de reconocer esa voz y esa risa.

* *

A esas alturas se asemejaba a un ritual pagano lo que hacía cada noche, en silencio, a escondidas y con misteriosa devoción. Luego de cerciorarme doblemente de la soledad de la habitación salí del ducto de ventilación, caminé hasta la puerta de Alice y a punto de golpear me detuve.

—¿En qué me estaba metiendo? ¿Hasta dónde estaba realmente dispuesto a llegar? —mi mente vacilaba sin respuestas.

—¿André? —preguntó Alice.

—Vaya, ¿cómo supiste que estaba aquí?

—Aprendí a reconocer tu esencia —Se notaba un tanto entusiasmada y, a decir verdad, de pronto me sucedía lo mismo.

—Cuéntame, ¿cómo lo haces?

—Logras hacerlo cuando conoces los sentimientos de esa persona, cuando conoces el aura que la rodea.

En momentos así deseaba quedarme a platicar con ella sin horarios ni temores, solo dejarme llevar por las palabras de su voz hasta que las horas se conviertan en lugares de reposo para ambos.

—¿En verdad crees conocerme tan bien?

—En realidad comienzas a abrirte, lo has hecho lo suficiente como para poder sentirte.

—¿Qué sientes en mí como para reconocerme? —indagué curioso.

—Es algo en el aire, en tu piel, capta de inmediato tu atención. Como una melodía propia que suena en silencio.

—Esto también es enseñanza de tu tutor, supongo. ¿Quién es él?

—No puedo decirte su nombre, pero él es... —A pesar de su negación, de pronto se notaba entusiasmada de contarlo, como una niña que vuelve del circo por primera vez— El viento. Los hombres tenemos prohibido pronunciar su nombre. Él me crio durante mucho años antes de que me trajeran aquí, me enseñó a sobrevivir y me mostró cosas que todo el mundo parece desconocer u olvidó con el tiempo.

Hubiese querido continuar escuchándola, lo deseaba con toda mi alma, pero lamentablemente debía cambiar de tema ya que ella misma corría peligro.

—La última vez nombraste al Padre de las Pesadillas, al nuevo internado ¿Quién es él? —Ella no respondía, pero igualmente insistí tratando de derrumbar ese muro que se interponía—. Si realmente estamos involucrados quiero saber con qué estoy lidiando. En verdad me preocupas y si te soy sincero no puedo asimilar a la ligera todo lo que me dices. Pero aun así temo por ti.

—Él es la encarnación del mal, de todos los malos deseos de este mundo. Busca vengarse de mi tutor a través de mí, es por ello que está aquí.

—¿Qué hay de mí? ¿Por qué yo?

Ella de nuevo volvió a cercarse tras el silencio. No quería forzarla tampoco, a pesar del peligro al que se refería, era preferible dejar que se soltara a medida que confiara más en mí.

—¿Sabes? —cambié de tema resignando mi espalda contra la puerta—. En estos momentos tengo un paciente más que me preocupa, quizá no tenga la misma urgencia y aún no sé si lo atormenta el remordimiento o si en verdad alguna especie de monstruo lo persigue. Él está convencido de que cambia de aspecto para acercarse a él. ¿Tú qué crees?

Alice se acomodó un poco, sentí un leve empujón en la puerta. Ella estaba en mi misma posición, estaba seguro y eso provocaba que mi corazón latiera exaltado.

—Mi tutor también solía contarme no solo sobre la cantidad de seres que habitan en el bosque, sino entre nosotros, ocultos en las sombras o tras máscaras. Pero pocos son tan peligrosos como el que me describes, tienen el poder de cambiar de identidad a gusto y suelen ser muy rencorosos.

—Pero, ¿hay manera de saber si es uno de ellos?

—Sí la hay. Si en verdad es uno de ellos no suelen salir de día y adoran cuidar flores por las noches. Es como una suerte de ritual —Una vez más Alice acertaba terroríficamente.

—Ese ser, ¿qué le hará una vez lo tenga a su alcance?

—Reclamará su vida para compensar lo que él cree que es una ofensa —sentenció con tono serio—. Son seres de lo más vengativos.

—Debo detenerlo ¿Hay algo que pueda hacer? —pregunté con temor por su respuesta.

—Lo lamento, André. Ni tú ni nadie correrá peligro, pero no hay nada que podamos hacer por él, quizás solo encerrarlo, pero...

—¿Pero qué?

—Créeme que estar encerrado a veces es peor que enfrentar la muerte —cerró con empatía.

Día 9: Gracias.

Siluetas negras se recortaban contra las paredes blancas, sollozos familiares me rodeaban camuflando siseos afilados. Giré y contemplé el fuego consumiendo un ataúd que no dejaba de tambalearse.

—Esto es lo que lograste —susurró una voz en mi oído.

Los destellos iluminaban de a momentos la ciudad como si fuese el mediodía más soleado, los rugidos que le procedían retumbaban en los cristales de las ventanas como si buscasen destruirlos. Desperté a mitad de aquella noche que se tornaba eterna, me costaba volver a conciliar el sueño, en parte por la pesadilla que me acababa de acosar y en parte por las palabras sentenciantes de Alice. Algo me daba mala espina, esa noche no era normal y no me refería al violento clima que asolaba a Edam. Sentía que ocultaba algo tras semejante escenario, hasta ese momento no había caído una sola gota, más bien se sentía como el rugido de una bestia aterrando a la ciudad. Me senté al borde mi cama mirando el horizonte por la ventana.

—En aquella dirección se encontraba Alice —Razoné.

Rogaba por que estuviera a salvo, pues mi corazón se encogía de tan solo pensar que ella está totalmente sola en ese lugar penumbroso y frío. Quería ayudarla, pero en verdad no estaba seguro sobre cómo hacerlo o si era posible hacer algo desde mi posición, si hablaba de más me arriesgaba a que me alejaran de ella. Me sentía de lo más incapaz. Me volví a recostar dejándome caer, cerré los ojos solo un instante, pero un fugaz sueño me situó dentro de un ataúd, inmediatamente la falta de aire me sobresaltó hacia la realidad otra vez. Todo ello seguido de un relámpago y luego un trueno que sonó como un lamento desgarrador. Estaba agitado, era como si algo malo hubiese ocurrido en algún lugar. Comprendía que no era posible saber algo así, pero no tenía otra manera de explicármelo.

* *

La mañana me encontró mal dormido y discutiendo de nuevo con el arranque del viejo italiano, pero para fortuna mía encendió de nuevo.

—Se estaba agotando toda mi suerte en este viejo 127 —pensaba molesto.

Encender el estéreo fue en vano, ni siquiera escuchaba la música, pues peligrosamente tenía mi mente en un plano diferente al de la realidad, a tal punto que llegué a mi destino, estacioné y solo luego de cerrar el auto y caminar unos metros advertí que algo diferente había aquella mañana frígida. Un patrullero con las luces rojas aún encendidas se hallaba estacionado exactamente frente al hospital y en la entrada una serie de personas se agolpaban; de nuevo ese sentimiento de agitación volvió a mí. Me apresuré en entrar para descubrir qué sucedía, un par de periodistas intentaron cerrarme el paso, pero logré evadirlos e ingresar, el doctor Noon le indicó a uno de los policías que me dejase pasar.

—Clerici, acompáñame —ordenó adusto, tomándome por la espalda.

—¿Qué sucedió? —pregunté a Noon.

—La policía quiere hacerte unas preguntas.

Justo frente a mí se hallaba un hombre de traje marrón, camisa desalineada y sombrero al mejor estilo detectivesco dando indicaciones a algunos uniformados que parecían estar tomando nota al

doctor Orgaz.

—Detective —llamó Noon—, él es el señor Clerici.

—Buenos días, —Saludó levantando levemente su sombrero—, soy el detective Máximo Chicot. Por favor acompáñeme, ¿le importaría contestar unas preguntas?

La distancia hasta la oficina de Noon, ahora devenida en sala de interrogatorios, era relativamente corta, aunque me bastó holgadamente para elaborar mil teorías respecto de lo que pudo haber pasado y la razón por la que querían hablar conmigo, un simple psicólogo que comenzó a trabajar hacía un par de semanas. El detective me invitó a tomar asiento en tanto él lo hacía del lado opuesto del escritorio y Noon se colocaba tras él de pie.

—¿Qué sabes sobre Iván Gregori? —inquirió apoyándose sobre el escritorio.

No podía decir a ciencia cierta cómo se me habría visto el rostro luego de esa pregunta, solo recordaba de golpe todo lo que había acontecido tras él.

—¿Qué... le sucedió?

—¿Él le comentó algo fuera de lo común los últimos días? —insistió con molesta frialdad.

—¿Algo fuera de lo común? ¿En este sitio? Debe ser una broma, no pienso contestar hasta saber qué le sucedió —Busqué en Noon su apoyo, pero permanecía inmutable.

—Lo encontraron muerto esta mañana —soltó agresivo, se inclinó hacia mí e hizo una pausa para observar el impacto de sus palabras en mi semblante—. Ahora contésteme, por favor.

Me desplomé sobre el respaldar incapaz de soltar aire o palabras, me invadían recuerdos de haber sentido algo así antes, era claro que se trataba de tristeza y culpa mezcladas, me corroían el pecho y nublaban mi vista que se perdía entre los detalles del techo agrietado. ¿Cómo era posible? Me repetía una y otra vez.

—Él solicitó hablar conmigo ayer. Él —Recordé la nota que me entregó y que en ese preciso instante sentía sobresalir del bolsillo de mi chaqueta—, se notaba un tanto misterioso, sus actitudes eran poco compatibles con la patología que presentaba, pero no pude alcanzar a observar nada preocupante. Su mirada me penetraba, era intensa y acusadora, me daba a pensar que buscaba otra cosa en mí.

—¿Por qué se queda hasta casi las ocho de la noche? Tengo entendido que usted sale a las seis.

—Yo... —Estaba petrificado, ¿acaso me habían descubierto visitando a Alice? Pero si salía de aquí poco después de las siete.

—Ya le mostré las grabaciones del corredor este y yo mismo doy fe que lo he visto reiteradas veces estudiando en la biblioteca hasta esas horas —Noon interrumpió misteriosamente, con tono tajante.

—De acuerdo, está bien. Solo era una mera pregunta de control —aclaró el detective sacudiendo su mano.

Tras aquello se puso de pie y me entregó una tarjeta con sus datos la cual tomé, pero él no la soltaba. Me volví de nuevo hacia su rostro y solo encontré otra vez ese gesto acusador.

—Sé que sabes más de lo que cuentas muchacho. Llámame si recuerdas algo más —Soltó al fin la tarjeta.

Ni bien el detective se retiró de la oficina me dirigí a Noon quien parecía tener una actitud esquiva, era raro ver una persona tan recta como lo era él portando aquella expresión.

—¿Y bien? ¿Acaso soy el único a quien no le van a decir qué demonios pasó? —Respiré profundo, arrepentido de la pregunta que acababa de formular, pues una parte mía aún no estaba lista para saber detalles.

—No hay ninguna duda. Se suicidó ahorcándose con su propia sábana y el picaporte de la ventana

—soltó acongojado—. No debes sentirte culpable de...

Mi corazón se encogió, todo cobraba alguna maldita suerte de sentido.

—¿Aún puedo verlo?

* *

Alisé el papel con mucho cuidado, tratando de no dañarlo. Con solo una silla acompañándonos, el cuerpo de Iván Gregori yacía sobre la camilla con una sábana blanca cubriéndolo, frente a la entrada de la que alguna vez fue su habitación y hogar durante incontables noches. Acomodé la silla a su lado y me senté mirándolo, contemplando su mano fuera de la cobertura, era lo único que mi consciencia deseaba ver de él. No comprendía cómo pudo haber llegado a tomar una decisión semejante, creía que poseía la suficiente confianza como para que me lo dijese. Si en verdad había dejado señales respecto a lo que tenía resuelto las había minimizado. Sostuve mi frente pesada por la culpa que portaba; de seguro algo habría podido hacer, aunque al final no lo hice. No encontraba mayor sentido a quedarme junto a él, ello no me tranquilizaba ni quitaba aquella sensación clavada en mi pecho, de hecho el doctor Noon solicitó retrasar el traslado del cuerpo unos minutos para que pudiera verlo. Estaba a punto de ponerme de pie, pero el ligero cambio de perspectiva me dejó entre ver algo que aún sostenía Iván en la mano. Eché un vistazo furtivo a hacía los policías que vigilaban el cuerpo, se habían distraído con la llegada de otros uniformados que llevaban una campera bordada con “Policía Forense”, era el momento. Sin que ellos lo notasen tomé la pieza de su mano gélida, incluso soporté la impresión y los escalofríos que me dieron de solo tocarlo, y tras reconocerla la escondí en mi bolsillo.

—Buenos días, doc —Se acercó uno de ellos con lentes de sol—, necesitamos llevárnoslo ahora mismo, no podemos retrasarnos más.

—Por supuesto, adelante —hice un paso hacia atrás.

—Se lo ve muy preocupado doc, debería olvidarse de esto y aceptarlo. Estas cosas pasan —aconsejó con poco tacto.

Ambos tomaron la camilla y comenzaron a deslizarla con rumbo a la salida trasera, la más conveniente a la hora de evitar a los periodistas y curiosos. Los seguí a una buena distancia, pero me detuve en la puerta mientras ellos guardaban en la parte posterior de una camioneta el cuerpo del joven. Maniobraron en reversa para salir del hospital y ese fue el momento oportuno, con suma rapidez saqué de mi bolsillo el trozo de espejo que portaba Iván en cada momento y los miré a través de su reflejo.

* *

El resto de la tarde me la pasé solitario en donde se suponía debería estar. Evité a Rebeca durante el almuerzo al igual que al señor Stones. Solo deseaba fervientemente en ese momento pasármelo junto con Alice, sintiendo su voz y su compañía, era lo único que me tranquilizaría. Pero ese ser me había confinado, por lo menos unos días, a la biblioteca. Tomé al azar uno de los libros del estante más próximo a la entrada y me senté en una de las mesas más lejanas, donde suponía se debió de ubicar por varios días, lo suficientemente alejado de todo, pero a la vista. Abrí el tomo por la mitad y sobre

este coloqué la carta de Iván. Leí cada una de sus líneas desesperadas, rogaba por perdón a su madre por la vida equivocada que había escogido, a pesar de sus intentos por encaminarlo, no dejaba de recordarle cuanto la amaba incluso a pesar de no haberle creído su historia del todo. Me despedazaba por dentro al leer más adelante como había encontrado en mí alguien en quien confiar, pero él ya estaba cansado de huir y de vivir encerrado. Iván había decidido ese día lo que Alice me anticipó de alguna manera, enfrentarlo de una vez y terminar con su terrible asedio. Antes de que alcanzara a ver su firma dejé caer unas gotas sobre su nombre, sequé mis lágrimas sintiéndome un tonto por derramarlas, pero mientras más me reprochaba, más brotaban. Ese ser tan escalofriante aprovechó mi relación con él, tomó mi forma cada día haciendo una rutina frente a las cámaras de seguridad. Sabía de mi secreto y que no podría objetar nada frente a la policía. Por ello me aconsejó olvidarlo y aceptarlo antes de llevarse a su víctima junto a su horripilante compañero.

Una mano pesada se posó sobre mi hombro sin sobresaltarme y soltó una recomendación:

—Vete a casa ya.

—Lo haré, doctor Orgaz.

Esa noche comenzaba a sentir la falta de Alice.

Día 10: Una noche en el sótano.

El Bar Last Song se hallaba más tranquilo y sobrio, la gente a esa altura de la semana se comportaba más recatada, de seguro pensando en los días laborales que aún les faltaba. De esa manera dotaban de un aire totalmente distinto al lugar, distendido y a la vez íntimo. Una banda sobre el pequeño escenario improvisado tocaba melodías de Pat Metheny y Branford Marsalis transfiriendo al ambiente cierta armonía. Michael levantó la mano desde una mesa cercana a la ventana trasera, con un cigarro y un par de cervezas me esperaba. Su llamado no pudo haber sido en un momento mejor, solo que prefirió darme las novedades en persona y no telefónicamente.

—Hey —Tomé asiento frente a él—. ¿Tanto me extrañas para que me cites a este lugar?

Michael tomó un sorbo largo de su botella y no contestó a mi broma, simplemente se mantenía con un rostro preocupante.

—A menudo me preguntaba qué es lo que pasaba por tu cabeza cada vez que empezabas con una de tus ocurrencias, pero...

—Pero...

—Esta vez quizá vayas muy lejos —soltó señalándome con el pico de la botella. Sin embrago eso solo significaba que había logrado captar su curiosidad.

—¿Qué tienes para mí?

—No tengo ningún registro con el nombre Alice, en ningún expediente de los últimos cien años. Ni nombres o detalles que concuerden —En verdad se había esmerado, no me lo podía imaginar buceando entre tantos papeles.

—No me harías venir solo para decirme eso, ¿o sí?

Tomé un trago corto de mi cerveza, pero Michael volvió a darle un sorbo largo hasta vaciar la suya.

—Dime algo, André —Se inclinó secando sus labios con la manga de su chaqueta—. ¿Alguna vez escuchaste la frase: Alice no tiene cura?

Quedé tieso, con la mandíbula colgando ligeramente entreabierta. Sí, lo recordaba saliendo de la boca de Noon el primer día que llegué a Saint Gabriel. Me sentía como un estúpido, por poco lo olvidaba.

—He escuchado algo... Pero, ¿cómo...?

—Escucha, aún no pude hallar más detalles. Pero me topé con ello al investigar un poco sobre la carrera de Faraday antes que asumiera la dirección del Hospital. Él estuvo una vez casado y tuvo una hija llamada Alice, cuando su esposa falleció la pequeña no pudo afrontar su pérdida y comenzó a mostrar síntomas de Trastorno de límite de personalidad.

—¿A dónde quieres llegar? —Me impacientaba cada vez más.

—La condición de Alice fue empeorando cada vez más, hasta que no quedó más remedio que la internación en el Hospital Saint Gabriel. Durante un año se intentó tratarla, pero fue en vano, Alice estaba profundamente sumergida en sus fantasías y no mostraba ninguna mejoría, todo lo opuesto.

Un escalofrío retorció mi espalda y volcaba mi vientre, ¿qué rayos sucedía en verdad con ella?

—¿Dónde está ahora? ¿Qué le sucedió?

Michael tenía un temblor sobre una de sus piernas, apagó su cigarro a medio consumir y por fin lo soltó:

—A pesar de haber sido tratada en el hospital, no hallé foja alguna de su historial. Solo pude descubrir que falleció hace más de ocho años en circunstancias poco claras.

Fui incapaz de pronunciar palabra alguna, sencillamente le di un sorbo largo a mi cerveza hasta terminarla tratando de ahogar mis pensamientos más absurdos. No era la respuesta que buscaba ¡Mierda! Ni siquiera podía llamarse respuesta a eso. Solo era una bruma espesa que se interponía entre Alice y yo.

—¿Qué hay de aquella frase entonces? —me oigo decir con la vista perdida en el movimiento difuso que se sucedía tras la ventana.

—Es la última frase de la conclusión que presentó Faraday en su informe al ministerio. Al parecer aquella investigación le valió más tarde la dirección del Hospital Mental Saint Gabriel.

—Es ridículo pensar en cualquier hipótesis, ¿sabes?

—No quiero saber en qué te estas metiendo, pero en tu lugar tendría cuidado de mis pasos —cerró Michael antes de pedir otro par de cervezas.

Aquello se entremezclaba con el desenlace fatal de Iván Gregori y enardecía ese conflicto interno que se sucedía en mí. Ya nada parecía ser como creía.

* *

Estaba diferente, era sin duda otra niña si la comparaba a la que vi entrar en la primera cesión. Sus ojeras desaparecieron y su estado de ánimo parecía irradiar un brillo especial. Ella era la verdadera Aurora.

—Adelante —dije en vano, ella entró como una flecha.

Cerré la puerta del consultorio y tome asiento en mi lugar.

—¿Se siente bien, doctor? ¿Está enfermo? —preguntó ladeando ligeramente su cabeza.

—Creo que esta vez fui yo quien no pudo dormir bien —contesté mostrando una sonrisa forzada.

—¿A usted también lo molesta? Yo sé que debe hacer —contestó inocente.

—¿De veras? Entonces dime que debería hacer —En verdad agradecería que lo que dijera me sirviera de algo.

—Tiene que hacerse el dormido y cuando le esté molestando lo atrapa.

Su relato tan inocente me comenzaba a causar gracias, pero solo fue hasta que reaccioné.

—Un momento, ¿me estás diciendo que tú hiciste eso?

—Así es. Ahora él es mi mascota y hasta le puse de nombre Tobi.

La situación me abrumaba, la había vuelto una loca o en verdad sucedía lo que Aurora me estaba relatando. Moví mi mandíbula, pero no alcanzaba a articular ninguna palabra. Maldición que no sabía cómo proseguir.

—¿Hice bien? —se encogió temerosa.

—Sí, sí. Lo has hecho de maravilla. ¿Qué opinan tus padres?

—Tobi es tan tímido que no se muestra con nadie aún, pero creo que están contentos, han dicho algo como que usted hace una buena terapia para niños, o algo así.

—Está bien. Ahora escucha, esto es algo mágico que vas a llevar contigo siempre y no debes demostrárselo a nadie, ¿entiendes? Es tu compañero en tanto lo cuides y lo alimentes de sueños, edúcalo y no dejes que se vuelva a comportar mal. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Sí, doctor —respondió con el entusiasmo de tener un juguete nuevo—. ¿Tengo que volver? Ya puedo dormir bien.

—No te preocupes por eso —Le sonreí—. Solo hazlo si él otra vez no te deja dormir.

Una vez fuera me tomé un tiempo para platicar con sus padres. Ellos en verdad estaban convencidos que utilicé una metáfora para que Aurora tratara con su Trastorno de Sueño exitosamente, se notaban muy agradecidos conmigo hasta el punto de confesarme su falta de confianza en mí cuando me vieron tan joven. No supe cómo contestarles, de forma cordial, solo me escuchaba cerrando la conversación con un “espero sepan acompañarla con esta nueva forma de terapia” y un “cualquier problema no duden en regresar”, aunque en realidad deseaba que no fuera necesario.

De pronto esa sensación que me había estado agobiando se desvanecía como la bruma, ver a mi paciente recuperada entibiaba todos mis pensamientos y mis ánimos. Me di cuenta que podía hacer algo por todos ellos después de todo.

* *

Decidí adoptar esa manera para esperar al doctor Orgaz, cansado de nunca poder ubicarlo por culpa de sus urgencias, no me quedó más remedio que sentarme en la entrada de su despacho hasta que regresara. No me importaba el tiempo que tomara, necesitaba en verdad una respuesta. La última vez que hablé con él fue el día anterior, cuando llamó a casa anunciándome que me darían el día libre luego de lo sucedido con el joven Iván y que habría novedades respecto de mi pedido. Una parte mía no se atrevía a volver, pues me seguía atormentando el remordimiento, pero en ese instante otra se negaba a perder la oportunidad de volver junto a Alice y dejar que algún otro paciente padeciera por mi culpa, por no hacer algo. No tenía dudas que ver a Aurora tan bien me había levantado los ánimos para continuar.

—Oh, André —se sorprendió el doctor Orgaz.

—Sí —me puse de nuevo en pie aunque con un poco de dificultad, mis piernas estaban entumecidas—, vine porque me dijo que había novedades respecto de mi solicitud.

—Es verdad, reúnete con el director Faraday, él es quien tomará la decisión final —recomendó en tanto reanudaba su marcha con rapidez hacia las escaleras.

—¿Pero...? —otra vez me lo hizo.

—Tienes mi visto bueno —exclamó desde las escaleras levantando su puño y el pulgar.

En un parpadeo me encontraba anunciándome en el despacho del director, mis manos sudorosas me incomodaban y la ansiedad me mataba, toda la noche las palabras de Michael habían rondado mi cabeza generando un sin fin de hipótesis respecto a su historia. ¿Qué relación tenía él con Alice? ¿Por qué la ocultaba?

—Adelante, señor Clerici —anunció con mala gana desde el interior, casi debía empujar mis piernas para moverlas hasta dentro.

Nada había cambiado desde la última vez que estuve allí, aunque no podía decir lo mismo de mí y la manera en que lo veía ahora.

—Buenos días, Doctor Faraday —Tuve que obligarme a responder.

—¿Cómo se atreve a hacerme una propuesta así? Tan informal, no es la manera en la que trabajamos en esta institución —Arrojó mi solicitud sobre su escritorio, deslizándose sobre la montaña de

papeles y hasta terminar casi como yo mismo, al borde de la caída.

—No haría tal propuesta sin antes haber contemplado los riesgos y los posibles beneficios. Con esto podríamos conseguir alguna mejoría en el estado del señor Stones, que ya de por sí ha estado estancado desde hace muchos años.

—Nos estás subestimando, mocoso —acusó poniéndose en pie y rodeando su mesa hasta acercarse a mí.

—Estoy intentando mejorar, aunque sea un poco, la calidad de vida de los pacientes —Redoblé la apuesta dando otro paso hacia él, no pensaba ceder hasta obtener una respuesta positiva.

—¿Intentas decirme que no le estamos dando la atención y el cuidado que necesita cada paciente?

—No necesitaba advertir la vena hinchada sobre su frente para descubrir que lo había enfurecido—. No tienes ni la menor idea lo que hemos hecho por cada uno de ellos. De todo lo que he pasado.

Esa última frase me revolvió el estómago, sus palabras se repetían en mi mente junto con las miserables condiciones en las que se encontraba Alice. De pronto me encontraba con bilis en mi garganta, reprimiendo un sin fin de emociones y palabras violentas. Faraday giró sobre sus talones dándome la espalda y dirigiéndose de nuevo a su sillón. Respiré profundo y tragué pesado,

sabía que no había otra forma si de verdad quería hacerle un bien al señor Stones, aunque eso significase sacrificar mi orgullo. Era momento de jugar mi última ficha en pos de ganar aquella apuesta.

—Lo sé, doctor. Lo sé, es por ello que quiero contribuir con ese espíritu, de lo mejor de nosotros hacia nuestros pacientes —Faraday se detuvo—. Por favor, déjeme intentarlo.

El director no se volteó a verme, parecía una estatua en honor a los malos modales, pero aun así debía soportarlo ya que era mi única oportunidad.

—Hazlo —decretó todavía de espaldas—, y déjame un informe completamente detallado con los resultados.

—Muchas gracias por la oportunidad, doctor —dije mordiéndome, aunque sin poder evitar mi tono sarcástico.

Salí de inmediato antes que se me escaparan algunas palabrotas, necesitaba hacer algunos preparativos antes y también hacer una consulta más.

* *

Tal cual me lo indicó Amy, el doctor De Montecarlo se hallaba sentado bajo el árbol del patio central. Leyendo un libro lucía sereno y a gusto, era el paciente que más me desconcertaba, pues más de una vez puse en duda si en verdad ameritaba una internación por más que fuera solo en el primer piso.

—Buenas tardes, doctor —saludé.

—Oh, buenas tardes André —Cerró su libro y descolgó sus anteojos de lectura— ¿Qué lo trae por aquí?

—Voy a hacer algo por el señor Stones —dije tomando asiento a su lado en la banca mientras rotaba las llaves del Fiat sobre mi índice.

—Ya veo. Aunque no creo que deba usarme como un instrumento de adivinación —bromeó—. No suelo intervenir en los asuntos de mundos ajenos al mío.

—Creo que es inevitable, siempre estuvo en la esencia del ser humano, ¿no lo cree? —El doctor perdió su vista entre el follaje alto antes de responder:

—André, mis viajes no son lineales y por ello a veces llego unas semanas antes y otras veces después, sin embargo los hechos que se suceden no siempre se suceden de la misma manera.

—¿Eso quiere decir que no siempre los resultados son iguales?

—Exacto.

Me refregaba las manos tratando de elaborar una pregunta que me dejara un atisbo de tranquilidad, pero de seguro el doctor De Montecarlo no iba a darme la respuesta que esperaba, pues aunque tuviese la buena intención de hacerlo, no podía asegurar que se sucedería igual.

—¿Es usted el mismo?

—No. Acabo de llegar esta mañana.

—Es difícil asimilar algo así, luce idéntico. ¿Cómo es que lo hace?

—¿Viajar? Es sencillo, atterradoramente sencillo y por ello es un secreto que he decidido llevarme a la tumba. Es muy peligroso interferir y por esa razón es que me he recluido en este lugar. La desazón se dibujó en su rostro, había mucho en él que nunca sabría y a decir verdad era poco probable que lo pudiese ayudar en caso de que su historia fuese cierta.

—Entonces, debo marcharme. Deséeme suerte.

—Tendrás éxito, André —Sonrió.

—Gracias —A punto de levantarme él me tomo del brazo y me dedicó una mirada entrañablemente.

—En verdad deseo que tengas éxito, pero ten mucha cautela, te estás involucrando en cosas muy peligrosas.

—Lo tendré, aunque de seguro usted ya sabe lo que haré al final.

—Si crees que Alice lo vale, no podré detenerte.

* *

Cada vez que llegaba a ese sitio sentía una inexplicable sensación, entre irreal y escalofriante, pero había una persona que anhelaba ver y escuchar.

—Buenas tardes, Alice.

—Por fin has vuelto, André —Sonaba eufórica y creo que también soné así.

—Lamento no haber venido estos últimos días. Pasaron muchas cosas.

—Cuéntamelas por favor.

Me sentía como un auténtico tonto, idiota, que no sabía por dónde comenzar a hablar, de seguro si tuviera bocas en mis codos la aturdiría. Aun así prefería no contarle todo, no a ella.

—Al parecer mi pequeña paciente aprendió por si sola a manejar su, como sea que se llame —Ella largó una risilla y yo la seguí—. Pero por desgracia también paso algo trágico. Apoyé mi cabeza contra su puerta apretando los dientes. Sí, era todo lo contrario a lo que había decidido, pero necesitaba contárselo a alguien. Después de todo, nadie más me entendería.

—Algo malo le pasó al paciente que te preocupaba ¿verdad? —dijo gentilmente.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te dijeron algo?

—Lo presentí esa noche de tormenta. En realidad, nadie me cuenta nada de lo que sucede afuera. Esa declaración encogió mi corazón, no fue impresión mía haberla oído solitaria y triste desde el día

que la conocí. Comenzaba a sentir una creciente impotencia, ya no me bastaba con venir a verla a escondidas todos los días con una puerta de por medio separándonos entre las penumbras.

—Todos creen que tomó el camino fácil para huir de su tormento, pero una parte mía cree lo contrario, que lo enfrentó aunque eso significó su muerte y...

Repentinamente una basurilla salió de la nada y se posó en mi ojo, me refregué intentando sacármela y tras un poco de pelea logré quitarla.

—¿Te encuentras bien? —preguntó de seguro ante mi silencio.

—Sí, es solo que me entró algo en el ojo.

Recordé que guardaba un pañuelo dentro de uno de los bolsillos de mi delantal el cual saqué de inmediato, pero al tacto algo raro se sentía en su interior, por lo cual lo extendí por completo.

—¡Maldición! —grité sobresaltado, estaba a punto de arrojarlo al suelo, pero la negación lo mantuvo firme entre mis manos.

—André, ¿qué es lo que tienes? Se siente muy mal.

—Es, es mi pañuelo. Tiene escrito el nombre de ambos con pintura roja.

Pude sentir como Alice se inquietaba, se arrastraba por entre las paredes y luego la puerta, quizás ella estaba mirándome. De inmediato giré y miré por la pequeña ventana de la puerta, no podía asegurar que la veía entre las penumbras, pero sabía de sobra que estaba allí.

—No creo que sea tinta.

La repulsión brotó desde mi estómago y estuvo a punto de salir por mi boca, sin embargo me contuve.

—Amaro Riccardo —nombré al culpable.

—Es él.

—No es posible, él está encerrado. ¿Cómo pudo...?

El internado más peligroso de este hospital, responsable de numerosos asesinatos y violaciones, dejó escrito con sangre mi nombre y el de Alice en un pañuelo que siempre porto conmigo en mi uniforme. Más que dificultad para creerlo sentía pánico, ¿acaso escapó de su habitación? No era posible, llevaba conmigo ese delantal desde la primera hora de la mañana y desde entonces su ausencia se habría notado sin duda. ¿Acaso él puede salir de su encierro a voluntad? Me preguntaba aterrado por aquella posibilidad.

—Tengo miedo —susurró Alice con un hilo de voz y en serio que me empezaba a desesperar. El peligro era más que real.

—No temas, Alice, te voy a proteger como sea —En ese mismo instante caí en la cuenta que no podía hacerlo estando separados por una puerta que era incapaz de abrir, en una relación que se suponía era prohibida y siendo que ella no existía para los demás. Me sentía impotente y un completo inútil—. Solo dime qué puedo hacer por ti.

—Quédate esta noche.

—¿Aquí?

—Sí, por favor —me rogó con un incipiente llanto, aunque luego pareció desistir— Lo lamento, no es necesario que lo hagas, pero si puedes quedarte un poco más sería....

—Está bien, no tengo problemas en quedarme contigo —Una parte mía se tranquilizó tras su pedido, pues por primera vez sentía que era incapaz de dejarla sola. Si era al menos una cosa la que podía hacer por ella, me bastaba .

Le mentí cuando me preguntó si tenía frío, el suelo sobre el cual me acomodaba estaba helado a pesar de haber puesto mi chamarra entre ella y mi torso. Sin embargo, me sentía bien y no deseaba mover

un pelo, pues sabía que Alice se encontraba en la misma posición. Acurrucados y con nuestras espaldas apoyadas contra la puerta me la hacía imaginar como la distancia más corta entre nosotros y a la vez la más distante, era como el límite entre la cordura y la locura sin saber de qué lado estábamos cada uno.

—Mañana intentaré resolver el problema de uno de mis pacientes, ¿recuerdas que te mencioné de alguien que sufría de personalidades diferentes?

—Lo recuerdo, pero en ese caso creo va a ser mejor que no vengas mañana —sentenció misteriosa.

—No comprendo por qué lo dices. No tengo problema en volver.

—Estaré bien, no tienes que preocuparte. Es solo por esta vez, no recuerdo la última vez que alguien me acompañó por la noche.

—Aun así puedo volver mañana —insistí temeroso de su actitud.

La respuesta usual de Alice se hizo presente de nuevo, tan fría y sorda que me imaginaba sería la última palabra que cruzaríamos hasta el día siguiente.

—¿Por qué estás aquí? —inquirió Alice en forma de un susurro sorprendiéndome.

—Puedo creerte muchas cosas, pero tú no creerías que vine aquí para escribir un libro —bromeé en parte, pues de repente comenzaba a sentirme incómodo con esa idea.

—Hace mucho que no leo uno, mi tutor solía leerme uno que tenía guardado, él decía que me parecía a su protagonista.

—¿Qué le sucedió a él?

—Me alejó —sonaba entre desilusionada y melancólica—. Confesó que no era capaz de protegerme de la venganza del Padre de las Pesadillas, y luego de eso me dejó sola.

—¿Es en serio? ¿Así como así te dejó?

—Me prometió que llegaría el día en que nos volveríamos a encontrar, aún albergo esa esperanza y es lo que me mantiene viva en este lugar.

En ese instante me encontraba recordando y superponiendo lo que Michael había investigado, pero para variar, nada cobraba demasiado sentido. Era como si de pronto estuviéramos hablando de dos personas distintas, aunque mi formación me advertía que podía ser una, en la fantasía de la otra.

—Cuéntame más de cómo era donde vivías. No alcanzo a terminar de imaginármelo.

Cerré los ojos y dejé que sus palabras se volvieran imágenes tras mis retinas, que me transportaran a ese lugar mágico donde creció. Me relató cómo siendo una niña pequeña se perdió en un denso bosque lejos de su casa y se refugió bajo una enorme roca para pasar la noche. Rodeada de miradas furtivas y ruidos desconocidos en la oscuridad, fue entonces cuando se le presentó su tutor, una personificación del viento mismo quien la acogió y se la llevó a vivir bajo su resguardo en una cabaña abandonada. Junto a él pudo descubrir las maravillas que solo aparecían en libros de fantasía y terror, aquellas que siempre estuvieron frente a nuestros ojos y pasamos por alto. Me contaba de seres de luz y oscuridad conviviendo en aquel misterioso bosque donde el viento mantenía el equilibrio y la armonía. Alice se durmió de seguro entre recuerdos nostálgicos y tristeza contenida, agradecí que fuera antes de platicarme sobre la llegada del Padre de las Pesadillas, aunque también quería saber más sobre él; necesitaba descubrir a qué me enfrentaba.

El suelo continuaba helado y duro, como siempre me definí, pero de pronto sentía tibieza en mi pecho ablandándome a pesar de mí. Compartir una noche con Alice fue algo extraordinario de vivir y sentir.

Día 11: El final de una promesa.

De nuevo una brisa soplaba allí, esta vez me quitaba del sueño. A penas podía recordar qué hacía allí, miré la hora y tras recapitular lo sucedido entendí que me despertaba justo a tiempo. ¡Maldición que me dolía la espalda y mucho! Solo tras quejarme en silencio con una mueca en mi cara logré incorporarme, aunque con bastante de dificultad.

—¿Alice? —susurré. Al no hallar respuesta supuse que ella aún dormía y luego de lo sucedido anoche tampoco quería despertarla.

Debía marcharme, muy a mi pesar, puesto que los enfermeros o los doctores podrían llegar en cualquier momento. Si bien no me gustaría toparme con Faraday e intentar explicarle mi presencia allí, no podía negar me hubiese gustado comenzar el día con un saludo de ella. Nada me habría gustado más.

* *

Aún portaba en uno de mis bolsillos el pañuelo marcado a sangre, me daba tanta repulsión que lo terminé por guardar en el casillero número diecisiete que me habían asignado para dejar mis pertenencias. Quería creer que, ya que el candado que lo aseguraba era de mi propiedad, estaba seguro de cualquier intruso o chismoso. Recargué mi frente sin ser capaz de responderme, no podía dejar de preguntarme quién era en realidad Amaro Riccardo, cómo logró hacer eso y saber sobre mi relación con Alice. En realidad me aterraba no saber qué tan libre era en este lugar.

—Buenos días —me saludó desde detrás provocándome un sobresalto digno de un video de YouTube—. Lo lamento, no fue mi intención.

—Está bien, doctor Noon, es solo que tuve una noche rara.

—Entonces dese una ducha, despáblese y prepárese. El señor Stones estará listo en una hora.

Casi lo había olvidado por completo, el día anterior su hijo y el resto de las familias me habían confirmado.

—Perfecto, lo buscaré en menos de una hora —dije ocultando todavía mis manos ansiosas.

* *

Estaba bien vestido y arreglado, en serio daba toda la impresión de ser un abuelo típico con su pantalón marrón sostenido por tirantes negros sobre su camisa a cuadros, solo restaba un poco de abrigo pero de eso se estaba ocupando una de las enfermeras. Me sorprendía que pudieran hacerlo tan bien y sin ningún sobresalto, de seguro no estaba el Cabo Brandsen en ese momento al mando. No creía que él supiera lo que íbamos a hacer y a decir verdad no sabría decir si era mejor o no que lo supiera, no quería tentar su sentimiento de culpa y arruinar aquella oportunidad.

—André, acaba de llegar su hijo, Daniel —avisó Amy en tanto traía en una bandeja su medicina.

—Muchas gracias, Amy, déjame la bandeja que yo mismo veré que tome sus pastillas. Pueden irse,

en seguida bajaré con el señor Stones.

Parecía que ambas estaban atareadas ese día ya que tras un suspiro se marcharon de allí sin siquiera insistir un poco con ayudarme; me importaba poco ya que de igual manera es lo que quería. Tomé el vaso con sus pastillas y las vacié en uno de mis bolsillos, mientras que el vaso de agua lo derramé en el inodoro de su habitación.

—Espero estén listos para una última misión, pelotón —le dije con tono serio, a lo que el señor Stones respondió solo esbozando una leve sonrisa.

Daniel nos esperaba con su viejo automóvil familiar aparcado en la entrada, solo con la compañía de su motor encendido. Para mi tranquilidad esa mañana era en verdad muy agradable, a pesar del persistente frío, pues el sol resplandecía con gracia en la inmensidad del cielo dándonos un abrazo tibio bajo su luz. Eso era lo que necesitaba para terminar de calentarme luego de haber dormido toda la noche en el incómodo suelo y estar al borde de una neumonía. Terminé de firmar un acta con uno de los guardias y por fin pude sacar del brazo al veterano, no podía imaginar desde hacía cuánto que no salía del hospital. Cada paso que daba aceleraba mi pulso, mis dudas y el temor a fallar.

—Buenos días, papá —saludó su hijo todavía escéptico respecto a lo que íbamos a hacer—. Sube por favor.

Aunque fuese solo en el asiento trasero nos aseguramos de abrochar su cinturón y trabar las puertas. Él se mantenía sereno, expectante, tanto que seguía sin distinguir cual personalidad estaba al mando, o si simplemente era el mismísimo Stones quien se manifestaba.

—Vamos —Le extendí un papel con una serie de direcciones e indicaciones—, ordené los destinos por orden de proximidad.

—Muy bien, adelante.

* *

Mi vista se perdía en el borde de la calzada y de a ratos debía quitarla de allí para no sentir náuseas. Comenzaba a tener demasiadas preocupaciones pesando en mi cabeza y odiaba no poder solucionar ninguna todavía, a decir verdad ni siquiera tenía la certeza de si era capaz de resolver alguna por mis medios. Eché un vistazo por el retrovisor y pude ver el rostro de mi paciente contemplando la amplitud del paisaje rural, de repente me empezaba a desbordar ese temor sobre lo que estaba haciendo, no podría perdonarme si le hiciera daño, aunque también dejarlo en el hospital era algo equivalente.

Tras poco más de dos horas llegamos a nuestro primer destino, la casa de la familia Brandsen. Al igual que su casa estaba ubicada sobre un camino rural y polvoriento, solo que ostentaba una enorme casona casi al final de la propiedad y tras recorrer varios metros desde la entrada. Sobre su galería ya nos esperaba una familia tipo constituida por un padre, una madre y tres hijas, la mayor era una adolescente con sus irrespetuosos auriculares puestos y la menor una beba en brazos aún. Descendimos y ayudamos al señor Stones a que también lo hiciera.

—Buenas tardes, señor Brandsen —saludé con un apretón de manos—, soy con quien habló, André Clerici y ellos son el sargento Stones y su hijo Daniel.

—George Brandsen. Es un placer conocerlos, en especial a usted sargento —de imprevisto el señor Stones retrocedió un paso, entre temeroso y avergonzado—, es todo un honor conocerlo después de

todo lo que nos contó mi padre a través de las cartas que enviaba del frente.

—Él era —Daniel y yo nos sorprendimos al escucharlo hablar—, era mi amigo. Yo le debo la vida. Sus ojos se perdían entre sus pies con vergüenza y pena, sin embargo lo alenté tomándolo del hombro y entregándole el racimo de chapas identificadoras.

—Aquí no hay resentimientos. Es el momento de cumplir su promesa.

Stones tomó las placas y le entregó al señor Brandsen la que le correspondió a su difunto padre. El hijo del cabo la recibió con ojos cristalizados y lo abrazó soltando un llanto sincero y silencioso.

Pese a su insistencia no pudimos quedarnos mucho tiempo más, apenas si tomamos un café en tanto el señor Brandsen recordaba anécdotas de su padre y del sargento un tanto subidas de tono durante sus años en entrenamiento. De esa manera salimos en busca de la segunda casa que por suerte no se hallaba tan lejos, fue lo único bueno ya que el camino que nos llevaba hacia allí estaba en pésimo estado.

Nuestra segunda parada trataba de una capilla ubicada en el centro de un pequeño pueblo al norte de Edam, alzándose austera y silenciosa entramos al encuentro del párroco de allí, Jonathan Lee.

—Buen día, padre Lee —saludé.

—Buenos días, caballeros —saludó con suma amabilidad, portando su sotana oscura y sosteniendo un rosario en ambas manos—. Veo que realmente trajiste al guardián de mi hermano, señor Stones supongo.

—Eres el pequeño Jonathan —se sorprendió el sargento—. Tú, te recuerdo de cuando despediste a tu hermano en la estación de trenes.

—¡Vaya, que memoria tan prodigiosa! —Creo que todos nos sorprendimos.

—Adelante —le susurré al señor Stones.

De la misma manera él le acercó la placa identificadora de su hermano, el soldado Albert Lee. El religioso agradeció el habérsela traído y a cambio le otorgó una bendición que Stones recibió con sumo respeto.

Regresar a Edam empezaba a hacernos sentir el cansancio y sin haber comenzado a manejar todavía. Sugerí detenernos un tiempo y comer algo en aquel pueblo para reponer energías y de paso llenar nuestro tanque de combustible. Así nos encontró un pequeño restaurante donde nos sentamos, lamentablemente tuvimos que esperar demasiado por nuestros platos cosa que hizo aumentar mi deseo de morder hasta los cubiertos, aunque al parecer no era el único. Deslizándose suavemente el tenedor por la mesa, Daniel pinchó una albóndiga del plato de su padre quien de inmediato reaccionó clavando violentamente el suyo en la misma pieza, su rostro dibujaba furia como nunca había visto en él, rápidamente metí la mano en el bolsillo de mi campera intentando ubicar la medicina que no le había suministrado. Decir que Daniel estaba perplejo era poco, un tenso silencio se había impuesto entre los tres, pero fue cortado como una tela cuando el señor Stones soltó con energía una carcajada, su hijo tras tomar su hombro lo siguió en tanto yo seguía pálido y sin sentir mi corazón latir.

El retorno a la ciudad decidí hacerlo recostado en el asiento trasero, tras ver las reacciones del señor Stones quise ver como se comportaría con su hijo si ambos iban en los asientos posteriores. Fingía dormir mientras espiaba sus conversaciones, Daniel no se guardaba nada a la hora de contarle todo lo que vivía con su esposa e hijos mientras su padre escuchaba atento y de tanto en tanto le preguntaba algo más con preguntas sencillas. Ya eran casi seis horas en donde ninguna de sus personalidades se manifestaba, al parecer.

Dejamos el automóvil un tanto lejos debido a que no encontramos un espacio que nos permitiera

estacionar en las inmediaciones, pero ambos se notaban entusiasmados y sin problemas para caminar hasta nuestro siguiente destino, el Asilo para Ancianos de Edam. Nos hicimos anunciar por recepción y uno de los enfermeros nos escoltó entre pasillos alfombrados hasta la habitación ciento quince, donde reposaba sobre un viejo sillón una anciana de piel pálida y escaso cabello blanco encrespado. Esta vez fue el propio señor Stones quien luego de verla me pidió la placa, tras entregársela se acercó hacia ella, quien lo observaba perdida en su memoria senil.

—Le pido perdón, señora Engel —expresó el sargento con un mar de lágrimas a punto de desbordar y extendiéndole la placa del soldado Miguel Engel—. No pude cumplir la promesa de traerle a su hijo vivo.

La anciana curvó sus labios levemente y con mirada melancólica tomó la placa y la mano de Stones.

—Usted acaba de cumplir con su promesa —sentenció atesorando la placa—, gracias.

Como si no hiciera falta palabras de más, con miradas que solamente ellos sabían descifrar, el sargento se retiró casi dejándonos atrás.

De nuevo en el automóvil Daniel revisó la dirección de la última entrega, me apreció con sumo desconcierto, pero tras asentir con mi cabeza pareció entender la situación. Solo cuarenta minutos después, con el ocaso sobre nuestras cabezas, arribamos a nuestro último destino. El señor Stones miraba por su ventanilla aquel sitio algo confundido, pero tras unos instantes por fin descendió del vehículo.

—Es verdad, ya lo recuerdo —dijo con voz temblorosa al contemplar el Monumento al Soldado Perdido.

Sobre cinco amplios paredones recubiertos de incontables placas de mármol negro, se hallaban grabados los nombres de todos aquellos soldados que perecieron durante la guerra y no pudieron recuperar sus cuerpos. Consideraba que este debía ser el último lugar al que podía retornar.

—Buenas tardes, señor Clerici —saludó una mujer con excesivo maquillaje.

—Ya hemos llegado, señora Miller. Gracias por esperarnos.

Siendo mi contacto en este asunto, le había solicitado información y ella se ofreció a mostrarnos dónde se encontraba la placa que correspondía al soldado “Peluche” Serra.

—Es un gusto conocerlo, sargento Stones. Por favor sígame.

La señora Miller lo tomó del brazo y nos condujo hasta el tercer paredón mientras se presentaba bastante entusiasmada, se notaba que no era una trabajadora más en esto, sino que le apasionaba hacerlo. Cerca de la mitad de este se detuvo y nos señaló una de entre el resto. El señor Stones soltó una leve carcajada mientras acariciaba el relieve del nombre grabado, pues había sido escrito incluso con su sobrenombre.

—Estás de nuevo en casa —sentenció el sargento y dejó la chapa identificadora colgada de la placa para luego saludar como todo un militar—. Puedes descansar, soldado.

—¿Por qué aquí? —me susurró Daniel.

—Es debido a que Serra era huérfano y nunca supo nada de sus padres o familia biológica. Ni bien salió del orfanato se enlistó en el ejército.

—Es casi como si nunca hubiera tenido un lugar para volver.

—Eso creía, pero se aferró a tu padre para volver.

—Lo dice en sentido figurado ¿verdad? —preguntó confundido.

—Quién sabe —¿Cómo saberlo en verdad?

* *

Era de noche cuando regresamos al Hospital Mental Saint Gabriel, un largo y cálido abrazo separó padre e hijo junto con la promesa de volver a estar juntos durante el fin de semana con el resto de su familia. El señor Stones lucía cansado, pero no de la misma manera que antes, su rostro demostraba todo lo contrario. Me hacía pensar que se había quitado un enorme peso de encima. Las enfermeras lo recibieron y sugirieron me marchara ya que ellas mismas se harían cargo de regresarlo hasta su habitación de nuevo.

—Buenas noches, señor Stones —me despedí.

—Muchas gracias, soldado —Se puso recto como nunca antes había visto en otra persona y estrechó firmemente mi mano antes de retirarse, por poco y me la rompía.

No veía la hora de contarle todo esto a Alice, me lamentaba y a la vez me preguntaba el por qué no quería que la viese esa misma noche.

* *

A pesar de amenazar con ser un día apagado me levanté de buenos ánimos, tanto que mi hermano y mi madre se sorprendieron. Una tontería y una exageración sus reacciones al verme cantar mientras desayunaba. Solo recordar lo vivido el día anterior bastaba para extraerme algo más que una sonrisa mientras tomaba el café, el solo hecho de pensar en evaluar los resultados y contarle todo esto a Alice me emocionaba aún más. Así fue mi sentir hasta que llegué al hospital, donde todo se derrumbaba una vez más.

Día 12: Acecho en el hospital.

De nuevo la oficina de Noon se convertía en una sala de interrogatorios de la cual era el centro. Me hallaba en soledad sintiendo los latidos de mi corazón como si retumbaran en todas las esquinas del despacho, mi mente elucubraba toda clase de posibilidades intentando dar respuestas a la presencia de un patrullero de la policía de nuevo en este lugar. Motivos me sobraban. Me urgía saber qué era lo que sucedía y la falta de respuesta por parte de todos me ponían de pésimo humor, mi pierna temblaba de la ansiedad; solo recordar el episodio anterior me ponía los pelos de punta. De pronto el chillido del picaporte me devolvió a la realidad, el investigador Chicot entraba apresurado, lanzándome una mirada dura la cual no me quitó de encima hasta tomar asiento en la silla de en frente y dejar su sombrero sobre el escritorio.

—No volvemos a ver, señor Clerici —saludó altanero.

—Aunque sea todo un placer voy a insistir en no decir nada hasta que me digan qué es lo que sucede

—contesté con la simpatía del caso.

—No le voy a decir aún, ¿sabe por qué? Porque no lo he traído hasta aquí para hablar de eso.

—Creo que va a tener que explicarse mejor.

—¿Sabe? Siempre creí que la psicología es un arte de charlatanes y mentirosos, ¿usted qué opina?

No me enfurecía en si sus dichos o los ataques que me realizaba desde que llegó, algo más me molestaba, podía reconocerlo ocultando algo tras sus agravios.

—No pierda el tiempo con eso —contesté impaciente.

Chicot se recostó sobre el espaldar de la silla y sacó de su cigarrera un vicio para luego encenderlo con absoluta tranquilidad, a pesar de la prohibición que pesaba dentro del hospital.

—Mi instinto siempre me lo advirtió, sabe más de lo que dice. —Exhaló el humo frente a mí, luchaba para no toserle en la cara— ¿Quiere ir al grano? ¿Por qué no comienza diciéndome quién es Alice?

La primera reacción en reprimir fue la de reír y luego la de aventarle mi silla por los aires. Sentía un temor que me hizo recordar la primera vez que estuve frente a una serpiente, pues a pesar de lo peligroso de su pregunta, era una oportunidad que podía aprovechar si no me descuidaba. Después de todo, sabía de la existencia de Alice.

—Es el nombre de un personaje —solté irónico, evitando que mi respuesta sonase tímida—. Por favor sea más específico.

—Sé que conoces la historia del director. ¿Cómo lo sé? —Sacó de su campera un papel avejentado, arrugado y con bordes quemados—. El director Faraday nos autorizó a revisar su casillero y esto hallamos en él. Quisiera una explicación antes de informarle sobre mi hallazgo.

Extendió el papel sobre la mesa hasta dejarlo frente a mí, en él se podía leer claramente en rojo:

“Alice es mía”

Otra vez se repetía, un sudor frío me empapaba mientras un escalofrío retorció mi espalda. De nuevo una amenaza de aquel hombre burlándose de nosotros. ¿Qué demonios debía contestarle? O peor aún, ¿cómo carajo lo hizo de nuevo ese mal nacido? De alguna extraña manera Chicot no halló el pañuelo, pero si esta nota. Perdí mi vista entre los detalles simples de la hoja hasta que, repentinamente, una ventisca violenta se filtró por la ventana, se arremolinó en la habitación y salió por el mismo lugar junto con aquel misterioso papel. Ambos nos quedamos atónitos mirándonos como si cada uno

tuviera pegada en la frente del otro la respuesta a lo que acababa de ocurrir.

—¿Qué cosa? —contesté levantando los hombros.

—¡Tarde o temprano vas a quebrar, Clerici! —Golpeó la mesa antes de salir a toda prisa, de seguro en busca de aquella nota.

Solté un largo suspiro y me desmoroné sobre la silla, pero solo por un instante, ya que el doctor Noon entraba con una expresión parca.

* *

¿Qué rayos había sucedido? La respuesta era sencilla, pero no para mí. Trajes negros se movían a mi alrededor en un mar de susurros indefinidos, me invadían de nuevo esos dolorosos recuerdos que prefería sepultar de una vez por todas. Solo deseaba huir de allí, pero no lo podía hacer sino hasta encontrar respuestas, porque nada salió como lo esperaba. A solas con él no dejaba de preguntarme lo mismo, ¿qué había hecho? El señor Stones yacía sobre el féretro que llevaría sus restos mortales tras un extenso velatorio, mientras frente a él me encontraba maldiciéndome.

—Clerici —susurró tras de mí una voz familiar—. Gracias por haber venido.

Daniel me estrechó un abrazo firme y desconsolado, su rostro denotaba las amargas lágrimas que había derramado, me sentí peor después de eso.

—Lo lamento mucho —alcancé a contestar con la culpa atragantándome—. Yo...

—No se preocupe si piensa que fue a causa del viaje —Posó la mirada en su padre, quien parecía haberse rendido en un profundo sueño—. Los médicos confirmaron que fue por causas naturales, solo ver la paz en su rostro me convence de ello.

Eso también quería creer, pero no podía asimilarlo ni auto convencerme a la ligera.

—En realidad yo, debo confesarte que siento —El nudo por fin traspasó mi garganta—, siento que es mi culpa.

Apreté los parpados esperando algo, quizás un golpe, una maldición o cualquier cosa que me hicieran sentir menos miserable, pero en vez de eso noté de nuevo su mano firme sobre mi hombro. Alcé mi vista hacia Daniel y esté esbozó una sonrisa.

—Es una lástima que no fuera su terapeuta hace años, usted hizo por él en unas semanas más de lo que nadie hizo en años. Déjeme decirle que nos sentimos en deuda con usted, señor Clerici. Logró que pudiera volver a disfrutar de una salida y una charla antes de su partida —Palmeó mi espalda.

Me dejé estar en la puerta mientras observaba como retiraba el cajón cerrado, con la bandera abrigándolo y rumbo al cementerio, encabezando en una larga caravana. No me sentía mejor aún con la confesión de su hijo, pues tenía la misma pregunta carcomiendo mi cabeza.

* *

Luego de lo sucedido nadie objetó nada tras verme en la biblioteca evadiendo labores, enfrentado a la pantalla del computador decidí quedarme hasta que se hiciera la hora en la que podría ver a Alice. En verdad Chicot había deslizado algo de más y sentía que debía investigar por esa arista, encontrar la biografía del doctor Faraday no fue complicado siendo una eminencia en el ámbito. Recorrí un par de sitios los cuales contaban a grandes rasgos en parte lo mismo que Michael había encontrado, él

estuvo casado y tuvo una hija llamada Alice. Sin embargo, un dato se filtraba en menor medida y con poca cobertura: “*Comisión investiga la muerte de Alice Faraday*” titulaba un medio local, “*Denuncian negligencias sobre el tratamiento de Alice Faraday*”, otro medio nacional anunciaba. Al parecer algunos puntos estaban poco claros respecto al tratamiento que recibió aquella niña, y más aún tratándose del mismo padre quien estuvo al frente de tal investigación. Sin embargo, ninguno de ellos aportaba alguna información extra, sin mencionar lo poco fiables que eran tales medios, ambos sensacionalistas.

—Maldita sea —Comenzaba a frustrarme el hecho de no hallar una conexión entre ambas. Faltaba más de una pieza en el rompecabezas para poder continuar.

Borré el texto en el cuadro de búsqueda y de inmediato introduje otro nombre. Amaro Riccardo, tipié en el buscador. Los resultados me abrumaban, casi no sabía por dónde comenzar, por lo que filtré en orden de fechas iniciando por los artículos más próximos.

—En verdad eres un maldito enfermo —solté tras ver detalles de los siete asesinatos que se le imputaban y los más de veinte de los cuales se esperaba los resultados del ADN para confirmar.

Era definitivamente el psicópata que precedía a todo lo dicho, una infancia dura junto a un padre alcohólico parecen haber motivado sus primeros asesinatos. Mutilaciones quirúrgicas, brutalidad y violaciones pos mortem eran sus constantes entre las víctimas que le siguieron. Sin embargo, algo había llamado la atención de los investigadores, su *modus operandi* parecía haber mutado drásticamente hace unos cinco años. El investigador de turno incluso llegó a compararlo, de un Jack a una bestia salvaje hacia sus últimos ataques antes que fuera apresado en las afueras de Edam. De pronto era menos preciso y disciplinado, muy desprolijo con sus vejámenes que no se molestaba en ocultar del mundo.

—¿Acaso buscabas que te atrapen? Idiota.

De pronto la pantalla del computador comenzó a mostrar interferencia, un par de lámparas en la biblioteca se apagaron y el resto comenzó a titilar en tanto el eco de un estruendo seco resonó siendo que me hallaba solo. Mis ojos inquietos recorrieron el salón tratando de dilucidar la causa de aquel ruido, pero no solo no lo hallaba, sino que comenzaba a ver como las sillas más lejanas se movían bruscamente medio metro, una a la vez, acercándose a mí, descubriendo un sendero y sin que nadie las manipulase. Me levanté y retrocedí un par de pasos, aunque me ordenaba no hacerlo, hasta que choqué contra otra mesa esperando lo desconocido, pues seguía siendo incapaz de ver cuál era la causa de semejante fenómeno.

—¿Quién está ahí? —Tragué en seco. No esperaba una respuesta, pero aun así pregunté.

Con cada silla que se movía acercándose me multiplicaba la velocidad del pulso en forma frenética, la adrenalina fluía por cada célula de mi cuerpo aguardando por aquello. Para cuando la última silla frente a mí se movió por si sola, todo se volvió sordo una vez más mientras esperaba con todos mis sentidos lo peor. Los segundos se me hicieron eternos, tormentosos, como si todo se tratase de una maldita broma. La pantalla continuó parpadeando intermitente hasta que por fin se quedó encendida, mostrando un mensaje perturbador. Sentía pánico y desesperación como nunca antes lo había sentido, ¿cómo era posible tal cosa? De pronto temía que tuviera razón aquel mensaje.

Casi no pude esperar, deambulé por los pasillos consumiendo la tarde hasta que se hizo la hora en que el personal de limpieza abandonaba el hospital. Rodé por los ductos una vez más cargando mucho más de lo que mi mente me permitía soportar, ya no tenía tiempo para esperar por respuestas a cuentagotas, sentía que me volvía loco, que me ahogaba en un mar de sin sentidos.

—Alice, ¿estás ahí?

—Aquí estoy, André —Sentir su voz me revolvía algo en mi interior, casi al punto de sentir culpa por lo que iba a hacer.

—Por favor, dime que lo nuestro es real —imploré mientras apoyaba mi frente sobre la puerta que nos separaba—, júrame que no es todo producto de mi mente, que lo que me enseñaste es verdad.

—¿Es duro verdad? —respondió con empatía, aumentando mi confusión—. Mi tutor solía decirme que la locura y las mentiras eran una extraña mezcla de verdad y fantasía.

—Entonces —Debía liberar esa pregunta que me atormentaba, no pude contenerla frente a ella a pesar de saber que quebraría su confianza hacia mí—, ¿hacia dónde estoy yendo? ¿Cómo terminará todo si sigo creyéndote? Iván y el señor Stones murieron...

Se nublaba mi visión y no sabía cómo continuar expresando lo que erosionaba mi consciencia, gotas se colaron de mis párpados y cayeron sobre el suelo frío. De pronto comenzaba a ver las consecuencias de creer lo que ella me decía, temía que todos aquellos mensajes fueran fruto de mi propia paranoia y delirios, que esta simple habitación en verdad solo existía en mi perturbada mente. Estaba tocando fondo, era probable que estar en este hospital simplemente fuese mucho para mí y mi pobre cordura, quizás había cruzado el límite hacia la locura de manera inconsciente y por mi culpa dos personas habían muerto. Era más de lo que podía manejar.

—Está bien, aquí estoy —Sentí sus manos tibias cepillando mis mejillas con delicadeza, levantando mi rostro lentamente—. Dime tú ¿qué es lo que en verdad ves?

Unos profundos y amplios iris azules me miraban con ternura sobre una piel blanca, mechones dorados caían ondulados sobre su rostro estilizado y más allá de sus hombros. No me importaron las imperfecciones en su pelo o la suciedad en su rostro, ella en verdad estaba frente a mí y estaba seguro que no era mi imaginación.

—Es lo que imaginé durante tantas noches, y aun así ni siquiera pude acercarme a esto —me escuché confesar correspondiendo mis manos sobre las suyas con la misma delicadeza.

—No puedo decirte cual es la verdad y cual la fantasía, porque así fue como muchos llegaron aquí

—Su voz era suave como nunca me había hablado—. La vida es una búsqueda por la verdad, queda en cada uno abrir los ojos o solo quedarse a ver lo que los demás te imponen.

Toqué con delicadeza su mejilla con el reverso de mi mano, tenía el miedo de cuando uno teme despertar de un sueño que parece tan real y perfecto que asusta. Su tibieza era real, su mirada conectándose con la mía también, ella estaba justo frente a mis ojos que elegían ver por si mismos.

—Una parte mía me decía que lo del señor Stones fue una liberación, la conclusión de una promesa.

—Y estoy convencida que has hecho bien. Él se había vuelto el contenedor de múltiples almas y no es posible soportarlas por mucho tiempo.

—Era por eso que me pedía ayuda, pero yo...

—Sé que lo hiciste, André —Nunca me había sentido tan bien de que alguien me interrumpiera.

Alice quitó sus manos de mi piel recordándome que ese momento no sería eterno, pero se mantuvo en la ventanilla.

—Corres peligro aquí, Alice. Por favor dime qué hacer.

—Eso también quisiera saber y créeme que nunca fue mi intención involucrarte —se reprochó.

—Voy a buscar el modo, te prometo que lo haré.

De pronto ya no sentía que buscaba respuestas sobre ella, sino más bien un desenlace.

Día 13: La llave.

El mundo se percibía distinto, no era diferente ni extraño, más bien misterioso o desconocido, quizá hasta peligroso por ambas razones. Mi propia sombra era algo de lo que dudara y no era para menos, desde que inicié mis prácticas en el Hospital Mental Saint Gabriel no solo había visto cosas inusuales y fuera de la lógica, maldición que las había vivido en carne propia. El solo hecho de encender el auto, tras varios intentos, y viajar por la autopista era revelador; algo en mí se había roto o abierto. De pronto parecía que la realidad era más profunda y hasta fascinante si me lo ponía en palabras sencillas.

Despachaba a James Fort, último paciente de la mañana desde mi consulta asignada, su problema de convivencia para con sus padres me parecía una broma si lo comparaba con lo que debían lidiar los pacientes internados y yo, eso no era un buen indicio profesional para mí. Regresé al viejo edificio para continuar con la siguiente visita del día, me sorprendía que a pesar de lo sucedido, Noon aún continuara asignándome visitas a pacientes internados. Yo me lo pensaría dos veces en su lugar.

No importaba demasiado el lugar o las circunstancias mientras hiciera mi trabajo como correspondía, por ello había resuelto tener mis visitas para con Rebeca en el comedor, era mucho más distendido e informal por encima del bullicio que nos rodeaba, y había producido resultados positivos que la doctora Brown no tardó en hacerme notar. La realidad era que nunca necesité que la doctora me lo pidiera, pues intentaba estar con ella todos los días, siempre esperaba por mí sentada en soledad sobre la última mesa a un lado de la ventana, donde la bañaba la luz filtrada del sol en su apogeo. Ella comenzaba a lucir distinta cada día, me acababa de percatar, verla de ese modo me hacía pensar que de verdad era una persona normal. Sonreía con una curva cada día más amplia y sus ojos vacíos se volvían más emocionados, sintonizados con las frases que elaboraba y la opinión que iba construyendo de su vida.

—Buenos días, Rebeca —saludé mientras me sentaba a su lado— ¿Cómo has estado en mi ausencia?

—Lo lamento mucho —Extendió su mano y la posó sobre la mía, seguía igual de fría, pero algo definitivamente era diferente—. Me enteré de lo sucedido con el señor Stones.

—Gracias, yo... Estoy bien ya.

—Has pasado por muchas cosas durante el corto tiempo que llevas aquí, ¿no es cierto?

Asentí.

—No sé todavía si lo dices en forma irónica o literal.

Río como nunca la había visto antes, libre y con gracia.

—¿Sabes una cosa? Me siento diferente.

—Eso es magnífico —enfaticé—. Te ves con más vida.

—Justamente, creo que comienzo a entender que es lo que necesito —Me miró con ojos centelleantes y juguetones—, lo que tengo pendiente como muerta.

De repente una idea cruzó mi mente, como si en esas palabras me hubiese transmitido con claridad lo que había descubierto. Quitó mi mano y me levanté retrocediendo un paso por detrás de la silla, el ruido a nuestro alrededor era completamente ajeno a ambos, Rebeca no parecía entender lo que sucedía y pensaba que sería mejor que siguiera así.

—Qué tonto, olvidé dejar mi informe a la doctora Brown. Debo irme —Giré sobre mis talones y me

fui de allí sin querer mirar hacia atrás a pesar de imaginarme su rostro, lleno de confusión, molesta, preguntándose si sus palabras fueron incorrectas.

* *

Mojé largamente mi cara y observé mi reflejo en el espejo, solo éramos ambos en aquel baño de luces titilantes y azulejos blancos manchados.

—¿Qué es lo que vas a hacer, André? —me cuestioné con dureza luego de ver aquellos sentimientos en los ojos de Rebeca.

Sequé mi rostro con la toalla roja que estaba en uno de mis costados, pero tras quitarla descubrí con impotencia el reflejo de Amaro a mis espaldas, vanamente pude girarme ya que fue inútil. Me tomó con una mano por el cuello, me arrastró hasta la pared y me levantó del suelo con fuerza descomunal. Luchaba por liberarme, pero era en vano, como intentarlo contra el concreto mismo. Su mirada no era la misma con la que se exhibía en público, pertenecía a la de una bestia traída desde lo más profundo del abismo. Se notaba triunfante su sonrisa maliciosa, una que no pude borrar ni siquiera con dos puñetazos directo a su rostro.

—Entrégame a Alice —Exigió divertido—. Hazlo y evitarás más dolor.

—¿Por qué no la buscas tú mismo? —le desafié solo logrando que golpeara mi espalda contra el espejo, toda mi fuerza se limitaba a sostenerme de su brazo para evitar ser asfixiado.

—No lo estás entendiendo. No tienes idea de lo que soy capaz de hacer, puedo convertir este lugar en una auténtica pesadilla —Definitivamente su paciencia empezaba a mostrar su fin.

—¡Creo que ya es tarde, maldito imbécil! —Amaro me soltó, caí de rodillas sosteniéndome el cuello y esforzándome por recuperar el aire entre grandes bocanadas y tosiendo—. No puedes acercarte a ella, ¿no es verdad? —arriesgué en pos de sus dichos.

La furia encendió su vista, sus dientes chirriaban escandalosos y yo me preguntaba si no me habría pasado con mi comentario, pero antes que pudiera incorporarme su rostro volvió a dibujar satisfacción.

—Ella te espera siempre, aunque tú no vayas a verla —¿Se refería a Alice?—. Ya debes haber descubierto lo que siente por ti ¿no es así? Si no me entregas a Alice, ella será la primera en sufrir de mis pesadillas.

—¿Rebeca? ¡No te atrevas a tocarle un pelo! —Me puse en pie completamente enfurecido.

—Oh, no es necesario que lo haga.

Amaro ya no estaba y yo continuaba todavía sosteniendo la toalla con la que me acaba de secar la cara, justo como estaba antes de verlo a través del reflejo. Todo el espejo frente a mí se encontraba roto mostrando mi imagen fragmentada, estupefacto toqué mi cuello buscando una prueba y en efecto dolía, estaba algo morado y los nudillos en mi mano sangraban. Lancé la toalla contra el cristal soltando un grito ahogado e impotente, pues Amaro comenzaba a moverse en pos de atrapar a Alice y no tenía aún la menor idea de cómo detenerlo, parecía que todo me llevaba a una misma solución casi imposible. Por el momento debía preocuparme por Rebeca, ella era inocente en todo esto y, en especial, de lo que sentía por mí.

* *

Había investigado mucho sobre Amaro Riccardo, nada sobrenatural resaltaba en este asesino serial más allá de sus últimos asesinatos, sus andanzas se sospechan comenzaron cuando tenía quince años, mucho antes de que Alice hubiera llegado a este sitio. Exhalé largo y me recargué sobre el espaldar de la silla, la biblioteca me seguía sin parecer el lugar más seguro o apacible después de lo que sucedió aquí o en los baños, aunque dudaba que cualquier lugar en el hospital lo fuera. Encendí la pantalla del teléfono móvil para chequear la hora, algo había caído. Era la tarjeta del investigador Chicot, la recogí preguntándome si sería una pieza que pudiera utilizar en mi beneficio, él parecía estar muy interesado sobre algo particular de este hospital o quizá en mí, pues todo lo referente a las patologías y sus pacientes eran de público conocimiento, ¿o no? Los pacientes del sótano gozaban de información de carácter confidencial, de los cuales una ni siquiera el resto de los doctores conocían su existencia, eso sumado a los extraños sucesos que ocurrían no solo en torno a ellos. No podía asegurar que pasaran en otras instituciones mentales del mundo, pero era ineludible que aquí sucedían realmente. Si Chicot era una carta bajo mi manga debía ser cuidadoso en jugarla, él no parecía querer detenerse hasta que contara todo lo que sé y lo que no también, ¿sobre qué? seguramente sobre Alice. Si tan solo supiera qué es lo que busca podría serme de utilidad, pero hasta el momento no deja de ser solo una molestia.

* *

Se notaba más serena y a decir verdad yo también me sentía de esa manera. Ya no ocultaba su rostro curioso y eso me ponía feliz, pues era lo que más anhelaba desde el momento en que la conocí, además descubrí que debía ponerse en puntas de pie para llegar cómodamente a la ventanilla y que, por fortuna, no llevaba puesta una camisa de fuerza, al menos esos días. Solo escucharla saludar con su tono dulce me hizo decidir que no le diría nada más respecto sobre el Padre de las Pesadillas hasta tanto fuese necesario.

—Te ves un tanto distraído, André. ¿Te encuentras bien? —interrumpió mis pensamientos

—Sí, lo lamento. Es solo que sucedió algo que me ha dejado un tanto desconcertado.

—Puedes contármelo si te hace sentir mejor —se ofreció curiosa.

—Pues bien, ¿recuerdas la primera vez que nos vimos? Mencionaste que había alguien que no debería estar aquí.

—Sí, lo recuerdo. De hecho, aún llevas su olor a muerte.

—¿Sabes si aún la están esperando? —inquirí cerrando los ojos y deseando que su respuesta fuera negativa.

—A decir verdad, casi todas las noches lo veo pasar por aquí, parece estar preocupado o ansioso. ¿Sucedió algo con ella?

Solté el aire que inconscientemente había guardado en mi pecho, ese miedo que me obligó a marcharme y dejarla en el comedor me asaltaba de nuevo.

—Pues, verás. Ella cree saber qué es lo que dejó inconcluso. Rayos, ¿cómo un muerto puede dejar cosas inconclusas en el mundo de los vivos?

Alice rio y no descifraba si le hizo gracia mi comentario o lo idiota que estaba siendo.

—Esta vez no es necesario que abras tu mente para descubrirlo —dijo con suavidad—. Mi tutor

solía enseñarme que solo había algo que no podíamos dejar sin sentir en este mundo. Algo que todos tienen derecho a albergar al menos una vez en su vida y es la fuente de toda nuestra felicidad y todo nuestro sufrimiento.

—Entonces ¿qué debería hacer? No quiero que ella se vaya como los demás.

Aliceladeó ligeramente su cabeza, extendió el brazo y puso su mano sobre mi mejilla, esta vez su expresión denotaba paz y sus ojos sinceridad.

—No se trata de qué se marche, sino de dejarla libre. Ahora tú tienes la llave.

Una vez más me resultaba difícil asimilar la respuesta que me propinaba, y mucho más porque anhelaba ser también la llave que dejara libre a Alice algún día.

Día 14: La verdad sobre mí.

La doctora Brown siempre se mostraba como una persona serena y poco impulsiva, por ello verla en ese estado me sorprendía y hasta me asustaba. Caminaba apurada siguiendo un camino imaginario de un lado a otro, pensativa y ansiosa murmuraba los pensamientos que se sucedían tras sus párpados. No podía si quiera preguntarle qué sucedía con él. Todo comenzó ni bien puse un pie en el hospital, Amy me buscó frente a mi casillero diciéndome alarmada del estado de la doctora, luego de tal declaración le pregunté por Rebeca, pero ella me aseguró que todo esto venía por el doctor De Montecarlo. En una de sus tantas pasadas delante de mí finalmente pareció notar mi humilde presencia.

—Oh, André. Ven, acompáñame —pidió jadeante y entusiasta tomándome del brazo—. No vas a creer lo que acaba de ocurrir.

Me arrastró por todo el primer piso hasta llegar a la habitación del doctor De Montecarlo. Al entrar, él se hallaba vestido elegante, retocándose delicadamente el cabello hacia atrás frente a un espejo que sostenía una de las enfermeras junto a una abultada valija de cuero negra.

—¿Doctor? —dije sorprendido, sin entender aún lo que pasaba.

—¡Oh! —Sus ojos se iluminaron al verme y de inmediato se acercó hasta abrazarme con fuerza—. Qué bueno es volver a verte, André.

—¿Está usted bien? —No alcanzaba a comprender cómo su comportamiento era capaz de sobresaltar de tal manera a la doctora.

—Por fin lo he logrado —susurró lento en mi oído, se alejó y volvió a dedicarme una mirada entrañable—. Quiero volver a casa de nuevo.

Honestamente él se notaba desbordado de felicidad, aunque solo ambos sabíamos en verdad lo que había sucedido. Pero ¿cómo lo interpretaba la doctora Brown? Con tan solo volver a verla comprendía que lo que sentía no era muy distante del sentimiento de su paciente, no por el mismo motivo pero se notaba emocionada de igual manera. El doctor De Montecarlo no era estrictamente un paciente que necesitase de una internación, más bien se recomendó esta luego que él mismo la solicitara. Él siempre fue libre de irse cuando lo quisiera, o más bien, cuando volviera. Esa mañana, para la ella, él había hecho un gran avance al querer volver a su hogar.

—Su familia llegará en menos de una hora —anunció la doctora luego de chequear los mensajes en su teléfono móvil.

—Le agradezco, doctora Brown. Por favor, me encantaría nos deje a solas con el señor Clerici, si no es problema para usted, por supuesto.

Ella le hizo señas a la enfermera y ambas se retiraron cerrando la puerta a nuestras espaldas.

—No tienes idea lo grato que es volver a verte.

—Lo dice como si no me hubiera visto en mucho tiempo —Hice una pausa y luego dudé— ¿Usted ha estado en otra realidad más adelantada?

De Montecarlo frunció el ceño, su incomodidad se hacía evidente al evitar verme de frente, era más que obvio había deslizado en sus palabras más de lo que calculó.

—Creí haberte dicho en algún momento que nada de lo que pase en los mundos paralelos es igual al resto, solo similares en algunos aspectos.

—Sí, también me explicó que no debía interferir en los asuntos de los mundos que le eran ajenos, pero ahora está en el lugar correcto ¿verdad?

Resignado y preso de sus propias palabras golpeó ambas piernas con sus palmas mirando el techo. Luego me devolvió la mirada, sin poder ocultar preocupación e incertidumbre.

—No tengo los detalles, André, y no puedo asegurarte que sean iguales aquí, pero no creo que las cosas salgan bien si siguen el mismo cauce —advirtió con urgencia.

—Usted sabe que no me detendré. A eso se refiere, ¿verdad?

De repente caía en la cuenta de mi propia situación, de lo desesperante que se volvía a cada día y de la confesión que hice en voz alta:

—No sé qué hacer y no estoy seguro del tiempo que dispongo.

—Tampoco sé que puedes hacer mejor, pero si de algo estoy seguro es que no podré detenerte, y créeme que lo he intentado un par de veces —apoyó las manos sobre su cintura y giró para ambos lados antes de agregar: —. Solo hay algo que no he hecho antes y ruego para que esto haga alguna diferencia a tu favor.

Levantó el colchón de su propia cama y dejó tras ver que bajo ella, sobre el piso, se hallaba una caja de cartón pequeña la cual extrajo con cuidado y abrió frente a mis ojos

—¿Esto...?

—Así es. Es lo que me permite no terminar como el señor “M”.

—No lo comprendo —solté con dificultad para tragar.

—A lo largo de la historia descubrí muchos casos donde personas comunes tuvieron la desgracia de cruzar por portales que se abrían al azar. En efecto, el señor “M” fue víctima de uno de ellos, cayendo desde el paso elevado de West Botley en Inglaterra. Con esto puedo lograr controlarlo y cruzar de manera segura entre dimensiones paralelas.

Con la duda sacudiendo sus manos me entrego la caja, por un instante quiso quitármela, pero finalmente desistió.

—¿Cómo puede servirme esto? —inquirí con la misma duda que él.

—Te enseñaré a usarlo y el resto dependerá completamente de ti, pero debes jurar que luego de usarlo lo destruirás. No puedes dejar que caiga en posesión de cualquier persona y mucho menos que Amaro se haga con él bajo ningún punto de vista.

—¿Cómo consiguió algo así?

—No creerías las cosas que puedes hallar en una tienda de antigüedades. Su dueño me advirtió que era mi respuesta y a la vez mi castigo, ahora lo entiendo bien.

—Pero ya todo terminó para usted. Ahora debo velar por el resto de mis pacientes y por ella.

—Voy a extrañar nuestras charlas, André —soltó con un nudo lo que debió ser un pensamiento en voz alta—. En realidad...

—Esta vez será diferente —sentencié con una seguridad que incluso me sorprendía.

De Montecarlo sostuvo sus ojos sobre los míos antes de cerrar.

—Ya está bien. Entrégamelo que te enseñaré a usarlo.

* *

Fue muy grato y hasta incluso extraño ver como el doctor De Montecarlo se reencontraba con su

esposa y sus dos hijos ya adolescentes, estrechaba abrazos eternos y se marchaba del hospital rumbo a su hogar. Me recordaba insistentemente que volvería regularmente para que se monitorease su rehabilitación, aunque reconocía la posibilidad de no verlo de otra vez. Iba a echar de menos sus charlas también. Lo seguí observando desde la ventana de su habitación mientras el automóvil en el que viajaba se perdía tras el horizonte rumbo al sur, solté un suspiro que empañó el vidrio y me di la media vuelta resuelto a continuar con mis labores. Salí al pasillo y de inmediato un chillido oxidado me alertó. Provenía de la puerta entrecerrada de la última habitación, desde ella podía sentir una mirada lúcida estudiándome al detalle. Un impulso quiso que me dirigiera allí, pero lo ignoré y me marché.

Por primera vez entrar en el comedor me suponía un gran esfuerzo, de pronto me sentía asfixiado y el corazón me martilleaba con violencia. Percibía miradas que seguían cada paso que daba y no era impresión mía, en verdad muchos pacientes me observaban con ojos extraños, pero conscientes, era como si mi propio andar los hipnotizara; me incomodaban y hasta erizaban mi piel. Me dirigía directo a la mesa que ocupaba Rebeca, pero mientras más me acercaba, algo más se definía su rostro. Me detuve uno metros antes sin que ella lo notase, su mirada ensombrecida se perdía por el infinito a través de la ventana, se notaba un tanto más pálida y desganada en su postura encorvada. Ya no era la misma, o más bien, era la misma que vi cuando comencé a trabajar aquí, ella...

—Está muriendo —Solté entre ambos, en un momento en el que el bullicio nos sonaba sordo.

Quizá lo dije demasiado alto o tal vez ella simplemente me notó, lo cierto es que tras dedicarme una mueca despectiva se levantó de su asiento y se marchó drásticamente rumbo a las escaleras, ignorándome por completo.

Mis piernas no respondían y mi cerebro no reaccionaba. ¿Qué acababa de ocurrir? De repente, como respuesta a aquella pregunta, sentí una mirada clavarse en mi espalda tan profundo que dolía, era fría y sin filo. No necesitaba girar para saber quién era, pero aun así lo hice lentamente, por sobre mi hombro podía ver sus labios curvos moverse mientras masticaba un trozo de carne con la boca abierta. Lo había hecho, sin duda era obra suya, había dado cumplimiento a su amenaza. Por fin reaccioné y de inmediato me lancé a la carrera tratando de darle alcance. El piso superior no mostraba rastros de ella y a decir verdad tampoco había lugar dónde ir sin que el guardia notara su presencia, aunque tratándose del señor Corona podría pasar, pero las rejas de igual manera la hubieran retenido. No tenía sentido. Mis ojos y mis oídos se esforzaban por captar su presencia, de pronto, una suave brisa rozó mi nuca, se trataba de una puerta a mis espaldas que se encontraba mal cerrada. No comprendía cómo podía estar abierta a cualquier paciente siendo que algunos mostraban tendencias suicidas, era como una maldita invitación, sin embargo lo estaba y Rebeca parecía haberla utilizado.

El frío nos envolvía, pero no parecía notarlo, el cielo estaba incómodamente gris y era lo único sobre nuestras cabezas.

—Rebeca. ¿Estás bien? —pregunté temeroso.

No respondió ni giró a verme, en su lugar comenzó a caminar rumbo a la baranda de la azotea, lenta, pero decidida.

—¡Espera! ¿Qué haces? —Solo alcancé a dar un paso que por fin volteó.

—¡No te acerques! —El creciente resentimiento se hacía visible en su rostro en tanto continuaba acercándose peligrosamente a la baranda, a partir de ese momento de espaldas.

—Está bien, no me voy a acercar ni un paso más. Aquí mismo me quedaré, pero tú también detente.

Rebeca se detuvo a unos escasos pasos de la contención que la separaba del vacío, su rostro lleno de ira de pronto comenzaba a mutar por obra de la tristeza que rodaba por sus mejillas, hasta morir en sus pies tras una larga caída, se notaba confundida y a la vez decepcionada.

—¿Es cierto, André? —Soltó por fin con un llanto que intentaba desesperadamente ocultar tras sus manos.

—¿A qué te refieres? Dime de qué se trata todo esto.

—¿Solo soy una historia para ti? ¿Una historia poco más que interesante? —recobró la rabia.

De nuevo las malditas palabras se atoraron en mi garganta, pues se mezclaban múltiples excusas que podía decir para evitar esa cruel realidad, pero no podía mentirle, no era capaz después de todo lo que pasamos. ¿Cómo decirlo entonces?

—No lo sé —Soné como un completo imbécil desviando la vista y la vergüenza que me provocaba.

Quería decirle lo mucho que me importaba y los deseos que guardaba para ella, pero no poseía la certeza de con cuales palabras continuar y ese fue el grave error. En un instante sus pies no se encontraban en contacto con el suelo. El resto se sucedió muy lento, sus brazos subiendo el cuerpo sobre la baranda, su semblante teñido de amargura de nuevo acusándome, el balanceo entre su espalda y el vacío. Solo eran unos malditos pasos hasta alcanzarla, no era nada, pero sin importar la fuerza y la desesperación que le inyectaba a mis piernas la distancia apenas se reducía. Ella comenzaba a desaparecer de mi vista, no discernía si gritaba o simplemente callaba, solo me concentraba en estirarme todo lo posible; no era suficiente.

—¡Dios! No ahora —me repetía mientras una ola de recuerdos junto a ella se cruzaban por mi mente, todo se sucedió, desde que llegué allí y hasta la última charla amena que mantuvimos. Absolutamente todo teñido con ese sentimiento de culpa.

Estaba cerca, pero a la vez tan lejana para tomarla que una parte mía me convencía que todo sería en vano, ella caería sin importar lo que hiciera. Mi cuerpo comenzaba a ralentizarse ante la falta de esperanza, casi rendido a la desgracia que había provocado, hasta que sentí el aire arremolinarse a nuestro alrededor. Era difícil explicarlo con palabras, me recordaba la primera vez que vi el mar y como una imponente ola se estrelló contra las rocas en la orilla, pues esa suavidad en el ambiente de imprevisto se violentó, golpeó con fuerza el hospital y trepó por sus paredes hasta chocar contra la espalda de Rebeca. Primero fue el joven Gregori, luego el señor Stones, no iba a permitir que a ella o Alice le pasara algo más. El resto se sucedió tan deprisa que casi ni noté lo que había hecho. Lo siguiente que supe, era que Rebeca estaba envuelta en mis brazos, de alguna manera había logrado alcanzarla y ponerla de nuevo sobre suelo firme. El frío la rodeaba, no parecía sentirlo y eso se debía a mi entera culpa, jugué con las desgracias de mis pacientes sin pensar en lo que les sucedía. Era una persona despreciable que no merecía los sentimientos de Rebeca o la confianza de Alice.

—Suéltame —gruñó.

Así lo hice y dejé que entrara sola al edificio, sin el valor de si quiera mirarla o pronunciar palabra alguna.

* *

No estaba seguro del tiempo que me quedé mirando la rendija que en otro momento no habría dudado en cruzar. Si fueron minutos parecieron ser largas horas, pues así se sucede el tiempo cuando las

ideas pesan demasiado y no llegas a ninguna conclusión que te tranquilice. Sin embargo, el solo hecho de por fin adentrarme por los ductos parecía me transportaban a otra realidad, entre ajena e ilógica, deseada y extraña. Bajo penumbras salí y me dirigí a la robusta puerta que me separaba de aquella paciente que me arrebatava algo más que mis pensamientos.

—¿Estás allí, Alice?

—Aquí estoy, André —asomó su delicado rostro apenas por encima de la ventanilla.

Solté aire entrecortado y descansé mi frente sobre los barrotes de la abertura, muy cerca de ella. No pude ser sincero con Rebeca, pero con ella era diferente, sentía que tenía todas mis palabras a disposición, listas para salir cuando quisiera.

—Alice, creo que no he sido lo suficientemente sincero contigo y tampoco con los demás pacientes —confesé reteniendo cualquier atisbo de querer mentirle a ella o a mí—. ¿Recuerdas te mencioné que estaba aquí para escribir un libro? Pues nunca te he dicho que planeaba usar las dolencias y traumas de los pacientes de aquí para ello. En verdad pensaba usar para mi rédito las razones por las cuales muchos sufren aquí o que incluso le costaron la vida, yo... —En verdad me sentía como la peor escoria de la humanidad.

—Lo dices como si ya no tuvieras nada que hacer aquí, ¿verdad?

—Solo he traído dolor y muerte desde que llegué, nunca quise eso y mucho menos en este lugar. Ni para ti ni nadie, nunca.

—Entonces ¿por qué? —preguntó haciéndome sentir que abría una vieja herida que nunca terminaba de cerrarse. Una realidad que había esmerado en evadir a lo largo de mi vida, sin enfrentarla ni finalizarla.

Debería contarle todo, la relación prohibida entre mi madre y mi padre, cómo él abandonó su prometedora carrera de escritor. Debería contarle cómo la malicia de mi tía dispersó rumores sobre el costo de mi nacimiento, el precio de estar aquí, de cómo mi padre murió en el accidente de un trabajo que nunca amó por cuidarnos a todos. Mi tía nunca dejaba de decir que toda la genialidad de su hermano había muerto conmigo y todo había sido para nada. Pero ahora me daba cuenta del por qué lo hacía realmente.

—Lo hice por egoísta. Eso es todo.

Esa era la verdad y no había nada más por detrás, sin excusas o justificativos estúpidos.

—Espero que encuentres lo que buscas, André, pues creo que estás buscando lo incorrecto.

—Gracias, Alice. En verdad lo lamento mucho.

Así fueron las últimas palabras que crucé con Alice, después de todo ella estaba más segura lejos de mí.

Día 15: Retorno a la locura.

El hospital mental resaltaba en el paisaje y de pronto parecía que todo lo que viví en él se limitaba a sus muros, que había sido un largo sueño ajeno. Sus historias, misterios y personas parecían distantes del resto del mundo, como piezas amorfas que nunca encajarían en el rompecabezas de la sociedad moderna. Ese lugar en verdad se empeñaba en lograrlo, separarlos del mundo y ocultarnos las verdades que muchos de ellos tenían para enseñarnos desesperadamente. Eso cruzaba por mi cabeza mientras le daba el primer sorbo al café, de sabor intenso y fragancia afrodisíaca. Dejé de contemplar los matices naranjas del atardecer desde la terraza del Café Morfeo y del resto de la ciudad que se alzaba en torno al Hospital Mental Saint Gabriel. Encendí mi tableta y abrí un nuevo documento de texto, en la primera hoja tipié “*Capítulo I*”, pero de inmediato mis dedos se detuvieron. ¿Cómo podría plasmar tanto en unas simples palabras? Cada dedo se quedaba inmóvil sintiendo todo el peso de mis pecados.

—Te ves dudoso, André —Sentí la palmada de quien se sentó frente a mí.

—Todos tenemos nuestros momentos, Michael.

—¿Café? Pareces otra persona —se burló, aunque tenía razón.

—Es el que solía tomar mi padre.

—¿Lo ves? No es necesario de ningún test para darme cuenta que algo te sucede, te conozco lo suficiente como para saberlo —Aquello me había sonado más a una reprimenda.

—Es que, honestamente hay mucho de lo que no estoy seguro. Mi vida ya no es la misma ¡Carajo! Ni siquiera siento que sea el mismo.

Solo había pasado una semana desde que dejé de ver a Alice y desde la última vez que estuve en el hospital, ausentarme de ellos no parecía ser la solución, pero quedarme cerca tampoco lo era.

—Creo que lo estás pensando demasiado, aunque a decir verdad eso es muy propio de ti —Michael parecía estar divirtiéndose de mí y mi crisis. Era evidente, pues ignoraba todo lo que había pasado. ¿Qué pasaría si le contaba lo que viví allí dentro? Sin dudas volvería a Saint Gabriel, pero ya no en calidad de profesional sino de paciente.

—Lo haces sonar fácil. ¿Alguna vez sentiste dudas del mundo donde vives, de las personas que te rodean y del lugar que ocupas entre ellos?

—Es duro ¿verdad? —dijo con una confusa empatía, casi satisfecho de que lo dijera—. Es el cambio que esperaba de alguien como tú. Sabía te llegaría el momento, quizá no tan pronto, pero lo sabía.

—Espera, ¿de qué estás hablando?

—Las personas dicen que uno solo elige ser psicólogo por vocación, o porque tienes un trauma que te aqueja y buscas una solución en esta profesión. Sin embargo, siempre pensé que en ti era un tanto diferente.

—Creo que empiezas a asustarme.

—André, tú buscas otra cosa.

Me desplomé sobre el espaldar de la silla, estaba incómodo y no era para con él; ya era el segundo que me lo decía. ¿Qué es lo que en verdad estaba buscando? ¿Con qué podría realmente sentirme satisfecho en esta vida?

—¿Y bien? ¿Cómo sigo, señor Wood? —Pregunté ocultando mis intenciones tras una ironía.

—Tú me lo dirás después —Sacó de su campera una serie de papeles plegados que deslizó por la mesa hasta mí—. Veo que te estás convirtiendo en todo en profesional preocupado por sus pacientes, dale un buen uso. Aunque insisto, no me interesa saber qué harás con esto a pesar de lo mucho que me costó conseguirlo.

—¿Tuviste que acostarte con tus jefes? —bromeé mientras recogía aquellos papeles.

—Creo que hubiese sido mejor. A decir verdad, estoy suspendido por una semana. Suerte.

Michael no agregó nada más, tras ello se retiró con tan solo otra palmada sobre mi hombro en tanto me quedaba hojeando lo que había dejado.

* *

Normal lo definía a la perfección. El hospital entero parecía fingir ser una institución para gente con enfermedades y dolencias mentales, muchos de ellos lo padecían de seguro, pero tenía la certeza de que no se aplicaba a todos. Cada uno de ellos presentaba un cuadro particular, se lo trataba de manera distinta y a su vez reaccionaba de manera única a cada estímulo o medicación. Recorrer sus pasillos me daba la pauta que aquel lugar se reducía solo a eso, no había espacio para la duda o la flexibilidad, solo se repetía lo mismo sobre cada paciente hasta que encontraran otra forma mejor de hacerlo.

Amaro Riccardo también parecía haber aceptado el papel de psicópata ordinario, podía observarlo desde la puerta del comedor y estaba seguro que él notaba que lo hacía, de alguna manera lograba ocultar su naturaleza entre cada desagradable mordida que le propinaba a su comida. Entre tanto, muchos de los internados seguían sin dejar de observarme todo el tiempo, continuaban vigilando mis acciones en cada lugar que compartíamos. Y por último, Rebeca, quien se perdía entre la nubosidad del cielo que se alcanzaba a ver desde la abertura junto a su mesa.

Pero de pronto, no podía dejar de abrazar la posibilidad que me había planteado con fuerza. Luego de estudiar aquellas páginas que había conseguido Michael, mi mente se sacudió por completo. Mi cerebro luchaba aun sabiendo lo que era cierto, cada día que pasaba parecía asentarse con más aplomo, cada reporte, cada expediente, cada paciente que me visitaba parecía incluso reforzarlo aún más. De repente, el panorama se me presentaba de lo más monótono y normal del mundo en donde crecí, sin seres extraordinarios, sin viajes, sin misterios; solamente desgracias y vida. ¿Qué tanto de real podía haber y cuanto de fantasías sin sentido? Quizá no había verdades, solo eso, fantasías que nos permitían escapar de nosotros mismos, de recuerdos dolorosos, realidades adversas, de culpas demasiado pesadas.

Con aquellos pensamientos arañando mi cerebro comenzaba mi jornada en el hospital, otro día apagado donde esperaba nada sobresaliera por encima de la anormalidad que era moneda corriente para todos.

—André —llamó una mujer tocando mi hombro ni bien cerraba mi casillero.

—Buen día, Amy.

La enfermera novata, no me sorprendía verla parada con la punta de su zapato jugueteando con los detalles de las baldosas, sino su lucha por mantener la mirada conectada con la mía.

—¿Necesitas algo de mí? —añadí como respuesta a su indecisión.

Amy sacó sus manos desde detrás y me extendió una tarjeta vistosa la cual titulaba en dorado:

“XX Cena Anual en Beneficio del Hospital Mental Saint Gabriel”

—Ayer no logré encontrarte y por ello no pude entregarte este pase. Ambos somos nuevos y por ello se demoraron en entregárnosla y...

—Te agradezco por guardármela.

Tomé la invitación recordando haber escuchado de ella hacía varios años, solamente las personas más adineradas de la ciudad podían darse el lujo de asistir a ella y, por supuesto, los miembros del hospital. Volví hacia Amy, cuando noté una venda cubriendo parte de su brazo izquierdo.

—¿Estás bien? ¿Te sucedió algo? —Señalé su curación.

De inmediato un rojo tiñó sus pómulos en tanto ocultaba ambos brazos tras de sí misma de nuevo. Seguía moviendo sus labios, aunque no liberaba ninguno de los pensamientos que retenía en la punta de su lengua. De pronto algo nostálgico se revolvió dentro de mí, mientras más la observaba tanto más volvía esa sensación cargada de culpa y tristeza, impregnadas con la tibieza subiendo por mi pecho.

—Debo irme, una paciente me debe de estar esperando ya —Terminé de abotonar mi bata cortando un momento que se me empezaba a tornar embarazoso.

—Sí, por supuesto —afirmó haciéndose a un lado y con un insistente rubor en sus mejillas que no parecía haberse disipado, pero de repente añadió: — André, ¿quisieras acompañarme?

No me sorprendió su pregunta, sino que tomara el valor de hacerla, además estaba más que seguro fue muy vistosa aquella reacción en mi rostro.

—Sí, es decir, sé que vives un poco lejos y pues —comenzaba a sonar como un tonto—, no tendría problemas en buscarte.

Veía a Amy marcharse tras afirmar con su cabeza y mostrarme fugaz una sonrisa que me traía más recuerdos y sensaciones de las que hubiese querido tener en ese momento, me negaba absolutamente a entenderlas.

Sencillamente no quería pensar, solamente me limitaba a caminar, concentrándome en seguir moviendo mis piernas por los interminables corredores del ala nueva. Cuando por fin llegaba también lo hacía mi paciente la cual al instante, y con preocupante prisa, se adentró conmigo a la consulta.

La mujer en cuestión se llamaba Ariana Law y con tan solo treinta y un años se le diagnosticó síndrome de Capgras. Con detonantes desconocidos fue traída aquí por su propio esposo, Thomas Law, un prestigioso arqueólogo de la Universidad Estatal de Edam.

—Buenos días, Ariana. Por favor ponte cómoda —extendí mi brazo señalando el asiento frente a mi escritorio— ¿Cómo has estado estos días?

—Buenos días, señor Clerici.

A pesar de su edad aparentaba ser mayor y siempre se mostraba temerosa, en estado de alerta constante. Sin embargo, el doctor Orgaz no vio necesario un ajuste en la medicación que básicamente se componía de tranquilizantes y antipsicóticos. Ariana tomó asiento y, de la misma manera que las cesiones anteriores, comenzó a frotar sus manos compulsivamente.

—Dígame, ¿sigue sospechando de su esposo?

—Lo lamento, pero necesito me dé una alta médica para que pueda marcharme de casa. Tengo miedo —imploraba con lágrimas contenidas.

—No puedo hacerlo hasta que veamos una mejoría en su condición, pues...

—¿No me diría eso si hubiera visto lo mismo que yo! —detonó por un momento para luego volver a su estado anterior.

Se comenzaba a tornar más difícil tratar con ella y, para ser honestos, se hallaba a solo un paso de entrar en internación, pues parecía que estar en casa solo aumentaba la ansiedad peligrosamente. Todo comenzó para ella hace unos tres meses, cuando su esposo regresó de una excavación en una antigua ciudad sudafricana, desde ese entonces ella no lo reconoce y asegura que no es su esposo, sino otra persona que ha tomado su lugar con comportamientos perturbadores.

—¿Acaso su esposo continúa hablando con palabras extrañas?

—Ahora es peor, yo —De pronto un temblor en su pierna comenzó a dominarle—... No puedo decirle porque esto va más allá de mi entendimiento. Anoche lo espí en su sala de estudio y... Tuve que dormir encerrada en la habitación de huéspedes mientras él permanecía de pie afuera del cuarto, estoy segura que lo hizo durante toda la noche. ¿Usted sabe lo que es eso? ¿Cómo se siente?

Froté mis ojos con firmeza, pues eso era todo lo que necesitaba oír, era evidente que necesitaba internarse y un reajuste en su medicación, debía hacerle un pedido formal a la doctora Brown.

—Está bien, ¿puede contarme algo más que le haya sucedido? Lo que sea —insistí a fin de recolectar más datos para el informe que presentaría.

—Su anillo nuevo —razonó en voz alta, como si hubiese recordado algo importante—. Casi lo paso por alto, es decir, no recuerdo que se lo haya quitado en ningún momento desde que lo trajo de aquel viaje.

—Dígame, ¿usted cree que ese anillo tiene algo que ver con la suplantación de su esposo?

—No estoy segura, apenas tengo un leve recuerdo de intentar tocarlo. Creo que fue el día que regresó, pero se molestó tanto que desde entonces ni lo intento si quiera.

—Eso es bastante extraño, ¿tiene para usted algún significado ese anillo?

—Ninguno, es decir, no lo sé.

Comenzaba a sospechar que el anillo estaba asociado de alguna manera subconsciente con su síndrome, con algún detonante reprimido, cuando de repente la piel se me erizó. No era cosa mía, lo sabía porque ambos nos habíamos percatado que el ambiente se percibía diferente, lo podíamos ver reflejado en las pupilas del otro, era como una corriente de aire frío que se hubiese filtrado. Aunque se percibía opresiva y densa.

—¡Es él! —exclamó Ariana al borde de un ataque de pánico.

—No se preocupe —la tranquilicé—, debe ser solo el vien...

Alguien llamó a la puerta con tres golpes firmes aumentando la ansiedad de la paciente.

No tardé en abrir la puerta y descubrir que Ariana tenía razón, su esposo esta vez había venido a buscarla. Luciendo un traje marrón y portando un maletín de cuero bastante descolorido, Thomas Law me saludó con un exagerado apretón de manos.

—Buenos días, señor Clerici. Lamento importarlo, pero debo retirar a mi esposa antes de lo debido ya que tengo una conferencia en las afuera de la ciudad y no me gustaría dejarla sola —Su tono era de lo más amable y cordial, quizá demasiado. En más de una oportunidad me había sonado a un autómata.

Giré a ver a Ariana, pero ella lucía sumisa, presa del temor. Era una decisión difícil de resolver en aquel instante, no podía dejar a mi paciente en ese estado y mucho menos hacerla viajar si en verdad contemplaba una posible internación. Me empezaba a preguntar qué debería hacer.

—¿Qué me diría Alice? —Esa sola pregunta me hizo tambalear, sentía que algo regresaba a mí con

la fuerza de una ola, aunque me negaba a que volviera así como así, ya había decidido que no debía regresar.

—Adelante, tome asiento. Antes necesito hablar con ambos —dije intentando ganar algo de tiempo. De reojo logré hallar el anillo del que me había relatado Ariana, en su dedo índice izquierdo. Era bastante exótico, dorado y con una piedra verde incrustada. El señor Law se sentó de la manera más natural a un lado de su esposa en tanto yo volvía a mi asiento sin siquiera saber qué decirles, pues un conflicto en mi interior me aturdí y no se resolvía aún. Sin embargo, tratar de volver a la realidad de ambos se me dificultaba, pues algo me molestaba de sobremanera en aquel hombre, algo que no era capaz de ver a simple vista o de describirlo con exactitud.

—Qué pieza tan interesante —admiré antes de arrepentirme mientras contemplaba la joya.

—Muchas gracias, es un regalo que me dieron los nativos de una tribu en Sudáfrica.

—Perdón, ¿le molesta si lo veo con más detalle? —pedí ante el rostro desfigurado de su esposa que no daba crédito a mi petición.

—Por supuesto —En lugar de quitarse el anillo, el señor Law extendió su mano hacia mí. Pero con suma rapidez y de la manera más fluida que pude logré extraérselo.

Me perdí entre los detalles de este, en sus grabados simétricos así como también en el inusual brillo que emanaba, pues sentía una negación impidiendo levantar mi vista de nuevo, después de todo, lo que se hallaba frente a mis ojos se retorció amorfo y gemía con voz gruesa para luego gruñir palabras incomprensibles. No hacía falta verlo de frente, de reojo me bastaba para ver su silueta moverse de nuevo hacia mí mientras el corazón me latía bombeando miedo y peligro a cada célula de mi cuerpo. Sea lo que fuese no le temía a él o a lo cerca que me gritaba, sino a lo que vería si levantaba la vista, ¿sería una respuesta o simplemente la confirmación que me estaba volviendo un demente? En ambos casos quizá no sabría cuál es la diferencia. Pero tras un instante surgió en mi mente la imagen de Alice y de sus manos levantando mi rostro, de la misma manera lo alcé. Me sentía entre aliviado y como un completo tonto, de repente me reprochaba, ¿qué había estado pensando tanto? Sentía ganas de reírme de mí mismo, incluso tenía deseos de darme una buena bofetada. Un portazo después volvimos a quedar ambos a solas, me volví hacia a la señora Law y le dije:

—Márchese tan lejos como pueda y empiece de nuevo.

Ariana Law no tardó ni un instante en hacerme caso, tomó su bolso de mano y se marchó a toda prisa dejándome en la soledad del consultorio. Mientras tanto, el anillo en mi mano quedó como la única prueba de que lo sucedido era tan real como lo que Gregori, el señor Stones o Alice me habían relatado. No podía seguir negándolo más y mucho menos quedarme de brazos cruzados viendo como nadie les ayudaba. En ese instante comprendí lo que había cambiado en mí y me acercaba a lo que buscaba en realidad.

Día 16: Preguntas.

La misma rutina procuré seguir aquellos días que siguieron y luego los siguientes durante el tiempo que consideré necesario, el mismo recorrido, las mismas tareas, los mismos horarios, incluso los mismos diálogos. De esa manera nadie sospecharía, ni el doctor Noon, ni los enfermeros o incluso el agudo guardia Corona. Esta vez era yo quien interpretaba el papel de normal. Nada parecía haber cambiado a simple vista en ese sitio, pero estaba seguro que lo había hecho, lo podía leer en las miradas de cada internado, incluso en aquellas que me seguían y me vigilaban a cada instante. Mas debía mantener mi lugar y seguir con el guion que me había propuesto, para ello decidí acercarme a algunos pacientes por más que no estuvieran en terapia, como el caso del “pirata” Jhonnes en el primer piso o Freddy Scheck, el famoso pirómano. Este último siempre bromeaba preguntándome sobre la entrada de su habitación:

—Doc, ¿tiene fuego?

—Para tu cumpleaños te dejaré encender las velas —le respondía siempre y solo si era seguro que nadie más me oyera.

De la misma manera mi paso frente a la oficina de Noon era obligatoria para mí, pues recordaba con todo detalle el manojito de llaves que Anna, la secretaria de gafas rojas, tenía en su poder. Finalmente, tras varios días de pasar por ese despacho, supe con toda seguridad dónde las guardaba con exactitud, pero aun así seguía manteniendo el mismo recorrido. No podía dejar nada librado al azar.

El mero hecho de volverme casi un autómata cada jornada que transcurría solo aumentaba mi ansiedad y los miedos que traían consigo la espera. Sabía hacia donde me dirigía y no quería detenerme, aunque eso significara desconocer el final para ambos por más vueltas que le diera en mi mente.

* *

Aquella mañana nublada de viernes desayunaba con la vista fija en la nada, cada vuelta que la cuchara daba en el café rememoraba otra vez la misma pesadilla que había vuelto a mí, la que tuve hace un par de semanas y la que me volvió a acosar aquella noche. En ella me encontraba otra vez envuelto por la oscuridad profunda de un bosque estéril, sintiendo una respiración hirviente por sobre mi hombro, la siguió un jadeo y más tarde unas palabras que me indicaron que el tiempo finalmente se había acabado. Era capaz de recordar hasta el último detalle de aquel sueño, el silencio sepulcral, el vaho saliendo de mi boca, sus dientes chirriando en mis oídos, su hedor podrido, y su voz ronca hablándome:

—Esta noche será la última pesadilla de Rebeca —recordé.

Era extraño y en cierta manera irónico, saber que el día de mañana podría no existir para mí, estar dispuesto a todo y aun así no poder terminar de dejar todo arreglado. Me daba cuenta de la cantidad de cosas que tenía inconclusas en mi vida y a la vez lo vacía que era. Aunque al menos me sentía satisfecho por haber realizado una, el viejo Fiat finalmente volvía a sus mejores años gracias a haber seguido el consejo del doctor De Montecarlo.

—Adiós Mamá, gracias por el desayuno —Me llegué hasta el sofá donde se había quedado dormida

y la desperté con un beso sobre su frente.

—Adiós, André —saludó sobresaltada, esforzándose por despabilarse antes que saliera.

A decir verdad, eran las únicas palabras que quería dedicarle a sabiendas que podrían ser las últimas. Recogí las llaves del auto, pero decidí dejarlas de nuevo sobre la mesa junto a la puerta.

—Esta vez quedaran para Thomas— pensé. De todos modos la parada del autobús no quedaba tan lejos.

* *

El hospital había cobrado en esos últimos días un nivel de alteraciones entre los pacientes bastante notorio, las drogas para el sueño, las dosis de antipsicóticos y antidepresivos había aumentado exponencialmente entre los pacientes más susceptibles, incluida Rebeca. Una muestra clara era la hora del almuerzo, donde una docena de internados debieron ser restringidos a causa de su comportamiento alborotado y en algunos casos agresivos. Ese día por primera vez, Amaro Riccardo se ausentaba en el comedor. No me cabía la menor duda que él hacía sus preparativos al igual que yo, con la diferencia que no había planificado como terminaría con todo esto, aunque sabía por donde comenzar.

—¿Te molesta si me siento aquí contigo? —solté tras Rebeca con el corazón a punto de salir de mi pecho.

Ella solo se limitó a mover su silla unos centímetros sin dirigirme la vista en ningún momento. Su estado no había hecho otra cosa que empeorar desde la última vez que hablé con ella en la azotea, era verdad que estaba en su límite y debía ser completamente sincero si quería salvarla, tanto de Amaro como de mí.

—Permiso, entonces —Me senté algo apretado en la silla que siempre solía reservarme—. Hace tiempo que juntaba valor para volver a hablarte, y a decir verdad estoy preocupado por ti.

—¿Por qué? ¿Acaso tu “gran historia” se ve arruinada? —cuestionó sumamente molesta, todavía sin mirarme y con un evidente nudo cruzando su garganta.

—En realidad la tuya —descargué mucho más en aquella frase de lo que en verdad escuchó. Fueron muchos días de observarla y de juntar el coraje para enfrentarla con el corazón abierto.

—¿Qué quieres de mí? —Preguntó mirándome por fin.

—Eso es lo peor, pues una parte en mí le gustaría verte con vida de nuevo —Ser sincero no duele, lo que hiere es aceptar lo que sentimos, lo que deseamos en verdad.

—Sabes que no puede ser así —objetó desganada, desconectando de nuevo nuestras miradas.

—Y la otra parte, la que le cuesta ser más sincera, quiere verte libre y haría lo que fuera para que así sea.

De nuevo los cristalinos ojos de Rebeca se posaron sobre los míos sin quitarlos, sabía que solo fueron unos instantes, pero alcanzaron para que ellos cruzaran cientos de palabras con los míos. Era como superponer dos historias de diferentes épocas, imposibles de unir, pero que si hubiesen sido escritas juntas podrían haberse continuado a la perfección.

—Lo cierto es que una parte mía siempre quiso volver a estar viva, y fue creciendo a medida que te conocía más y más —Una lágrima tímida rodó por su mejilla blanca, una que no tardé en secar.

—Lo sabía. Si tengo que ser franco también, pensaba que alejarme de ti sería lo mejor, porque

comprendía que de otro modo romperías aquello que te ata a este mundo —Me dolió pronunciarle esas palabras, aunque una presión enorme en mi pecho cesó.

—Yo, no lo sé, tengo muchas pesadillas horribles y... Dios, ya no, no soy capaz soportarlo, no una noche más —La forma en la que se ahoga por sus propias palabras, como cruzaba los brazos sobre su estómago queriéndose abrazar, me hicieron comprender lo que ella también estaba sufriendo.

—Eso también lo sé, y en parte es mi culpa. Nunca quise involucrarte en esto.

—¿Qué es lo que sucede? —La angustia se le hizo visible en el rostro, recogió mis manos y las apretó. En ese momento comprendí lo preocupada que estaba por mí también, parecía estarlo mucho más que por sí misma.

—Ahora lo entiendo mejor, solo ansío liberarlas de este lugar.

—¿Hay alguien más?

Temí responder, pero en ese momento le debía toda mi honestidad.

—Todo esto —Le enseñé nuestro caótico alrededor—, por más que cueste creerlo, es obra de Amaro Riccardo y es debido a que vienen por ella, una paciente internada en el subsuelo llamada Alice.

—Solo dime qué puedo hacer.

—No. Quiero que estés a salvo, yo...

—De todas maneras ya estoy involucrada, ¿no es cierto?

Si algo había aprendido como su terapeuta era lo terca que se pondría en esa situación así, por lo que formulé en ese instante una solución más que conveniente para ambas.

—Creo que me vendría bien un par de manos extras.

* *

Detuve el automóvil sobre la entrada del viejo apartamento número quince, tal cual ella lo indicó era el de color verde. Amy lucía hermosa dentro de aquel vestido azul largo, al menos debía ser franco con ello, bajaba cuidadosamente las escaleras del pórtico de entrada probablemente temerosa de que sus zapatos le jugaran un mal rato frente a mí. Tras un poco de esfuerzo logró abrir la puerta del italiano y se sentó acomodando cuidadosamente los pliegues de su vestido.

—André, ¿no tienes puesto tu traje? —cuestionó duramente luego de observarme de los pies a la cabeza luciendo un jean y una campera negra sobre mi camiseta estampada.

Asentí ligeramente con la cabeza, era el momento de ser sincero con ella también.

—Primero debo decirte que lo lamento, en realidad no voy a asistir esta noche —solté apenas pudiendo soportar su rostro incrédulo que de seguro ocultaba algo roto tras de sí—. Pero había prometido que te llevaría y no quería faltar a mi palabra contigo.

—Oh, pues, no es necesario que... Ya sabes.

—Aún hay personas que te esperan allí ¿sabes? —insistí antes de que se negara a ir también.

—Pues, no es lo que esperaba. Es decir, pensaba que ambos podríamos ir y disfrutar de la noche. Juntos —Sus manos retorcieron su pequeña cartera plateada, descargando en ella cosas que de seguro me merecía.

Apreté el volante con ambas manos y estiré mis brazos, sabía de antemano que ella no lo haría para nada sencillo.

—¿Sabes? Sería un desperdicio que todos se perdieran de ver lo radiante que estás esta noche,

podría asegurarte que no te verán de la misma manera mañana —Amy intento reprimir una sonrisa por lo que añadí:— Créeme, se volverán locos.

Por fin ríe con total soltura y esa fue la señal que necesitaba, coloqué la primera marcha y moví el automóvil en dirección a la siguiente esquina, la primera del recorrido hasta el Hotel Rosmary donde sería la velada.

Detuve el automóvil sobre la entrada principal, desde donde una larga alfombra roja señalaba el camino hasta el salón donde se desarrollaría la lujosa cena. Amy aún lucía insegura de bajar y adentrarse por su cuenta, la verdad era eso lo único que no había podido resolver. Pero de repente, alcancé a verlo por el espejo retrovisor a solo unos pasos detrás del vehículo. Me apresuré en abrir la puerta y llamarlo:

—¡Hey, John!

John Smith caminaba en solitario, luciendo un entallado traje gris sobre una camisa bordó desabotonada hasta la mitad del pecho, se detuvo en seco y tras buscarme con la mirada me encontró. —Eres tú, André. Que gusto verte por aquí, pensé que estaría solo toda la velada.

Me acerqué a la acera y estreché su mano.

—Pues bien, entonces tengo a tu compañera ideal.

—¿De qué hablas? —miró de reojo el asiento ocupado del Fiat— ¿Acaso pelearon?

—Es una larga historia y ella no merece quedarse sin una buena compañía ¿Crees que puedas acompañarla solo por esta noche?

—Pues, supongo que podría.

John había puesto la misma cara de incredulidad frente a mi pedido. Miraba como él se acercaba hacia la puerta y me preguntaba si eso no era lo peor que podía hacerle a ella esa noche, quizá estaba forzándola a hacer algo que en verdad no deseaba. Cerré los ojos, pero no puede evitar abrirlos cuando escuché la puerta abrirse. El resto apenas podía creerlo, era algo tan familiar que a duras penas podía asimilar. La mirada de ambos se conectaron sin ningún retraso, John estiró su mano y Amy la alcanzó con total soltura, como si lo hubieran practicado un millón de veces antes. Sus ojos, la curva de sus sonrisas le decían al otro muchas cosas que quizá nunca sabré, pero sin duda sabía que se sentía, pues recordaba haberlo vivido antes con Alice.

—Era verdad. En serio Madeleine acertó —Alcancé a escuchar el murmullo apenas sobre el ruido de la calle.

No encendí de nuevo el automóvil sino hasta que ambos se perdieron dentro del edificio junto con un mar de gente importante. Observé la hora y debatí en mi mente si realmente podría hacerlo, si de verdad valdría la pena hacer una visita antes.

* *

El atardecer caía como el telón de una obra a punto de finalizar, los internados se encontraban preparándose para la cena, todos a excepción de dos, Alice y él. El corredor del segundo piso siempre me había parecido el más inquietante pese a haber estudiado a todos los pacientes que allí se alojaban, sin embargo, quien se internaba en la última habitación siempre había sido un misterio para mí, puesto que nunca había tenido la oportunidad de conocerle. El sonido de la reja deslizándose liberaba el paso, resonaba en un eco seco y definido de la misma manera que el sonido de las

pisadas que le siguieron, las cuales se detuvieron frente a la entrada de la habitación número quince. La última. Llamé a la puerta recordando que muchos recurrieron, al igual que yo, con más preguntas que certezas, algunas más importantes que otras de seguro, pero no podía aventurarme sin antes agotar esa opción. Un ruido mecánico abrió la puerta lo suficiente como para que su huésped, Madeleine Gere, pudiera mostrarse.

—Te estaba esperando —dijo sin prisa—. Adelante.

Madeleine era un hombre travestido, delgado, de cabellos largos y cobrizos, según su expediente de unos treinta y cinco años internado por pedido de una jueza local hace más de media década. ¿Los motivos? Eso era lo que me preocupaba, pues se le diagnosticó síndrome de Renfield. Crucé la entrada contemplando una habitación sobria y totalmente aséptica de no ser por una alfombra purpura bordada con detalles dorados la cual albergaba su cama, inquietantemente ubicada en el centro de la habitación.

—Linda alfombra —solté con más nervios de los que quise transmitir.

—Por favor, toma asiento —dijo cortés en tanto cerraba la puerta.

—No te preocupes lo mío es...

—¿Rápido? —irrumpió molestándome— No, cariño. Esto no se trata de un simple juego de preguntas y respuestas.

—Entonces dime las reglas —apresuré.

Madeleine levantó un dedo de cada mano.

—Una sola pregunta, una única respuesta. Un pago, una oportunidad. Eso es todo, cariño.

Si recordaba lo que había escuchado antes de Amy, sabía que esto no iba a ser fácil y quizá tampoco agradable dado su prontuario, pero si la respuesta era de fiar podría ayudarme.

—Antes quisiera saber qué es lo que Amy, una de las enfermeras, quiso saber —inquirí simulando duda.

—Amy, la doncella del hospital. Muy bella, ¿no lo crees? —soltó sobreactuando palabras melodiosas, pero luego se detuvo frente a mí— Oh, es cierto, tú ya tienes a una doncella esperando. Sus palabras revelaron que en efecto esto no sería para nada sencillo, quizá en verdad los dichos y rumores la precedían.

—Quisiera saber qué le has dicho, después de todo, también me involucraba, ¿verdad?

—Es cierto, ella quería saber si contigo encontraría al amor correspondido. Pues le he dicho que sí.

—Eso es mentira.

—Cariño, si vuelves a cuestionarme tendrás que retirarte y nunca más volver.

Solté un suspiro, lleno de molestia, pues en cierta manera debía admitir que en cierto modo conoció a John a través de mí. Sus palabras eran cuanto menos ambiguas y su videncia de seguro también lo sería.

—Está bien. Entonces quiero hacer una pregunta.

Madeleine se giró hasta un estante a sus espaldas y tomó de él una caja de madera, de la cual extrajo con delicadeza una copa de cristal y un pequeño abrecartas, me las entregó e indicó:

—Solo un poco de tu sangre. Es mejor que lo hagas de tu brazo menos diestro.

Preguntarme ¿qué rayos estaba haciendo? Ya no servía de nada, no a esas alturas y ante el panorama que se avecinaba. Ver la pequeña cuchilla abrir mi piel y la sangre caer dentro de la copa me revolvía el estómago, y mucho más si apreciaba el rostro de Madeleine, sus labios se humedecían y sus ojos adquirían un brillo perturbador mientras sucedía. Dirigí la mirada hacia el suelo mientras le

entregaba la copa y envolvía mi herida con un pañuelo. Sin embargo, no pude resistir la tentación y observé. El éxtasis deformaba sus facciones y retorció su cuerpo, cada gota que ingería parecía potenciar un momento fugaz que ella intentaba disfrutar en su totalidad.

—Muy bien, cariño. Puedes hacer tu pregunta.

Lo mío era muy sencillo, pues solo había algo que ayudaría en ese momento.

—¿Cómo puedo detener al Padre de las Pesadillas?

Madeleine soltó una risilla en tanto depositaba la copa sobre una mesa de luz a su lado.

—No puedes hacerlo, cariño. Nadie puede hacerlo —De repente la impotencia me invadía al igual que un sentimiento de estafa—. Quieres tratar con cosas más antiguas que el tiempo, cosas que están fuera de tu alcance mortal. Necesitarías de algo sobrenatural, quizá.

—Entonces, ¿cómo...?

Madeleine posó su índice sobre mi boca.

—Solo una pregunta.

Retrocedí un paso, abatido y desilusionado. Al fin y al cabo había malgastado mi única oportunidad.

—¡No! No es suficiente. Necesito detenerlo de alguna manera, tengo que protegerla.

—Creo que tienes un don para hacer las preguntas erróneas ¿no crees?

Nuevamente me sentía molesto, de alguna manera los pacientes en este sitio parecían saber más sobre mí que yo mismo. Caminé hasta la puerta, pero me detuve justo antes de cruzarla.

—No quiero una respuesta entonces —Giré hasta ella y agregué—. Dame solo la pregunta correcta.

Madeleine soltó una sonrisa que parecía divertirla mucho.

—Nos sorprendiste esta vez —soltó resignada—. Ella acepta.

—¿De quienes hablas? —pregunté mientras escudriñaba nuevamente la habitación.

—Déjame contarte una historia, cariño. Hace muchos años no solía ser tan hermosa como lo soy ahora. De hecho, aunque cueste creerlo, hasta llegada mi adolescencia seguía siendo un chico normal. Pero un día las cosas empezaron a surgir para mí, deseos, anhelos... Ya te imaginarás. Pero a mi hermano mayor eso parecía enfurecerlo —Madeleine cruzó la habitación y se soltó sobre su cama antes de continuar—. Un día Amelia, mi abuela y la vidente de la ciudad, falleció debido a su edad. ¿y adivina qué? Apareció en mis sueños proponiéndome que si lo deseaba estaría siempre conmigo, enseñándome y protegiéndome. No hizo falta que le respondiera y ella mucho menos lo esperaba, pues al día siguiente...

Su mirada me lo pedía y continué:

—Tu hermano quiso matarte —Era el primer incidente que resaltaba en su historial.

—Así es, fue durante un arranque de ira tras verme travestida por primera vez. El forcejeo de la pistola que, irónicamente guardaba mi padre para protegernos, me benefició y él terminó muerto sobre mí. Sin dar crédito respecto a su suerte sobre la mía, soltó su último suspiro sobre mi rostro. Incluso pude sentir su fría existencia desvanecerse sobre mi piel. El resto fue solo el pago que debía darle a mi abuela por su advertencia a tiempo, la que me permitió sobrevivir.

—Su sangre.

—Así es como nos ganamos la vida y como aún lo hacemos, cariño. Solo que alguien no estuvo contenta con su respuesta y esa jueza con toda su burocracia nos confinó a este sitio. Sin embargo, algunas veces aparecen personas que nos resultan más que interesantes y tú nos has demostrado ser una de ellas.

—¿Entonces...?

—No te ilusiones. ¿Quieres preguntas? Entonces pregúntate qué es lo que tienes en común con ella y, a la vez, qué es lo que los diferencia. Pregúntate que posees fuera de este mundo para enfrentar algo de la misma naturaleza.

—No lo comprendo, yo...

—De eso se trata, cariño —volvió a interrumpir—. Ahora vete antes que se haga más tarde.

Día 17: La última noche.

Todos los actores aguardábamos en nuestro sitio como si nos hubiésemos propuesto seguir un guion cuidadosamente escrito y ensayado, la obra de algún autor desquiciado. Mi papel lo había cumplido, siguiendo al pie de la letra una rutina cutre que me había impuesto frente a todos una decena de veces, aunque el día que terminaba parecía indicar sería la última vez que lo haría. La densidad en el aire era palpable ni bien se cruzaba la entrada y no solamente sucedía conmigo, se podía percibir reflejado en los rostros de cada persona que convivía en el hospital, sin distinguir la cordura o la locura que poseían. Amaro había cumplido con parte de su amenaza y parecía que no se detendría hasta dar con Alice, aunque tuviera que dañar aún más a las personas de este lugar.

Mis piernas dejaron de temblar cuando al fin el reloj de mi móvil marcó poco más de las siete de la tarde, el resto del personal que no participaba de la fiesta entraba por fin en sus tareas mínimas de guardia y mantenimiento. Según había calculado solamente habría dos pares de guardias en la entrada principal y la salida de emergencia, y poco más de tres enfermeras distribuidas para todo el hospital, sin dudas Amaro había escogido el momento más débil para ultimar todo ello. Era también el momento adecuado para comenzar a moverme. Me aseguré que todo el personal de limpieza hubiera liberado el almacén antes de poder ingresar, lo hice sintiendo miedo por el mismo ruido que producía mi corazón con cada latido, su eco en mis oídos sonaban como pisadas desenfundadas tratando de alcanzarme. Quité la rendija del ducto y tras un suspiro pesado entré de nuevo. Si bien extrañaba mucho a Alice, no podía terminar de explicarme los motivos por lo cual hacía eso, ella era algo más que única y especial. Su solo recuerdo significaba mucho para mí. Aun así, mientras más me adentraba hacia lo profundo, más cerca me sentía de encontrar lo que buscaba, como si algo de mí se reflejara en ella. La pregunta que Madeleine propuso aterrizó nuevamente en mi cabeza solo trayendo más interrogantes, pues no entendía cómo responder sin sentirme un imbécil. Me aseguré reiteradas veces de que el lugar siguiera solitario, siempre lo estuvo, pero no podía descuidarme, pues ignoraba que tanto podía acercarse Amaro a ella.

—¿Estás allí, Alice? —susurré estúpidamente tímido, como un niño en casa ajena.

—¿André? ¿En verdad eres tú? —Rápidamente Alice se asomó por la ventanilla mientras sus ojos cristalizados se ampliaban al verme.

No era capaz de describir lo bien que me hacía verla de nuevo, era más de lo que podría haber imaginado. Sus iris de pronto comenzaban a ganar brillo mientras una leve sonrisa resaltaba ligeramente por encima de la pequeña abertura.

—Estoy de vuelta —La tomé de sus delgadas manos mientras se aferraban a los barrotes—. Está vez vengo a ponerle fin a todo, quiero que seas libre de verdad.

—Confiaba en que regresarías, que lograrías sincerarte contigo mismo.

Alice me estaba dando demasiado crédito, pues todavía no lo tenía del todo claro, solo entendía que no podía quedarme de brazos cruzados o seguir dudando, debía actuar.

—Escucha con atención, Amaro está haciendo estragos sobre todos aquí y no piensa detenerse a menos que te entregue a él.

—Rayos, no. Es mi culpa, sabía que algo malo estaba pasando, pero nunca pensé que...

—Eso no importa ahora —Tomé a Alice por sus mejillas sintiendo que mi cuerpo se desarmaría con su tibieza, pero debía mantenerme firme—, porque pienso terminar con él esta misma noche.

—¡Es muy peligroso que te enfrentes a él! No tienes que hacerlo, no quiero que lo hagas.

—Solo quiero pedirte algo, solo una cosa. Mírame bien —Le pedí y sus ojos se ajustaron a los míos—, quiero que me recuerdes así, compartiendo contigo la misma locura que nadie más comprende.

Retrocedí un paso a la vez, lento, ya que ni yo mismo quería dejarla. Alice sostenía mis manos con firmeza y se negaba a soltarlas, pero debía hacerlo con todo el dolor que me provocaba.

—¡André, espera!

Retomé nuevamente por el ducto, esta vez colocándome la joya de Thomas Law que había quedado en mi poder y sabiendo que al momento de salir no sería la misma persona, debía ser cuidadoso y rogar que Amaro cayera en mi improvisado plan. Para cuando retornaba al almacén de limpieza sabía que nada de esto tendría vuelta atrás, entreabrí la puerta de salida, lo suficiente como para cerciorarme doblemente que no había nadie que me pudiera observar y salí arrastrando mi espalda por las paredes de los pasillos. Llegué al patio interno, luego crucé su césped hasta guarecerme en el frondoso árbol el cual me abrazó con su densa sombra. De alguna manera sentía que miles de ojos pendían sobre mí, los sentía mirándome desde cada rincón y cada escondite, pero a la vez solo había alguien que observaba realmente.

—¡Vamos! ¿Qué te sucede? —Pensaba para mis adentros cuestionándome si no le habría dado demasiado crédito a ese mal nacido.

Esperé un par de minutos mientras repasaba el recorrido hasta mi poca convencional salida, cuando de repente el hospital se hundió bajo un ambiente totalmente denso, asfixiante y de lo más espeluznante que jamás hubiera sentido antes, los bellos de mi nuca se erizaban y mis músculos se retorcieron. Las lámparas parpadearon intermitentes hasta que se apagaron cediendo a los matices azulados de la incipiente noche, algunos gritos, golpes y sollozos le acompañaron desgarrando el aire oscuro y lúgubre que reinaba en el hospital. Podía observar el movimiento de todo el personal de guardia acudiendo a las habitaciones con linternas, aunque de seguro no iban a dar abasto, luego de ello resonó el eco de un solo estruendo que parecía venir del mismo infierno. Esa era la señal de Amaro, en efecto una trampa que él mismo había preparado para cubrirse.

Día 18: Pesadillas en el hospital.

No perdí el tiempo en quedarme a contemplar ese panorama tan dramático, lleno de gritos desesperados y ruidos secos. Con la misma cautela y sigilo me adentré de nuevo en el hospital, cubierto bajo las enormes sombras por más que estuviera prácticamente desolado, aunque seguramente solo lo estaría hasta la puerta de ingreso la cual era fuertemente custodiada por un par de guardias.

Tanteaba las paredes de las escaleras ya que la mayoría de las luces de emergencia estaban fallando, solo la pobre luz del atardecer que estaba muriendo para ese momento atenuaba la oscuridad y ayudaba a guiarme por el ascenso.

—Solo un poco más —me alentaba mientras la oscuridad le recordaba a mi cuerpo las desagradables sensaciones que le despertaba aquella pesadilla en el bosque.

El pasaje que supo acoger al doctor De Montecarlo se hallaba silencioso y bajo penumbras sospechosas, se notaba eterno, retorcido, algo excepcional se estaba sucediendo y apenas lo podía explicar. De pronto ya no parecía tan seguro ese sitio, pero debía continuar si deseaba darle fin a eso. Crucé las primeras habitaciones mirando por las ventanas de sus puertas sin encontrar nada más que la negrura acompañando la inquietante soledad, lo mismo sucedió con la habitación siguiente y las que le siguieron. Algo no marchaba como me lo esperaba, de repente el hospital se notaba en calma y desocupado, cuando me percaté los gritos habían cesado repentinamente en algún momento. Era como si de pronto todo este lugar se hubiese dormido, o más bien, se hubiese convertido en una pesadilla tenebrosa. Continué forzando mis pies lentamente, crucé la habitación número cinco notando ausencias para mi tranquilidad. Exhalé y de inmediato cerré mi boca ya que podía parecer muy propio de mí, continué avanzando hasta llegar por fin a la séptima puerta. Alargué mi mano y empujé con cuidado la entrada sintiendo un rechinado espantoso que viajaba por la oscuridad, cada centímetro que se abría mi pulso se multiplicaba junto con mis miedos. Prácticamente sentía que mis latidos no dejaban escuchar nada. Forcé un pie hacia la izquierda y luego el otro, más allá de la entrada y dentro de la habitación, siempre con la vista puesta en la ventana abierta la cual revelaba como la incipiente luna se alzaba sobre el horizonte rojizo y la libertad que podía alcanzar tras ella. Solo debía empujar las rejas derruidas hasta desprenderlas y bajando por el enorme árbol seco que creció a un lado de esta, era sí de fácil. Hice un par de pasos más, pero nada se sucedió; no estaba funcionando, quizá debía volver a salir. Giré sobre mis talones y de inmediato sentí sus dedos enredándose en mi cuello y empujándome contra el piso sin poder resistirme. Su cuerpo se presentaba difuso y de color negro, sus brillantes dientes perlados resaltaban una exagerada sonrisa macabra, sin embargo, sus ojos no alcanzaba a verlos por más que supiese de sobra que derramaban victoria sobre mí.

—Escapaste de nosotros dos veces, pero no habrá una tercera —dijo con el mismo tono cavernoso que me intimidaba en mis pesadillas.

Soportando todo el dolor que provocaba y con mi vista oscureciéndose junté todas mis fuerzas, levanté mis pies y los coloqué en su vientre. Empujé tan fuerte como pude sintiendo su cuerpo levantarse, sabía que su fuerza era inhumana, pero no dejaba de ser un cuerpo normal. Amaro giró sobre mí y se desplomó sobre el suelo, justo a un lado de la cama que había visitado unas horas

antes. No me solté y por esa razón terminé sobre él.

—Sorpresa —Alcancé a pronunciar en tanto me quitaba el anillo de mi índice izquierdo, aquel que le perteneció a ese ser que reemplazó al señor Law. Ya no poseía la forma de Alice, quien fue la última en tocar ese anillo; había vuelto a ser yo mismo frente a los demás.

—¡No! —exclamó Amaro, esforzándose por quitarme de encima, pero resistí con todas mis fuerzas pudiendo respirar al fin—. ¡¿Dónde está Alice?!

—Te engañé y ahora vendrás conmigo a otro lugar por siempre.

Si era una locura pensar que funcionaría ya no importaba, debía confiar en que así sucedería y que por fin alejaría al Padre de las Pesadillas y a Amaro de Alice, aunque eso también significaría lo mismo para mí. Con rapidez esquivé sus brazos y alcancé a usar mi mano para extraer desde debajo de la cama aquella reliquia que dejó el doctor, una pieza exótica formada por engranes cobrizos, cubierta de inscripciones, figuras geométricas dispuestas como un complejo rompecabezas y una gema verde incrustada; era todo lo que necesitó De Montecarlo para hacer sus viajes. Lo coloqué rápidamente sobre su pecho soportando el intenso forcejeo, sus golpes e intentos de levantarse, y de inmediato lo activé tal cual me había enseñado, moviendo el último engrane central. Aquello era aterradoramente sencillo, pero para mí se sucedía lentamente, pues lo habíamos alterado junto con el doctor para que nunca seamos suplantados por nuestros “yo” de la siguiente dimensión, solo nos perderíamos en el vacío absoluto por toda la eternidad mientras nuestros cuerpos quedarían aquí, como cascarones sin vida. Nos convertiríamos en auténticos muertos vivientes.

—Di adiós, infeliz—sentencié.

De repente la reliquia adquirió una suerte de textura extraña. No, más bien comenzaba a vibrar, las paredes se movían en una repetición infinita y la habitación completa dejaba de tener lógica, se comenzaba a desarmar y rearmar como una ilusión espacial sin fundamentos, sin arriba o abajo, sin distancia o volumen, sin tiempo ni espacio definido.

—Es nuestro fin —musité sabiendo que no podría volver nunca más, que Alice solo se convertiría en un recuerdo que atesoraría por siempre, deseando que lograra volver a ese lugar que la hizo tan feliz. Apagué mi vista y resigné mi propia existencia en pos de su felicidad.

Pero de repente, resonó esa risa de nuevo. Observé a Amaro con semblante lleno de una confianza que confundía. ¿Acaso no quería admitir su derrota? ¿O tal vez...? Para cuando me percaté nada había cambiado, desde el momento en que me tomó por el cuello nada sucedió. En realidad todo había sido fruto de otra de sus malditas pesadillas.

—¿Creíste que era un tonto? —Amaro sostenía con su otra mano el anillo que perteneció al ser que suplantó a Thomas Law —Ya me cansé de ti y tu patético intento de salvar a esa niña. Alice es nuestra.

Una fuerza superior a la que había mostrado me estampó otra vez contra el concreto, oía que algo se me rompía, perdí el aire y por poco le pasaba lo mismo a mi consciencia. Mis fuerzas me abandonaban, el dolor subiendo mi espalda no permitía moverme o respirar bien, había jugado todas mis cartas, aunque al final de nada sirvió. Solo restaba una última cosa por hacer.

—Púdrete imbécil —escupí frustrado con mi último aliento, tosiendo, intentando ganar algo más de tiempo, algo que Amaro respondió con un puntapié sobre mi vientre que de nuevo me dejaba al borde de desfallecer.

Era realmente patético, eso fue todo lo que pude hacer. Solo podía albergar en mí la esperanza, la convicción que para ese momento Rebeca hubiese podido llegar al sótano, liberar a Alice y escapar

ambas tan lejos como les fuera posible. Sentí otro golpe sobre mi costado, pero fue leve, en realidad ya casi no sentía mi cuerpo, solo me adormecía soñando con que ambas estarían bien y deseando que nunca las encontrara de nuevo.

—¡André! —llamó alguien trayendo mi consciencia de nuevo a la realidad, pues pude reconocerla junto con el pánico de hacerlo en ese lugar.

Levanté mi cabeza con dificultad, estaba mareado pero lo suficientemente lúcido como para entender qué pasaba. Alice corrió a mi lado en tanto Rebeca aún empujaba el cuchillo incrustado en la espalda de Amaro, no parecía que fuese a penetrar más, pero ella empujaba con rabia y desesperación. Debía ponerme de pie como fuese, fui un completo idiota al pensar que ambas se marcharían, quizá pude haber convencido a Rebeca, pero no había manera de hacerlo con Alice.

—¡Váyanse de aquí! —Como si pudiera hacerlas cambiar de opinión grité con todas mis fuerzas, aunque sonó pobremente audible.

Amaro escasamente se notaba afectado por esa puñalada mortal, más bien le debió parecer una simple molestia. Volvió hasta ponerse frente a Rebeca quien no parecía inmutarse ante él en lo absoluto, ambos mantenían sus miradas desafiantes, solo que en ella podía observar algo distinto que no alcanzaba a descifrar. Sin dejar de observarla dobló su brazo de forma anormal sobre el hombro y logró extraer el enorme cuchillo de cocina, sin el menor atisbo de dolor o molestia. El resto se sucedió tan rápido que podría haber contado mis latidos con los dedos, aunque en realidad fue más pronto que eso. Amaro se abalanzó sobre mí apuntándome con esa hoja de acero teñida en rojo, cortaba el aire sin oposición rumbo a mi pecho, a duras penas logré empujar a Alice tras de mí luego de un pequeño forcejeo. No pude hacer nada más, pero me alcanzaba si eso significaba protegerlas a ambas, iba a sostener sus manos hasta que mi vida se extinguiera en las suyas y más aún con tal de darles tiempo para que se pusieran a salvo. Aguardaba la estocada, aunque no sucedió así. Un grito ahogado fue lo único que sentí, luego el peso de Rebeca desfalleciendo en mis brazos mientras se sostenía la herida mortal en su vientre. El cuchillo la encontró en su camino.

—No... —lloré impotente en tanto Alice se colocaba frente a ambos.

—Es a mí a quien buscas, déjalos ir y llévame —exigió decidida con un nudo en la garganta.

—¡No, Alice! Ya basta.

—No tienes idea del tiempo que esperamos solo para este momento —sentenció Amaro relamiéndose como una bestia salvaje. De pronto pareció que una luz oscura hubiera entrado en sus ojos.

Sin embargo, escasamente nos dimos cuenta de algo tras aquella escena, o más bien de alguien. Por la esquina de mi ojo, bajo la entrada de la habitación, observé un hombre de traje tan negro como la noche que nos cubría, su vista yacía oculta tras la sombra que proyectaba su sombrero de copa en el mismo tono. Amaro ligeramente consiguió girarse cuando de pronto su cuerpo se vio retorcido por una ondulación en el aire que estremeció los vidrios hasta romperlos, salió despedido hasta impactar contra el muro y colapsó inconsciente sobre el suelo.

—¿Tú...? —Titubeó Alice mirando a ese hombre quien lentamente caminaba hacia mí.

—¿Quién eres? —No me respondió, pero Alice giró a verme mostrando su rostro humedecido y tapando su boca, como queriendo retener aquella dolorosa respuesta.

—Ya es hora —sentenció con voz neutra.

Era fácil de entender, con sumo dolor oprimiendo mi pecho lo comprendí; Rebeca lo había logrado. Contemplé la sangre empapando el piso y saturando su vestido, luego me detuve en sus ojos y

distinguí en ellos el mismo resplandor que tenía hacía un instante, no se había desvanecido, tampoco parecía estar sufriendo por aquella estocada mortal, sino más bien como si estuviera a punto de rendirse ante el sueño eterno que tanto añoró. Su mano tembló sobre mi mejilla la cual no tardé en sujetar con firmeza, como si eso impidiera que se fuera para siempre. Entendía que deseaba la libertad para ella, pero aun así era doloroso y más sabiendo que lo hizo con tal de salvarme. En verdad no sentía que se marchara, sino más bien que me la habían arrebatado.

—Duerme, Rebeca. Es hora que vayas a donde perteneces —dije sin poder retener mis lágrimas amargas.

—Y tú despierta, André.

El peso de su cuerpo aumentaba sobre mi regazo, seguía igual de fría, pero esta vez estaba en paz. En ese momento aquel hombre posó una mano sobre mi hombro y se esfumó junto con el último aliento de Rebeca.

—Se suponía que nada le iba a suceder —me reproché en voz alta—. Que podrían escapar de aquí, quizá llegar a un nuevo hogar. No se suponía que esto pasaría —Golpee el suelo con mi mano descargando ira y remordimiento mezclados.

—No sientas que esto fue culpa tuya, André. Ella encontró en ti una razón para vivir, amar y morir, nadie debería marcharse sin antes conocer el amor verdadero.

Alice se arrodilló por detrás y con un abrazo intenso rodeó mi cintura, sentía que era más de lo que merecía, pero aun así me contenía en aquel momento tan doloroso. Sin embargo, sabía de sobra que no había tiempo para ello.

—Tenemos que marcharnos, Alice.

Para cuando giré a ver el cuerpo de Amaro advertí que él ya no se hallaba allí ni en ningún lugar en la habitación. Un sudor frío acompañó el miedo arrastrándose por mi espalda mientras un jadeo que tan bien conocía se repetía sobre mi hombro, volteé para advertir a Alice, pero ella solo alcanzó a estirar sus brazos vanamente, intentando resistirse mientras era arrastrada con violencia por ese maldito ser que acababa de engañarnos. De inmediato dejé el cuerpo de Rebeca en el suelo y me apresuré en seguirlo, pero mi cuerpo se detuvo abruptamente sobre la entrada contemplando un pasillo completamente vacío, como si ambos hubieran sido engullidos por la oscuridad. ¿Qué se suponía debía hacer? Pensé abatido, pues ese ser se hallaba con fuerzas más allá de mi entendimiento, mientras que yo era un completo inútil que ni siquiera fue capaz de protegerlas. Quizá yo mismo no bastaba para enfrentarlo, quizá necesitaba pedir ayuda por más que me tildasen de loco. —Imposible —me reprochaba, pues podría lastimar a cualquiera que se acercase a él o terminar con Alice antes que se la arrebataran.

* *

El panorama era de lo más absurdo que pude haber visto en aquel lugar, mucho más allá de lo que pude haber imaginado si quiera. Recorrí todos los pisos del hospital y en todas las habitaciones había hallado lo mismo; pacientes, enfermeros, médicos y guardias dormidos; ocasionalmente algunos de ellos lloraban, gritaban o forcejeaban con los ojos entrecerrados, sumidos en un sueño angustiante del cual no los podía sacar pese a todo lo que intentara. Nuevamente Amaro hacía gala de su abrumante poder sobre todos y con tal de tener a Alice, sostenía mi cabeza con ambas manos

desesperado de no saber qué hacer.

—¡Maldito! —Grité entre las penumbras de la recepción, a solo unos pasos de la entrada al sub
suelo la cual se encontraba abierta, como una invitación, un desafío que me acobardaba en aceptar.

Día 19: La brisa que siempre me acompañó.

Frente a aquella tétrica entrada, paseándome en círculos de lado a lado, empezaba a perder frente a la desesperación. Ya no quedaba tiempo ni esperanzas. Estaba más que seguro, Amaro tenía a Alice en su habitación cual presa de una bestia salvaje y, aunque estaba más que dispuesto a entrar, solo me detenía la incertidumbre. ¿Acaso no había nada más que pudiera hacer? No quería cometer otro error fatal, pero cada segundo que pasaba ella podía estar en mayor peligro o incluso ser muy tarde. En aquel dramático momento no sabía qué pensar, al punto que esa situación se me hizo familiar en algún modo. No tenía tiempo para otro *deja vu*, no podía ceder a las evasivas de mi cerebro, no en ese momento. Pero esa sensación insistía y se volvió más clara, adoptando la forma de una idea:

—Los libros de papá —Se deslizó por mi mente de pronto.

De todos los libros que leí de él, existía uno en particular que me gustaba hojear en las noches de tormenta bajo mis sábanas. Apenas recordaba su nombre, pero en sus últimas páginas el protagonista se enfrentaba a su mayor desafío frente a un adversario abrumadoramente superior, quien resultó ser su propia contrapartida y se alimentaba de sus propias inseguridades y miedos. Si tan solo pudiera saber cuál era el punto débil de Amaro quizá podría hacer algo, como en aquella historia. De repente sentí una brisa tibia rozando mi mejilla, como tranquilizándome, relajando mi cuerpo tieso y logrando que soltara el aire que retenía en mi pecho. Fue entonces que razoné de la misma manera que lo hizo aquel pequeño personaje, pues algo coincidía si lo comparaba con aquella historia. Contemplé mi alrededor y cada detalle que apreciaba parecía reforzar más aquella teoría que surgía. Amaro siempre fue capaz de vigilarme a través de los ojos de aquellos internados menos lúcidos, pero en ese momento todos estaban dormidos y no creía que fuese porque ya no era una molestia para él, todo lo opuesto, estaba aún resuelto a detenerlo. Las lámparas titilantes y el sueño en todos menos en mí, el haberse escondido en su habitación, la puñalada que recibió, el golpe de aquel espíritu... su *modus operandi*.

Corrí apresurado, no podía seguir dándome el lujo de perder tiempo, salté los escalones, tropecé un par de veces y continué hasta regresar a la habitación siete del primer piso. Ver otra vez a Rebeca revolvía nuevamente la culpa y la amargura en mí, pero tampoco tenía tiempo para seguir lamentándome por mi estupidez, debía hacer que su muerte no fuese en vano. Tomé la sábana que vestía el colchón de la cama y con ella cubrí su cuerpo.

—Eres un tonto, André —me dije a mí mismo como si fueran las palabras de Rebeca—. No es lo que ella hubiese querido que hicieras.

Recogí nuevamente la reliquia pensando en aquel reproche y me lancé nuevamente a la carrera.

* *

Golpeaba mis codos y rodillas con el apuro que tenía por llegar lo antes posible, saqué la tapa final del ducto habiendo llegado al sótano donde, como era de esperar, la vieja puerta de la habitación de Alice se hallaba abierta. Incluso aún con el manajo de llaves colocado. Respiraba irregular, rápido, mi pulso desenfrenado me ensordecía, intentaba sacar todo mi aire a fin de tranquilizarme un poco, pues necesitaba de todos mis sentidos alerta en aquella situación. De repente, a punto de cruzar la

entrada hacia la habitación resonó un grito horrendo tan fuerte como para hacerme palpar los tímpanos, helar mi sangre y detener mis piernas. No pertenecía a Alice, repetía para no desesperarme aún más, pero sin duda fue algo sobrenatural. Una serie de gritos más bajos le siguieron, se oían retorcidos y sin sentido, incapaz de asociarlo a cualquier criatura que alcanzara a imaginar. Recogí las llaves y continué caminando, sentía bajos mis pies el piso acolchonado de aquella habitación, encendí la linterna de mi móvil y contemplé posible la razón por la cual Alice estaba segura en ese pequeño lugar. Sus cuatro paredes estaban pintadas o rasgadas, ilustrando decenas de imágenes poco detalladas, pero que no podía dudar pertenecían al bosque donde ella había crecido. En cada una se observaban las maravillosas criaturas que existían y que de seguro conoció, y escondidas en todas esas referencias podía reconocer varios símbolos que parecían pertenecer a una lengua cuanto menos extinta. Luego de unos pasos más llegué al otro extremo donde hallé una puerta más, extrañamente se notaba algo menos añeja, probé casi todas las llaves, hasta que una giró destrabando el mecanismo con facilidad. Del otro lado descubrí un amplio corredor ligeramente alumbrado por las lámparas que mermaban su potencia de a ratos, luchando por seguir encendidas y no morir bajo aquel poder oscuro. Me ponía los pelos de punta de solo pensar que Amaro siempre estuvo tan cerca de Alice, empezaba a cuestionarme si realmente hice bien en sacarla de su pequeño lugar seguro, aunque también era real que si no lo hacía quedaría aquí quizá por siempre a su merced.

—¡Amaro! —Grité con todas mis fuerzas esperando en el extremo del pasillo.

No escuché respuesta alguna, las paredes devoraron el eco. Solo reaccionaron las luces parpadeando rápidamente para luego sentir un alarido seco, algo menos fuerte que el anterior, aunque él seguía sin aparecer.

—¡Amaro! —volví a desafiarlo.

Esta vez emergió de la habitación que estaba en el lado opuesto del corredor. Se notaba recto, de presencia imponente y densa como nunca la había sentido rodeándolo. Enviciaba el aire con un aroma que sentías en la piel, erizándola tanto que hasta dolía. Gruñó apenas, colocó su índice sobre sus labios y luego su lengua emergió impaciente. Giró para retornar a su habitación, pero de inmediato me acerqué un paso más.

—¡Amaro! ¿Vas a dejar que él te la arrebathe? —Redoblé mi apuesta sintiendo un temblor sobre ambas piernas que se preparaban para lo que se avecinaba— ¿O acaso vas a huir?

Él se detuvo y volvió hacia mí, sostenía su cabeza con ambas manos, jalaba de su cabello y respiraba enfurecido mientras chirriaban sus dientes, pero de golpe sacudió su cabeza y adoptó una postura agazapada. No lo pensé ni un segundo cuando me abalancé sobre él, no importó el peligro, el miedo o el dolor que me había dejado, pues por fin algo era diferente en él. Amaro saltó sobre mí extendiendo sus manos en dirección a mi cuello, de la misma manera que supo hacerlo con sus anteriores víctimas, pero en el último instante me deslicé sobre el suelo pasando por los pelos bajo él, de nuevo sobre mis pies corrí desesperado hasta su habitación. En ella descubrí a Alice desfallecida sobre una cama en la inmensidad de aquella habitación, no pude respirar sino hasta ver su pecho moverse.

—¡Alice! —grité en vano, pues ella se encontraba en el mismo sueño que el resto.

Volteé y de inmediato esquivé un golpe de puño que se estrelló sobre la puerta sacándola de sus bisagras, perdí el equilibrio y caí de espaldas, teniéndolo tan cerca no podía levantarme, solo me limité a arrastrarme hacia atrás hasta chocar contra el muro. Amaro se acercaba triunfante, con un andar lento y decidido, sin ningún apuro en ultimarme.

—Ya todo se acabó, debiste huir de mí cuando tuviste la oportunidad.

Su debilidad parecía hacerse presente, ya no se mencionaba como ambos, sino solamente él. Debía seguir presionando hasta traer a “Amaro” totalmente de vuelta, al asesino que posesionó el Padre de las Pesadillas.

—Dime, Amaro, ¿también sientes mi miedo?

Esa sola pregunta había logrado quitarle cualquier pizca de tensión a su cuerpo, sentía su gozo en aquella sonrisa petulante y me daba una ventana, pequeña, pero otra vez veía luz al final de ella.

—¿Es el mismo miedo que sentías cuando tu padre te golpeaba? —Arriesgué en el momento que toda mi suerte se terminaba.

Esas palabras lograron traerle horrendos recuerdos grabados tras sus ojos y en su cuerpo que se quedaba paralizado, de seguro rememorando terribles escenas que nunca conoceré. Como un resorte salté sobre él, tomé del bolsillo de mi bata la reliquia que ocultaba en tanto notaba su gesto incrédulo, incapaz de reaccionar. Sin embargo, mi propio cuerpo me traicionaba esta vez. Como si un rayo atravesara mi espalda, sentí un dolor agudo y una parálisis que no me permitió tener la rapidez que necesitaba para terminar mi jugada; el Padre de las Pesadillas nuevamente tenía mi cuello entre sus manos.

—Maldito —entre dije con el poco aliento que me restaba.

—Buen intento —reconoció con una expresión macabra apoderándose de su rostro—. Por tu culpa tuve que poner a dormir a ese llorón que no es capaz de terminar lo que empezamos.

Con aquel rostro triunfante, aquel que tanto odiaba, no alcanzaba a entender si se trataba de una de sus pesadillas o si lo que estaba sucediendo era real, pues apretaba con fuerza descomunal y parecía no se detendría hasta separar mi cabeza del cuerpo. Mi vista se oscurecía y un pulso continuo era lo único que escuchaba en esos últimos instantes, me moría solo pensando en qué sería de ella, estando a mi lado. Tan cerca de volver a ser libre y sin embrago...

—Alice...

* *

Producía un cosquilleo. Esa oscuridad no solo no permitía ver nada, también apagaba mis demás sentidos y me dejaba sumido en la nada. Solo alcanzaba a reconocer mi existencia etérea. Pero esa sensación que me acariciaba producía un cosquilleo. Recorría lo que debería ser mi cuerpo, de a momentos se notaba suave y a veces se desenfrenaba, como si se tratara de un ser vivo envolviéndome. No era la primera vez que la sentía, de eso estaba seguro, aunque costaba mucho trabajo recordar de dónde. Lentamente las imágenes del pasado se reconstruían frente a mí y me contestaban, pues empezaba a reconocer esa sensación. La primera vez que llegué al hospital, la forma en que encontré a Alice, la misma que se llevó una evidencia frente al investigador Chicot, quien me alerto de Rebeca la vez que subió a la azotea; estaba presente en todos esos momentos y en muchos más.

Mi cuerpo entumecido comenzaba a despertar, mis sentidos estaban funcionando, pero a mi mente aún le costaba descifrar lo que sucedía a mi alrededor. De repente, lo entendí tras ver aquella escena tan impactante frente a mí. No era una locura y difícilmente se trataba de una pesadilla, al menos no para mí, pues la persona que me guio y protegió todo este tiempo lo hacía de nuevo. Alice estaba

frente a mí, el viento se arremolinaba en torno a ella tan rápido que parecía que no le faltaba mucho para elevarla del suelo, ella definitivamente tenía el control de manera consciente, ya no tenía miedo. Algo más allá, el Padre de las Pesadillas con gritos apagados luchaba por mantenerse erguido frente a la “Heredera del Viento”, quien descargaba toda su furia sobre él. Era diezmado producto de ráfagas de aire tan rápidas que golpeaban con la fuerza necesaria como para agrietar muros, estallar vidrios y las lámparas, pero no la suficiente como para derribarlo de una vez por todas. Podía verla agitada y temblando, aunque no era capaz de descifrar desde cuándo estaba atacándolo, aunque sabía de sobra que ella no podría someterlo por mucho tiempo más y debía actuar. Costaba demasiado, pero aun así logré empujarme con mis rodillas hacia arriba, aunque solo para ser instantáneamente lanzado contra el muro fruto del remolino que se sucedía. Me desplacé apenas pudiendo mantener mis ojos abiertos y arrastrando la espalda, debía soportarlo a cualquier costo, pues ella también estaba dándolo todo por mí. Por nosotros. Comprendía que ella, de seguro sin saberlo, me protegió desde el día que llegué a este sitio y quizá desde mucho antes, pues recordaba sentir aquella brisa acariciando mis mejillas húmedas el día que mi padre murió; ella me había elegido para compartir nuestras locuras. Entendía lo que nos unía y lo que nos hacía falta, el por qué nos necesitábamos. Ella había sufrido mucho y no quería que siguiera pasando por un tormento así, y menos por culpa de unos mal nacidos como ellos. Tenía claro que mis problemas no eran nada en comparación a los de ella y que su fuerza para afrontarlos tampoco lo era, sin embargo, para ambos la respuesta era la misma.

—¡Ahora! —grité al tiempo que sostuve a Amaro por la espalda, para luego sentir una última onda de aire enviada por Alice.

Con ella logramos por fin sorprenderlo, pues lograba colocar de una sola vez la reliquia sobre su pecho, la cual aferraba apretando con todas las fuerzas que me quedaban y un poco más que ignoraba de dónde salían. Por su lado, el Padre de las Pesadillas se encontraba muy exhausto como para defenderse con su poder inhumano y con sus ilusiones, lo había notado desde el momento que durmió a todos en el hospital y se había resguardado aquí. Ya se encontraba en su límite, herido y aterrado, pues también había una persona con él capaz de sentir miedo, su única y gran debilidad adquirida en pos de encontrar a Alice.

—Adiós.

Ambos caíamos sobre nuestras espaldas empujados por las ráfagas salvajes, aun así no dudé un instante, simplemente me limité a activar por fin la reliquia del doctor De Montecarlo. Me sentía en paz, pues al fin Alice podría volver a ser libre. Al menos uno de los dos lo lograría.

Día 20: El final de una locura.

Sus voces sonaban como ecos deformes en mis oídos, retumbaban en mi cabeza aún confundida sin que fuese capaz de darle un sentido a esos gritos, a esas palabras sordas. Intenté abrir los ojos y centrarlos en ellos, pero estaban demasiado cansados y las luces múltiples me enceguecieron al instante. De repente recordé a Alice, en efecto todavía la envolvían mis brazos, su calor permanecía sobre mi pecho, pero ellos comenzaron a forcejear, me la estaban arrebatando. No dijo nada, ni una sola palabra, solo me dedicó una mirada con ojos cristalizados y vacíos. En su rostro solo existía impotencia y en su cuerpo resignación, no iba a pelear.

—¡Alice! ¡No lo olvides! —A pesar del cansancio luchaba contra las manos que me arrastraban hasta que logré zafarme, la tomé por su rostro y descargué aquel deseo tibio en un instante anhelado que quedo grabado a fuego en mi boca. Sus labios y los míos se fundieron en un solo instante, fugaz y trágico.

Fue todo lo que pude hacer antes que ella soltara mis manos fruto de la separación a la que éramos sometidos, solo eso fui capaz de decirle y debería ser suficiente.

Sentí un “clic”, giré y comprobé que uno de los policías había colocado una esposa en mi mano derecha y otro finalmente doblégó la otra para terminar de apresarme, no pude contener el peso de ambos, estaba agotado y terminé sobre el suelo, respirando esa horrible humedad impregnada. Unas cuantas luces se encendieron y revelaron las paredes blancas decoradas con los dibujos que ella misma había plasmado y los cristales rotos que alfombraban buena parte del suelo. Huellas de lo que dejó la noche.

* *

El oficial Chicot no me quitó la mirada acusadora ni un solo segundo, no recordaba haberlo visto pestañear desde que se sentó frente a mí. De seguro repetía para sus adentros “confiesa” una y otra vez, poniendo a prueba su poder telepático. Estar sentado con él en la oficina de Noon no era nada nuevo, solo que una esposa limitando mis movimientos era novedoso y eso parecía divertirlo de alguna manera retorcida. Él se asemejaba en verdad a un paciente más de este tenebroso lugar, solo que uno verdadero, sumergido en su propia paranoia.

—¿Qué se supone que esperamos? —Me harté de seguir soportado sus ojos sobre mí, tenía mejores cosas que hacer— ¿El café?

—Que confieses —soltó por fin.

—Ya he dicho todo lo que ha sucedido, y no pienso repetirlo frente a alguien que no va a tomarme sino como un criminal.

Chicot saltó y estalló su palma contra la mesa, justo frente a mí con actitud desafiante, su rostro ensombrecido derramaba rabia, sostuve aquella mirada sin problemas, pues había visto el infierno en otra y de verdad que ya no intimidaba la suya.

—¿Demonios? ¿Espíritus? ¿Pesadillas? ¿Crees que alguno de los oficiales de allí afuera te va a tomar en serio? —Se jactaba de la situación con una media sonrisa adornando su patética cara. En verdad él sentía que había triunfado sobre mí, que me tenía acorralado como la presa que siempre

signifiqué para él.

Deambuló por la habitación meditando hasta darme la espalda.

—Un paciente quien se suicida, otro al que le negaste su medicación, incluida la que se suministraba por una afección cardíaca, quien por coincidencia muere de un paro al corazón...

—Creí que estaba claro, los médicos que lo vieron sentenciaron que falleció por causas naturales —corregí.

—Una mujer asesinada y un psicópata serial con un enorme hematoma en su cabeza en estado de coma, quien nunca va a contar qué hizo con el cuerpo de las víctimas desaparecidas, ¿usted le dirá a sus familias que nunca sabrán de ellas? —Giró para volver a verme—. Es usted un enfermo y no descansaré hasta verlo pudrirse en un lugar como este.

En algún punto sus palabras me dolían e hicieron tambalear mi semblante. Nunca desee la muerte para ninguno de los pacientes en este lugar, ni siquiera para Rebeca a pesar de sus deseos. Solo anhelaba algo con todo mi corazón, al final todo se resolvió de la manera que debía, o al menos de eso me convenció Alice, no de la manera que hubiera preferido, solo como debía de ser.

—Nunca lo va a entender —cerré desviando la mirada, por más que podía sostenerla debía quitarla. Se acercaba, escuchaba el agudo ruido de sus zapatos hasta que se detuvieron a mi lado. Su respiración húmeda rozaba mi oído mientras esperaba sus palabras triunfantes.

—He visto cosas que nunca imaginarias, he visto asesinos con más agallas que tú, y déjame decirte una sola cosa, Clerici, me repugna lo cobarde que eres, ni siquiera fuiste capaz de contar la verdad sobre tu chica.

De repente todo cambió tras esa última frase. Giré y me encontré directamente con sus ojos, estaba muy cerca, tanto que pude ver mi rostro reflejado en sus pupilas oscuras, había desfigurado su expresión volviéndola incrédula.

—Ahora lo entiendo —razoné mientras era él quien retrocedía. Había desbaratado su estrategia interrogadora—. Usted estuvo... Eso explica todo.

—¿De qué estás hablando? —cuestionó con tono grave, aunque incapaz de ocultar su nerviosismo.

—Usted investigaba la muerte de la hija de Faraday, ¿no es verdad?

Chicot soltó el aire y bajó los hombros, se recargó sobre el archivero a sus espaldas y sostuvo su frente. Con pulso tembloroso sacó un cigarro, lo encendió y tras llevarlo a su boca exhaló el humo nervioso.

—Dime quién es ella. ¡Ahora!

—Lamento tener que decírselo. Pero ella no es su hija.

—¡Patrañas! ¡Él la ocultó!

Su exaltación no cambió mi postura, y en realidad su obsesión nunca lo hizo. Pensar que siempre intentó usarme para saber algo que nunca fue así, comenzaba a sentir lástima por él.

—Es la verdad, deje de fantasear ya de una vez —insistí otra vez sin medir mis palabras.

—¿Qué sucede? ¿Acaso dejaron que tuvieras una buena noche con ella?

Mis dedos se envolvieron sobre sí mismos, mis músculos se tensaron como la cuerda de un arco a punto de disparar sobre un animal frente a mí, estaba jadeando por lo bajo, a punto de estrellar mis puños contra su estúpida cara, prácticamente no sentimos el rechinar de la puerta al abrirse.

—Es suficiente, oficial Chicot —ordenó Noon con tono autoritario, sin duda no necesitó de mucho para leer la situación que se estaba a punto de desencadenar entre nosotros. Por fortuna entró antes de que hiciera algo fuera de lo planeado.

—Aún no he terminado...

—Su superior me ha informado lo contrario, usted no se encuentra a cargo.

Chicot arregló el nudo de su corbata sin romper el contacto visual, escupió el piso y luego se marchó tras un portazo a nuestras espaldas.

—Lo lamento —añadió Noon—. Vine ni bien supe que él te retenía aquí.

Noon caminaba abatido, arrastró los pies hasta por fin desplomarse en la silla del otro extremo de la mesa. Su rostro lucía diferente de lo que había anticipado, se asemejaba al de un padre resignado, incapaz de regañar a su hijo consentido, me dejaba absorto verlo de esa manera. Desprendió los primeros dos botones de su delantal blanco y extrajo de entre sus ropas una vieja carpeta celeste con una buena cantidad de papeles sobresaliendo. Suspiró pesado, repasó su calva con la mano y por fin me miró.

—Dime, Clerici, ¿conoces el Trastorno Psicótico Compartido?

¿Era eso? ¿Era la mejor explicación que le daba a todo lo que pasó y a mis relatos? Eso no lo esperaba, por más que sus palabras sonaran como las de un escéptico buscando la teoría aceptada que mejor encajara con mi historia.

—Eso... Eso es absurdo —protesté—. No puedo creer que piense que me dejé contagiar de la locura de otros pacientes.

El Trastorno Psicótico Compartido se diagnosticaba cuando una persona comenzaba a compartir los mismos síntomas y fantasías que un enfermo mental fruto de una relación muy cercana. No, lo nuestro tenía que ser mucho más que eso.

—No te debes culpar, es común que pase entre aquellos que inician en esto y conviven con las fantasías de los pacientes. Mucho más cuando tomas cariño con alguno de ellos —Resultaba molesto lo calmado que sonaba y la paciencia con la que me trataba.

—Eso no tiene sentido, yo...

—Lo tiene —interrumpió deslizando por la mesa aquella vieja carpeta—. Esta es la verdad.

Las esposas no impidieron que abriera aquel expediente con rapidez, como si de verdad tras ella hallara la respuesta que tanto busqué. Allí estaba, su fotografía en tono de grises adornaba la primera página de un historial extenso. No había duda, lucía algo más niña, pero su mirada vacía la delataba.

"Elizabeth Johnson"

Acusaba ser el verdadero nombre de Alice. Hojeaba ávido las páginas que le sucedieron mostrándome sin censura toda su historia, mientras el doctor Noon me la resumía:

—Ella es una paciente que ingresó cuando tenía apenas doce años. Una vez que la policía la identificó la trajo para que la tratemos y, en lo posible, para que la sacáramos del estado de shock que mantenía.

—¿Qué fue lo que le sucedió? —Alcé la vista solo para contemplar el mismo abatimiento en él.

—Ella es la sobreviviente de una masacre —Refregó con ambas manos sus párpados y luego su cabeza

Mi cuerpo reaccionó con un escalofrío subiendo por mi espalda y con un nudo pasando a través de mi garganta, era distinto escucharlo de alguien como él. Algo en mí se negaba a seguir escuchándolo, pero sabía que era necesario. Debía soportarlo por ella.

—Continúe —se escapó de mi boca.

—Su familia vivía en una granja no muy lejos de Edam, a los pies del bosque sur. Fue espantoso lo

que sucedió allí. Se supo que un asesino entró de noche, se quedó a mirar como todos los integrantes de la familia dormían, para luego estrangularlas y deshacer sus cabezas con una masa. Su madre intentó escapar, pero él la alcanzó en las escaleras, la ultimó a golpes y luego la violó. La hermana mayor corrió una suerte similar, todo esto mientras la pequeña Elizabeth se encontraba allí. La policía llegó una semana después alertada por una denuncia de sus vecinos más cercanos, vivían a tres kilómetros de allí. Para ese entonces ambos habían desaparecido, el asesino y Elizabeth. Todo parecía indicar que ella, en algún punto, había logrado escapar hacia lo profundo del bosque. Allí se refugió sola durante seis años.

—¿Cómo lo logró? Es decir, seis años sola... Es imposible.

—Eso es algo que quizá nunca sepamos, fue un verdadero milagro sin duda.

De repente la imagen de ella, tan frágil, triste y arrebatada de lo que más amó en este mundo se cruzaba por mi mente. Deambulando con miedo por la espesura del bosque frío y hostil.

—Dónde —No me había dado cuenta que mi boca estaba seca, humedecí mis labios y continué: —... ¿Cómo ella llegó aquí?

—Ahora lo sabemos con certeza. El asesino de su familia no se había resignado a dejarla huir, seguramente se internó varias veces en el bosque intentando dar con ella, aunque sin éxito, por ello...

—El incendio —completé.

—Así es. Creo que todos lo recordamos, fue catastrófico y estuvo muy cerca de llegar a la ciudad. Se sospechaba que fue intencional, pero ahora sabemos que en verdad fue él. Creemos que Elizabeth no tuvo más remedio que huir de ese lugar, por suerte fue encontrada primero por unos turistas, deambulando por la carretera oeste.

Desplomé mi cuerpo sobre el respaldar soltando aire hacia el techo.

—Entonces, quiere decirme que... Amaro Riccardo...

—Está mañana lo confirmó la policía por fin. Los resultados del ADN dieron positivos. Amaro Riccardo fue quien asesinó a la familia de Elizabeth.

—¿Cómo pudieron ponerlos juntos? ¿En qué estaban pensando? —En verdad que aquello no podía explicármelo.

—En aquel momento los investigadores hicieron un perfil y sospecharon que el asesino no se detendría hasta encontrarla, después de todo ella era el trofeo faltante. Por ello se recomendó que sea mantenida en secreto aquí. Una decisión que Faraday decidió mantener estricta hasta el día de hoy, seguramente porque en algún punto le recordaba a su pequeña hija. Simplemente cometimos el error de ignorar el peligro que representaba Amaro. La policía le anticipó que el día de hoy se tendrían los resultados de su ADN para vincularlo con otros asesinatos, buscaban intimidarlo a fin de que confesara con antelación, por esa razón actuó anoche para terminar lo que había iniciado hace más de diez años.

—¿Intenta decirme que Amaro representa aquel demonio que ella me decía la buscaba?

—Como verá, todo tiene sentido si lo ve así —dijo por fin satisfecho con mi razonamiento—. Amaro sufre de un desorden de personalidad múltiple y Elizabeth era demasiado pequeña como para entenderlo. Para ella debió ser un monstruo habitando el cuerpo de una persona. Esa es la realidad, sin fantasías, solo verdades.

—¿Qué es lo que ha dicho ella respecto a lo que sucedió anoche? Ella debió de reconocerlo o quizá...

—André —interrumpió con tono grave acercándose—, Elizabeth nunca ha hablado desde que la

encontraron. Jamás dijo nada ni intentó siquiera comunicarse con nosotros.

Algo se revolvía en mi vientre o en mi cabeza, para ser francos no comprendía nada de lo que sucedía, todo se volvía confuso para mí. Había mucho más de lo que preveía.

—¿Solo por ello la mantenían en ese lugar oscuro y sucio? —protesté molesto, aunque sonaba como un último manotazo de ahogado.

—Tú la conociste entrando por el sector antiguo, es el área que quedó clausurada hace años luego de las refacciones que se hicieron en lo que antes solía ser la morgue, anoche viste de seguro la parte más nueva desde el pasillo opuesto. Elizabeth estaba confinada en ese sitio debido a las lesiones que se ocasionaba y los brotes psicóticos que sufría.

—Es suficiente, necesito verla. Solo será por unos instantes —supliqué, pero la expresión de Noon permanecía inmutable.

—Me temo que no va a poder ser posible. Ya no perteneces a esta institución y por algunos años a ninguna otra.

—Qué... ¿Qué me intenta decir?

—Tanto Faraday como yo hemos visto un gran talento en ti. Fuiste capaz de relacionarte, comprender a los pacientes y ayudarlos, pero por esa misma razón te has adentrado demasiado en las fantasías de ellos. Cruzaste el límite. En vista de todo esto, el director va a pedir la suspensión de tu licencia por tiempo indeterminado y separarte de este lugar. Lo ha hecho para protegerte de la policía, de lo que hiciste y de ti mismo.

—No pueden quitarme el derecho a verla —Sostuve mi cabeza a punto de desplomarse, ambas manos temblaban y se tensaban.

—Acabo de terminar de hablar con el comisionado, él concordó conmigo lo que en verdad pasó y aceptó cambiar tu declaración. Para Amaro el tiempo se terminaba, luego de los resultados del ADN sería trasladado a una prisión de máxima seguridad en la capital, por ello aprovechó la explosión accidental de la planta eléctrica y las fallas en el suministro para escapar. Tú y Rebeca lo detuvieron, aunque ella...

—Ella me salvó —agregué molesto, con un nudo en mi garganta.

Noon se puso al fin de pie, recogió la carpeta y colocó su mano sobre mi hombro tensando aún más mi espalda.

—Lo sé. A partir de ahora todo se va a solucionar, veras que alejarte un poco va a despejar tu mente y pondrá todo en su lugar, ese es mi diagnóstico y el tratamiento que te daré. Te lo repito, no te sientas mal, no fuiste el único en este lugar que lo ha sufrido.

Noon quiso dejarme solo o simplemente buscaría a algún uniformado para que me quitase estas molestas esposas, estando en la puerta a punto de abrirla supe el significado de sus palabras. Giré sobre la silla sintiéndome como un tonto, todo este tiempo él estuvo frente a mí, desde el primer día.

—Tú eres Josep, Josep Noon —Mi declaración lo detuvo en seco, con la perilla de la puerta en sus manos y de espaldas a mí—. Tú trataste a Rebeca cuando ella ingresó.

El silencio se apoderó del ambiente que nos rodeaba, sin tensión, aunque dejaba entre ver melancolía en el suspiro que soltó lentamente.

—Faraday se dio cuenta a tiempo, me alejó de ella y de otros pacientes antes de que fuera tarde, y eso mismo quiere hacer contigo.

—Por favor, déjeme el expediente.

—Lo saqué violando las directivas del hospital, debo devolverlo ahora mismo.

—Por favor —suplique—, solo serán unos minutos. Quiero convencerme de que esto será lo mejor. Noon me extendió la carpeta para luego salir por fin. Entre tanto desplomaba mi peso sobre el respaldo de la silla una vez más y dejaba que mis brazos reposaran pesados sobre mis piernas, ya no importaba para nada que Chicot regresara para insistirme o que Faraday viniera a visitarme con su rostro petulante. Pues lo que buscaba en todos ellos lo había obtenido, todo. Michael había hecho un gran trabajo al conseguirme la copia de ese mismo expediente, sin embargo, había algo que no pudo obtener y que ahora por fin lo tenía frente a mí. Sostuve ese papel y tras dos dobleces desapareció en el bolsillo de mi chaqueta. Aunque un poco anticipado, todo salió como lo había planeado.

Epílogo.

El sol se levantaba con mucha calidez, de pronto hacía que mi abrigo sobrara y me obligaba a quitármelo. Intentaba recuperar el aliento, pues aquella pendiente extendiéndose frente a mis pies ponía en evidencia mi mal estado atlético, aunque un par de sorbos a mi cantimplora me hicieron recomponer y continuar avanzando. En el bosque sur de Edam sin duda se podía respirar ese ambiente que tan bien supo relatar Alice, mientras más me adentraba en este, tanto más parecía sumergirme en sus misterios. Los enormes árboles empezaban a mostrar tímidos las incipientes flores y brotes verdes de la primavera, mientras movimientos fugaces se sucedían a mi alrededor abrigados por la espesura. Ignoraba si serían animales o aquellas criaturas fantásticas que ella dibujó en su habitación; quizá en algún futuro lo descubriría. El sendero se desdibujaba engullido por la naturaleza, tomé mi móvil y corroboré una vez más la ubicación de mi destino, en efecto seguía por el camino correcto. Aquello parecía una analogía de lo que viví en el Hospital Mental Saint Gabriel, el hecho de adentrarme en lo desconocido, buscando un rumbo; aunque esta vez me sentía más seguro, pues por fin había encontrado lo que tanto buscaba.

Desdoblé la hoja que tenía en mi bolsillo. No solo la fotografía coincidía con aquella cabaña, en verdad estaba justo donde marcaba el mapa adjunto, sin errores ni oculta, tan sencilla, pero a la vez tan fantástica que costaba trabajo creer que en verdad la había encontrado. Sentía mi piel erizarse de tan solo deslizar mis dedos sobre su madera, la que de seguro Alice también tocó con sus manos y bajo la cual supo vivir gran parte de su niñez. De repente, una brisa suave tocó mi hombro, miré la hora y entendí que todo se debía estar sucediendo según lo planeado. Aquella última noche Alice me había salvado, no solo por haberme quitado y evitar ser arrastrado junto con la conciencia de Amaro, sino porque me enseñó lo que tanto buscaba. Regresamos a la habitación que supo ser su prisión por tanto tiempo y nos desplomamos exhaustos, contemplándonos el uno al otro en medio del silencio y la desolación.

—Por fin eres libre —recitó mientras sus brazos envolvían mi torso con fuerza y soltaba una lágrima. Lo que ella nunca supo es que lo fui desde el instante en que la conocí y a la vez dejé de serlo, eso era lo que tanto había estado buscando. Deseaba alejarme de la vida que otros me imponían para finalmente comenzar a buscar la mía, sin prejuicios y sin mentirme. Con una razón para continuar. Le prometí que pronto lo sería ella también y le entregué el anillo que portaba.

Había bastante por hacer, el incendio debió ser sin duda implacable ya que había devorado una buena parte de aquella pequeña cabaña. Prácticamente toda una habitación debía ser reconstruida sin contar con la limpieza, el arreglo de algunos muebles y el techo. ¡Rayos que estaba lleno de alimañas! Ese día no era uno más, al menos no para Freddy Scheck, el pirómano. Era su cumpleaños número cuarenta y me había asegurado recibiera el regalo que le prometí en secreto. Saqué de mi mochila las herramientas y puse manos a la obra imaginándome lo que debería de estar sucediendo en ese momento en el hospital. Scheck abriría el paquete que dejé en su armario, sin duda dejaría de lado el cup cake y tomaría la vela junto con los cerillos, él prefería lo tradicional para sus “travesuras”. Imaginaba la alarma contra incendios sonando y la lluvia activándose al menos en su habitación, ignoraba si las demás habitaciones también tendrían este sistema funcionando. El caos fluiría entre el personal poco adiestrado y los internados, realmente lo sentía por Amy y los demás

doctores quienes de seguro pasarían una mala mañana. El protocolo dictaba que todas las puertas debían ser abiertas y los internados evacuados y resguardados en la parte trasera del hospital. Era esa la señal que le había anticipado a Alice aquella última noche y la que su brisa me confirmó. Ella ya debió de haberse colocado el anillo, al ser el último en usarlo tomaría mi forma frente a los demás, y utilizaría la llave de su puerta trasera, la que tanto tiempo nos separó. El resto del camino ya lo conocía, pues era el recorrido que tantas veces hice para verla y fue testigo de mis sentimientos, ahora convertido en el sendero hacia su libertad. Nadie dudaría de verme allí y menos en medio de la confusión, puesto que había avisado con antelación a todos que me encontrarían esa mañana para recoger algunas pertenencias.

La limpieza me hizo descubrir muchos objetos curiosos que de seguro preguntaría a ella en otro momento, salvo uno. Sobre una cama se hallaba un pequeño libro bastante desgastado, lleno de polvo y hojas secas, pasé mi mano y leí su portada:

—”Alice en el País de las Maravillas” —Sonreí ya que también pensaba que ella debió de parecerse mucho a la protagonista, era un lindo nombre.

Casi sentía que estaba en ese lugar y en ese momento, viendo como ella avanzaba lentamente entre la multitud, volvía a ver el cielo aunque la cegara, sentía el calor del sol quemando su blanca piel, rozaba con sus dedos las texturas del muro, pensaba que todo el mundo ahora le pertenecía para ir a donde le plazca, aunque sabía de sobra donde iría.

El viento comenzó a soplar y a tocar esa melodía con el roce de las ramas mezclándose con los cantos de los pájaros, la frescura del lago me invitó a sentarme sobre su orilla. Abrí mi cuaderno de notas y comencé a escribir con total soltura las palabras que en algún momento costaban plasmar, ahora no había culpas reteniendo mis dedos, solo mucho por contar. No importaba el trastorno que decían había desarrollado junto a ella o que los demás me demostraran su verdad, ambos habíamos encontrado en el otro la libertad de ser diferentes en el mundo, de vivir una locura juntos. Me recosté entre la hierba y las hojas, cerré mis ojos y dejé que mi cuerpo descansara todo el tiempo que fuera necesario, solo deseaba no encontrarme con un Oipahg.

Ese cosquilleo se me hizo familiar. Tomaba lentamente la sensación de una caricia suave y cálida sobre mi rostro, no solo podía sentirla en la piel, también en el aire, como una melodía salvaje y sorda. Abrí mis ojos y contemplé algo mucho más hermoso que el atardecer muriendo en el horizonte, era mi única razón para perder la cordura y a la vez vivir libre.

—Bienvenida a casa, Alice.